

La Oración



Una audiencia con el Rey

Enseñanzas de la Biblia Popular

LA ORACIÓN

Una audiencia con el Rey

Joel V. Petermann

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin

Todas las citas bíblicas, a menos de que se indique de otra forma, se han tomado de la SANTA BIBLIA, versión Reina Valera, Edición de Estudio de 1995. Sociedades Bíblicas Unidas.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado, etc., excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la editorial.

Library of Congress Control Number: 2005934325

Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226-3284
© 2001 por Northwestern Publishing House
Publicado en 2001
Impreso en los Estados Unidos de América
Traducción por Publicaciones Multilingües
2500 George Dieter Drive
El Paso, TX, 79936
2005

ISBN 13: 978-1-931891-54-0

ISBN 10: 1-931891-54-0

Tabla de contenido

Prefacio del Editor	5
Introducción	7
1. El Rey: Aquel a quien oramos	11
2. Los súbditos: Los que solicitan una audiencia	17
3. Audiencia: El derecho a hablar y ser escuchado	27
4. ¡El Padre-Rey habla primero!	41
5. Hablamos con el Rey	53
6. Presentamos nuestras peticiones al Rey	69
7. Cortesía elemental: La etiqueta de la oración	81
8. Más etiqueta: Lenguaje y lugar	95
9. Una invitación abierta del Rey	107
10. Nuestras peticiones a nuestro Padre-Rey	125
11. Nuestro Padre-Rey contesta la oración	137
12. Manual sobre la oración	149
Notas finales	165

Para lectura adicional	169
Índice de textos bíblicos	171
Índice temático	177

Prefacio del editor

Enseñanzas de la Biblia Popular es una serie de libros sobre las principales enseñanzas doctrinales de la Biblia.

Siguiendo el patrón establecido por la serie La Biblia Popular, estos libros están escritos especialmente para laicos. Los términos teológicos, cuando se usan, se explican en lenguaje cotidiano para que la gente pueda entenderlos. Los autores muestran que la doctrina cristiana se extrae directamente de pasajes claros de la Escritura y, luego, cómo se aplican esas doctrinas a la fe y a la vida de las personas. Lo más importante es que estos libros muestran que cada enseñanza de la Escritura apunta a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Enseñanzas de la Biblia Popular son pastores de congregaciones y profesores con años de experiencia en la enseñanza de la Biblia. Son hombres de gran erudición y aporte práctico.

Aprovechamos esta oportunidad para expresar nuestra gratitud al Profesor Leroy Dobberstein del Seminario Luterano de Wisconsin ubicado en Mequon, Wisconsin, EEUU, y al Profesor Thomas Nass del Martin Luther College, en New Ulm, Minnesota, EEUU, por contribuir como consultores para esta serie. Sus aportes y colaboración han sido invaluable.

Pedimos que el Señor use estos tomos para ayudar a su pueblo a crecer en su fe, conocimiento y comprensión de sus enseñanzas salvadoras, las cuales nos ha revelado en la Biblia. Sólo a Dios sea la gloria.

Curtis A. Jahn
Editor de la serie

Este volumen fue traducido por la Sra. Albina Teigan, natural de Lima, Perú. Fue revisado por la Sra. Ruth Haeuser, esposa del pastor David Haeuser, misionero en Lima, Perú, quien hizo la revisión teológica. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

Introducción

Los reyes y las cortes palaciegas, no forman parte de nuestra vida diaria, pero hubo un tiempo cuando la mayor parte de las personas tenían que jurar lealtad a un rey para recibir a cambio su protección. Para la mayoría de nosotros esos días ya pasaron; sin embargo, tampoco son ajenos por completo. Leemos libros y vemos películas, acerca de reyes, reinas, y cortes reales. También leemos de los antiguos reinos, y estudiamos sus reyes, en nuestra Biblia.

Por lo que nos dice la historia, la antigua corte era un lugar imponente. Con frecuencia el trono del rey se encontraba más elevado que las personas, para que no hubiera duda de quién estaba en autoridad. Al rey se le separaba de sus súbditos. Era el señor de todo; el soberano supremo. Con frecuencia el trono estaba en un gran vestíbulo, rodeado de siervos y consejeros, guardaespaldas, y bufones. Cuando alguien deseaba hablar con el rey, esa persona no podía nada más entrar y hacerlo. Alguien tenía que anunciarla primero y el rey podía concederle una audiencia, si así lo deseaba.

Existe un cierto paralelismo en nuestra sociedad. Aunque el presidente o líder de nuestro país, no se sienta en un trono majestuoso y elevado, de todos modos se le trata con respeto. Todavía está rodeado de guardaespaldas y consejeros, y casi todo el tiempo se le mantiene separado del resto del pueblo. Se sienta en su despacho presidencial donde recibe a los visitantes. ¿Puede alguien simplemente “llegar” de visita? Casi nadie. Los visitantes deben contar con una invitación, ser anunciados, y conocer a algún senador o miembro del congreso, que les pueda concertar una audiencia con el “Señor Presidente”.

¿Por qué tanto interés en los reyes y sus cortes? Porque el rey y su corte, proveen el contexto de mucho de las Escrituras.

En realidad, somos miembros de una familia real. Las Escrituras hablan repetidamente del reino de los cielos o del reino de Dios. En el Antiguo Testamento, la Biblia usa con frecuencia la frase “Señor Jehová”. Esta expresión traduce el nombre personal de Dios, junto con otra palabra hebrea que significa “amo” o “gobernante”. Nos recuerda que hay súbditos/siervos y que hay un gobernante/amo. Por lo tanto, no nos sorprende encontrar en los Salmos, Isaías, Ezequiel, Daniel, y Apocalipsis, descripciones del Señor sentado en un trono, el asiento de un rey. Sin embargo, estas descripciones no representan un lugar verdadero (ya que el Señor llena el universo) sino una relación, la relación entre el pueblo de esta tierra y Dios.

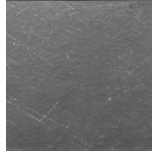
Los creyentes en Jesucristo como su Salvador del pecado son miembros (súbditos) de este reino. En realidad, el reino mismo le pertenece por derecho a Jesucristo, a quien se le llama el Rey de reyes. Cuando el ángel Gabriel anunció la venida del Cristo niño, dijo: “Su Reino no tendrá fin” (Lucas 1:33). Y a la pregunta de Pilatos: “¿Eres tú el rey de los judíos?”, Jesús contestó: “Mi Reino no es de este mundo” (Juan 18:33,36). En otra ocasión, ante una audiencia diferente, Jesús identificó más su actividad de gobierno real: “El reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17:21). El reino de Cristo no se parece a ningún otro, incluso la entrada a este reino es única. Jesús dijo a Nicodemo: “El que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5). Dios quiere que seamos parte de este reino. Jesús consoló a sus discípulos diciendo: “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino” (Lucas 12:32).

Si vamos a entender la oración como la Biblia nos enseña, sería útil comprender el tema de este rey y de su reino que está presente en las Escrituras. En la oración se nos invita a tener una audiencia con el Rey. De una manera maravillosa, en la

oración tenemos la oportunidad de llegar a la corte de los cielos y de hablar con el Rey del universo.

El propósito de este libro es estudiar la audiencia que tenemos con el Rey. Primero, debemos entender quién es el Rey. Después, tenemos que considerar cuál es nuestra condición ante el Rey. Entonces podemos considerar las palabras apropiadas para hablar con nuestro Rey.

¡Ojalá que este libro pueda ayudarnos en nuestras oraciones. ¡Ojalá que nos guíe cada vez más a atesorar y a usar nuestra maravillosa audiencia con el Rey!



1

El Rey: Aquel a quien oramos

El Rey imponente

Aquel a quien oramos es el Rey. ¿Qué imágenes se le vienen a la mente cuando escucha la palabra rey? ¿Qué gobernantes del pasado influyen y le dan forma a la idea que usted tiene de un rey? ¿Acaso piensa en los grandes faraones de Egipto que en sus días de gloria erigieron las pirámides y la esfinge? ¿O tal vez piensa en el gran rey David o en su sabio hijo Salomón? ¿O pasan por su mente imágenes más recientes como la de los grandes y poderosos, gobernantes de España, el rey Enrique VIII de Inglaterra, Fernando de Aragón, o uno de los grandes reyes franceses? ¿O los únicos verdaderos gobernantes con los que está familiarizado son los poderosos de la era presente? ¿Oye la palabra rey y piensa en el presidente de algún país latinoamericano, de Rusia o de los Estados Unidos?

¿Piensa en el primer ministro de Canadá, Gran Bretaña, o de algún otro país? No importa el punto de partida que tenga su concepto de un rey, nunca estará a la altura del Rey a quien oramos. Él es diferente de cualquier rey terrenal que nos podamos imaginar.

El Señor es el Rey imponente. Al buscar las descripciones que nos dan las Escrituras acerca del Señor como Rey, primero vemos que su señorío está muy por encima del de cualquier rey terrenal. El salmista celebra el señorío de Dios cuando escribe: “¡Cantad a Dios, cantad! ¡Cantad a nuestro Rey, cantad!, porque Dios es el Rey de toda la tierra. ¡Cantad con inteligencia!” (Salmo 47:6,7). Note que las Escrituras llaman a Dios “Rey” y “Rey de toda la tierra”. Como tal, es digno de nuestra alabanza. Del mismo modo, Josafat, siendo rey de Judá, reconoció que no existía ningún otro gobernante en la tierra que se comparara al Señor. Él oró: “Jehová, Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos, y dominas sobre todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano tal fuerza y poder que no hay quien te resista?” (2 Crónicas 20:6).

Sin embargo, el reino del Señor no se limita a dominios terrenales. El Señor es verdaderamente Rey imponente porque su señorío se extiende al reino celestial. “Porque Jehová es Dios grande, el gran Rey sobre todos los dioses” (Salmo 95:3). Aquí el salmista no admite que haya otros dioses. No obstante, afirma que no importa a lo que se pueda llamar dios, el Señor es mucho más grande. Su realeza es superior a todo lo que trata de establecerse como gobernante en el cielo o en la tierra. Pablo quería que su querido colaborador Timoteo se diera cuenta precisamente de esto cuando escribió: “El bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible, y a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver. A él sea la honra y el imperio sempiterno.

Amén” (1 Timoteo 6:15,16). Aunque una persona se convierta en rey en esta tierra, ni siquiera así, es el número uno. Hay solamente un Número Uno que es el Señor. Él es el único Gobernante, todos los otros mueren. Hay solamente uno que sigue siendo el mismo y sólo uno que es inmortal. Éste Único es el Señor. Es el Rey maravilloso, en realidad es tan maravilloso que su gloria resplandece como luz cegadora, tan resplandeciente que ningún mortal puede acercársele. A este Rey es a quien oramos.

Por lo general, asociamos la realeza con el poder. Para gobernar es necesario tener control y para ello es necesario tener poder. El Rey a quien oramos es poderoso, tiene poder creativo y es más grande que todo nuestro universo. Las Escrituras nos dicen que él ha creado todas las cosas sencillamente con su palabra todopoderosa. Puedo decir: “¡Que haya un árbol!” y todo lo que quiera, pero no sucede nada. Cuando este Rey dice “¡Que haya un árbol!” inmediatamente aparece el árbol. En sólo seis días su poder creó todo lo que vemos a nuestro alrededor. Todo lo que él hace es perfecto. ¿Cuántas veces ha abierto usted una caja con un juguete nuevo, una herramienta, o algún artefacto, y encuentra que le falta una pieza o que está roto o que tiene defectos? Nuestras “creaciones” son imperfectas. No obstante, el poder de este Rey es perfecto: no tiene fallas, no le faltan piezas, no hay motivo para devoluciones.

Vea su poder en acción, como creador de todas las cosas también las controla para sus propósitos. Recuerde el poder que separó las aguas del mar Rojo para que pasara el pueblo de Israel cuando huía de Egipto (Éxodo 14:21,22), y que separó las aguas del río Jordán cuando cruzaron hacia la tierra prometida (Josué 3:15-17). Imagínese el poder que hizo que las murallas de Jericó se vinieran abajo como si fueran bloques de madera con los que juega un niño (Josué 6:20). Piense en el

poder que podía ordenar a un pez enorme, tan enorme que pudo tragarse a Jonás en el momento preciso para evitar que se ahogara y hacer que después lo arrojara a la orilla, donde pudiera arrastrarse y alejarse de la corriente (Jonás 1:17; 2:10). ¿Quién de nosotros no se jactaría de poder coger un pez tan grande, y mucho menos convencerlo de cumplir sus órdenes? Este Rey pudo tomar unos panes y unos pocos peces, y los convirtió en un banquete para más de cinco mil personas (Mateo 14:19-21). Este Rey pudo ordenar a los fuertes vientos del mar de Galilea que dejaran de soplar (8:26). Este Rey resucitó a los muertos (9:24,25). Así es el poder que vive en este Rey. A este Rey es a quien oramos.

El Rey justo

No debemos olvidar que hay algo más que hacen los reyes. No solamente son poderosos, sino que también usan su poder para llevar a cabo la justicia. Así es también con el Rey de reyes. Es un gobernante justo que no tolera la insubordinación ni la anarquía. Cuando ve esas faltas, toma medidas para detenerlas. Así lo dice Jeremías: “Jehová es el Dios verdadero: él es el Dios vivo y el Rey eterno; ante su ira tiembla la tierra, y las naciones no pueden sufrir su indignación” (Jeremías 10:10). Note que Jeremías relaciona la ira de Dios con la realeza eterna del Señor. En la historia de la humanidad vemos repetidamente la verdad de estas palabras. El Rey se enfureció cuando todo el mundo, con excepción de un puñado de personas, se rebeló contra él, y por eso trajo un diluvio universal y destruyó al mundo entero de ese tiempo (Génesis 6,7). Después, cuando los habitantes de Sodoma y Gomorra, profanaron su nombre viviendo impiamente, hizo que lloviera azufre y fuego, sobre las dos ciudades para destruirlas por completo (Génesis 19). ¿O quién puede olvidarse de las diez plagas con las que humilló al orgulloso Egipto y a su jactancioso faraón (Éxodo 7-12)? Hasta el pueblo escogido de

Dios sintió el poder de su ira cuando, después de siete años de esperar pacientemente que dejaran su rebelión pecadora, al final aplastó la ciudad de Jerusalén por medio de la invasión babilónica (2 Reyes 25) y después por medio de los romanos. Así también es el Rey a quien oramos.

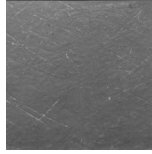
El Rey compasivo

Sin embargo, las Escrituras nos revelan no sólo a un Rey que actúa con ira contra los errores de nuestro mundo, sino al mismo tiempo a un Rey que muestra misericordia y compasión una y otra vez. La descripción más excepcional de este Rey se encuentra en Éxodo 34:6,7, cuando se revela a Moisés como “¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado.” Éstas son las características que vemos cuando somos testigos de la compasión que mostró este Rey poderoso hacia Adán y Eva. Aun después de su manifiesta desobediencia en el huerto del Edén, este Rey les dio la promesa del Salvador (Génesis 3:15). La misma gracia y misericordia, fue evidente en el desierto cuando el Señor dio a Israel el maná, en vez de una masacre (Éxodo 16). Éste es el perdón que podía salvar al pueblo rebelde e impío, que habitaba en la ciudad pagana de Nínive (Jonás 3:10). ¡Quién sino un Rey que era lento para la ira y grande en amor y en fidelidad, podría haber aguantado al pueblo llorón, quejumbroso, y obstinado, de Israel, por cientos de años! A este Rey es a quien oramos.

El hecho de quién es este Rey y cómo es, tiene una gran repercusión en nuestras oraciones. Ya que no hay gobernante mayor que él, nada ni nadie, lo puede controlar en lo que decida hacer. Pongamos este hecho junto a su poder ilimitado y tenemos razón para creer que cuando oramos no hay nada que él no pueda hacer. No obstante, esta verdad debe moderarse por el hecho de que es un rey justo. Contesta las peticiones de los

que permanecen en su gracia, mientras que reprende y hasta destruye a los que provocan su ira. “Jehová está lejos de los malvados, pero escucha la oración de los justos” (Proverbios 15:29). En otras palabras, todo es posible para quienes lo complacen, pero para los que lo desobedecen y rechazan su ley, hay consecuencias terribles que cumple con toda autoridad. Aún hasta después de reconocer esto, todavía hay razón para que tengan esperanza aquellos que lo han desobedecido. Sin anular su justicia, sigue siendo el Rey que muestra misericordia como lo desea y es constante en su amor hacia aquellos que él gobierna.

Entonces, éste es el Rey a quien oramos. Ya que es el Hacedor y Creador de todo y de todos, también es el Rey de todo y de todos. Es de importancia fundamental que comprendamos y sepamos esto, si vamos a orar a este Rey. Lo que sepamos de él influirá en nuestras oraciones. Posteriormente hablaremos más acerca de esto. Primero, es importante saber algo acerca de sus súbditos. En el capítulo siguiente nosotros somos el centro de la atención. Somos nosotros los que solicitamos una audiencia con el Rey.



2

Los súbditos: Los que solicitan una audiencia

La categoría es importante

Donde encontramos a un rey, normalmente también esperamos encontrar a sus súbditos. ¿Entonces quiénes son los súbditos del Rey de reyes? Cuando hacemos esta pregunta, la respuesta que esperamos no es realmente quiénes, como si preguntáramos: “¿Quiénes son?” Ya sabemos que todos en todas partes son súbditos de este Rey, porque él es el único gobernante y rey en todo el universo. Más bien, la pregunta que en verdad hacemos cuando preguntamos quiénes son los súbditos de este Rey, es: ¿Cuál es su categoría en el reino? En los reinos de la antigüedad había una diferencia considerable en la posición social. A algunas personas se les consideraba aristócratas, o sea el rango más alto de la nobleza en un reino. A otras se les consideraba comunes y hasta plebeyas, personas

a quienes se les consideraba de muy baja condición social en el reino. Además, había otros que eran extranjeros y que tenían muy pocos derechos en el reino, si acaso tenían alguno. La condición social era importante cuando se acercaba al rey. A algunas clases sociales no se les permitía presentarse de inmediato ante el rey. Aun a aquellos que tenían la condición social apropiada no se les permitía presentarse ante el rey cuando lo desearan. En realidad, acercarse al rey con una petición sin haber sido invitado por él, a veces hasta se consideraba una ofensa que se castigaba con la muerte.

Las Escrituras nos dan algunos ejemplos de la relación entre súbditos y sus reyes. En el libro de Nehemías se nos dice que él oró al Señor para que tuviera éxito antes de presentarse ante el rey Artajerjes, con la petición de volver a Israel (1:11). De igual manera, hasta la reina Ester se estaba arriesgando cuando se acercó a su esposo, el rey, con su petición (Ester 4:11,16). Si al rey no le gustaba lo que le pedía, podía quitarle la posición que tenía o hasta podía sentenciarla a muerte. Recuerde que a los reyes se les consideraba que tenían poder y autoridad absolutos; su palabra era ley. No solamente en las tierras extranjeras sino también en Israel, existía gran respeto por la autoridad del rey. Tanto la reina Betsabé como Natán el profeta mostraron respeto inclinándose humildemente ante el rey David, cuando fueron a pedirle que llevara a cabo sus planes de ungir a Salomón como su sucesor (1 Reyes 1:15,16,22,23).

Estos ejemplos nos recuerdan lo que significa obtener una audiencia con el rey. La audiencia era un privilegio especial que se otorgaba a alguien que tenía una situación privilegiada con el rey. Si alguien no gozaba del favor del rey, no se le otorgaba la audiencia. No se le podía acercar ni hacerle peticiones; si lo hacía, arriesgaba su vida. Entonces la primera pregunta que debemos hacer si vamos a pedir una audiencia con el rey es: ¿Cuál es nuestra categoría?

Los súbditos son rebeldes

La respuesta puede asombrarnos al principio: nuestra condición es la de rebeldes que merecen la ira del Rey. ¿Quién lo dice? Lo dice el salmista que escribió el Salmo 14. Y Pablo también lo dice cuando repite las palabras del salmista en el capítulo 3 de Romanos. Finalmente, ya que estos hombres escribieron la palabra de Dios, es Dios, el Rey mismo, el que dice esto acerca de nosotros: “No hay quien haga lo bueno. Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, ni siquiera uno” (Salmo 14:1,3). Las palabras abarcan a todos: “No hay quien”, “todos”, “ni siquiera uno” son expresiones universales. Pablo aplica estas palabras tanto a judíos como a gentiles, que significa toda la humanidad. Por lo tanto, ¿cómo son todos los súbditos? Son rebeldes; no hacen lo bueno; se desvían de lo que el rey ha decretado que hagan; corrompen las reglas de la moral que el Señor ha establecido para su vida. En una palabra, son desobedientes. ¿Es necesario que le recuerde de nosotros somos esos súbditos rebeldes?

Esta rebeldía no nos lleva a la condición favorable que es necesaria para obtener una audiencia con el Rey. Los rebeldes no obtienen gracia con el Rey, sino más bien provocan su ira. Esto también es verdad acerca de los líderes espirituales que provocan la ira del Dios vivo. San Pablo escribe en Romanos: “La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad” (1:18). ¿Quiénes son los que se rebelan contra Dios y de los cuales Pablo habla aquí? ¿Contra quiénes se revela la ira de Dios? ¿Acaso habla Pablo sólo de las personas que viven en inmoralidad sexual? ¿Se refiere principalmente a los idólatras y a los asesinos? Por supuesto que habla acerca de los que cometen estos pecados, pero finalmente el término rebelde se nos puede aplicar a todos nosotros, porque en el capítulo 3, Pablo llega a la innegable conclusión de que “todos pecaron” (versículo 23). Por lo tanto, todos son objeto de la ira de Dios.

Pablo sostiene este mismo pensamiento en Efesios donde se incluye él mismo y a todos los demás en esta verdad condenadora: “Éramos por naturaleza hijos de ira” (2:3). La ira del Rey es feroz. Así como hace muchos años a un rebelde se le podía arrastrar fuera de la corte del rey, o se le podía llevar a la guillotina o a la horca, así también la ira de Dios significa sentencia de muerte. El libro de Proverbios nos recuerda: “Como rugido de cachorro de león es la ira del rey; el que lo enfurece peca contra sí mismo” (20:2). Como si estuvieran grabadas en granito en el umbral de la corte del Rey, estas palabras infunden terror en el corazón de los rebeldes que son llevados ante el Rey: “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23).

Los rebeldes no tienen derecho a una audiencia con el Rey

Hay una frase en latín que de vez en cuando todavía escuchamos: persona non grata. Significa que alguien no aprueba a otra persona. Es la situación exactamente opuesta a la condición favorable de la que hablamos antes. En tiempos antiguos, si a alguien se le declaraba persona non grata, no era bienvenida en la corte del rey y no tenía ningún derecho en el reino. Por supuesto, no se le concedía una audiencia con el rey.

El concepto de persona non grata está relacionado con el calificativo de “rebelde” que se oye en las relaciones exteriores. Si a un país se le considera rebelde, no se le conceden privilegios diplomáticos ni económicos. Tal vez se limite el comercio con ese país. En comparación, la categoría de nación más favorecida le abre las puertas al libre comercio. Esta categoría afirma que hay un acuerdo entre las dos naciones y que tienen buenas relaciones.

¿Cuál es nuestra categoría ante el Rey? Aquí es necesario entender que por naturaleza nuestra categoría es la de persona non grata. No contamos con el favor de la corte divina, debido a nuestro pecado. Pablo no anuncia buenas noticias cuando

dice: “Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Somos pecadores que nos rebelamos contra las leyes del reino. Por lo tanto, estamos marginados por naturaleza y se nos niega la audiencia. Ni siquiera podemos tener la esperanza de llegar ante el Rey, mucho menos presentar una petición.

El problema es nuestro pecado, porque es un obstáculo entre nosotros y nuestro Rey. “Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios y vuestros pecados han hecho que oculte de vosotros su rostro para no oírlos” (Isaías 59:2). Podemos imaginar las súplicas angustiosas de un joven que ha ido a parar a la cárcel por enésima vez. Desilusionado y enojado, el padre le vuelve la espalda, no quiere escucharlo y se va, dejando a su hijo en la cárcel. Ésta es la tragedia que Isaías nos describe aquí. Dios no querrá tener nada que ver con los rebeldes. Mientras el pecado continúe, Dios, en su santidad, debe volver la espalda. Por esto el salmista escribe también: “A él clamé con mi boca y fue exaltado con mi lengua. Si en mi corazón hubiera yo mirado a la maldad, el Señor no me habría escuchado” (66:17,18). El salmista reconoce que el pecado es un obstáculo para solicitar una audiencia con el Rey. Sabe que si se deleitara mucho en el pecado, el Rey no escucharía. Incluso no aceptaría su alabanza si el pecado permaneciera entre ellos. (En un capítulo posterior hablaremos más acerca de la idea de albergar el pecado en el corazón).

Considere también este pasaje significativo del libro de Proverbios:

La sabiduría clama en las calles,
 alza su voz en las plazas;
 clama en los principales lugares de reunión,
 a la entrada de las puertas de la ciudad dice sus razones:

“¿Hasta cuándo, ingenuos amaréis la ingenuidad?

¿Hasta cuándo los burlones desearán burlarse
y los insensatos aborrecerán el conocimiento?

¡Volveos a mi reprensión!,
pues ciertamente yo derramaré mi espíritu sobre vosotros
y os haré saber mis palabras.

Yo os llamé, pero no quisisteis escuchar;
tendí mi mano, pero no hubo quien atendiera,
sino que desechasteis todos mis consejos
y rechazasteis mi reprensión; por eso también yo me reiré
en vuestra calamidad,
me burlaré cuando venga lo que teméis,

cuando venga como una destrucción lo que teméis
y vuestra calamidad llegue como un torbellino;
cuando sobre vosotros venga tribulación y angustia.

“Entonces me llamarán, pero no responderé;
me buscarán de mañana, pero no me hallarán.
Por cuanto aborrecieron la sabiduría
y no escogieron el temor de Jehová,
sino que rechazaron mi consejo
y menospreciaron todas mis reprensiones,
comerán del fruto de su camino
y se hastiarán de sus propios consejos.
Porque el desvío de los ignorantes los matará,
la prosperidad de los necios los echará a perder;
pero el que me escuche vivirá confiadamente,
estará tranquilo, sin temor del mal” (1:20-33).

Hay varias cosas importantes que debemos notar en este pasaje. Primero, entendemos que la sabiduría está

personificada, es decir, que habla como si fuera una persona. La sabiduría es la voluntad y los caminos del Señor, y en este pasaje la sabiduría reprende a “los ingenuos”. Este término no quiere decir que sean personas que estén por debajo del coeficiente de inteligencia. Significa los que desde el punto de vista moral están arruinados, como los rebeldes que deliberadamente, y algunas veces no tan deliberadamente, quebrantan las reglas del reino. Considere con cuidado que la sabiduría anhela hablar a los ingenuos. Quiere restaurar la relación y unirse otra vez a ellos, pero los ingenuos no quieren. Ni siquiera cambian cuando son reprendidos. ¡Siguen en sus pecados! Sin embargo, cuando la calamidad y la destrucción llegan, quieren tener una audiencia con el Rey. ¿Pero qué sucede? El Rey no escuchará ni les responderá. Los ingenuos no lo podrán encontrar. ¿Por qué no? Porque el pecado permanece entre ellos: el pecado sin arrepentimiento.

Parece que el Rey quiere que el asunto de la condición y de la audiencia quede perfectamente claro para sus súbditos rebeldes. Una y otra vez, encontramos pasajes que repiten la verdad de que el pecado nos niega una audiencia con el Rey. Otro proverbio dice: “Incluso la oración le es abominable al que aparta su oído para no escuchar la Ley” (28:9).

Isaías explica más adelante por qué el Rey no quiere escuchar las oraciones de la gente pecadora. Muchos de nosotros estamos familiarizados con las últimas palabras del siguiente pasaje de las Escrituras, pero también es importante ver el contexto en el que se dicen estas palabras.

“Cuando extendáis vuestras manos,
yo esconderé de vosotros mis ojos;
asimismo cuando multipliquéis la oración,
yo no oiré;
llenas están de sangre vuestras manos.

Lavaos y limpiaos,
quítad la iniquidad de vuestras obras
de delante de mis ojos,

dejad de hacer lo malo,
aprended a hacer el bien,
buscad el derecho,
socorred al agraviado,
haced justicia al huérfano,
amparad a la viuda.

“Venid luego”, dice Jehová, “y estemos a
cuenta:
aunque vuestros pecados sean como la
grana,
como la nieve serán emblanquecidos;
aunque sean rojos como el carmesí,
vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:15-18).

¿Por qué no quiere escuchar el Señor? Porque las personas viven en el pecado; no buscan la justicia, oprimen a los débiles, se olvidan de los huérfanos, cierran sus ojos ante las necesidades de las viudas, y permiten que estas mujeres sean tratadas injustamente. Estas acciones son indicios de la rebelión del corazón, ya que el Señor desea que su pueblo realice las acciones que Isaías menciona. Estas cosas muestran la armonía entre el Señor y su pueblo. Lo contrario es rebelión, y por eso el Rey no quiere oír las súplicas de los rebeldes.

Miqueas emitió una condenación similar contra Israel:

“Oíd ahora, príncipes de Jacob,
y jefes de la casa de Israel:
¿No concierne a vosotros saber lo que es justo?
Pero vosotros aborrecéis lo bueno y amáis lo malo,

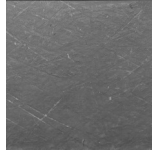
le quitáis a la gente la piel
y la carne de encima de sus huesos
asimismo coméis la carne de mi pueblo,
arrancáis la piel de sobre ellos,
les quebráis los huesos
y los despedazáis como para el caldero,
como si fueran carne en la olla.
Un día clamaréis a Jehová,
pero él no os responderá,
antes esconderá de vosotros su rostro en ese tiempo,
por cuanto hicisteis obras malvadas” (Miqueas 3:1-4).

El profeta Zacarías dio el mismo mensaje acerca de la apóstata Israel: “Y aconteció que así como él clamó y no escucharon, también ellos clamaron y yo no escuché, dice Jehová de los ejércitos” (7:13). Aquí nuevamente debe notarse el deseo del Señor de estar en armonía con su pueblo. Él llama, y les suplica que sigan en sus caminos para que él pueda oír sus peticiones y pueda concedérselas en justa medida. Pero el pueblo no quiere escuchar, no desea hacer caso al Señor y tampoco quiere hacer su voluntad. Entonces, cuando ellos tienen necesidad y acuden al Señor, él no hace caso a sus súplicas. El corazón de ellos no pertenece al Rey; por lo tanto, ellos no suplican como súbditos, sino como rebeldes egoístas que hacen de la oración un medio para obtener un beneficio personal. Esto es algo que el Rey detesta.

Santiago repite lo mismo en el Nuevo Testamento cuando reprende a los que no reciben las cosas por las que oran: “Pedís, pero no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (4:3). El pecado externo no sólo es un obstáculo para nuestras oraciones, también es el motivo en nuestro corazón. No solamente somos rebeldes porque pecamos, sino porque en nuestro corazón no nos sometemos. Somos rebeldes hasta la médula.

Siempre que el pecado permanezca, tanto en nuestras acciones como en nuestras actitudes, seguimos siendo persona non grata por naturaleza y se nos niega una audiencia en la corte del Rey. Y si no obtenemos una audiencia en su corte, no tendremos respuesta a nuestras peticiones. Porque donde no hay audiencia, no se podrá exponer ninguna petición. Primero debemos tener el derecho de presentarnos ante el Rey, antes de esperar que él nos conceda nuestros deseos.

¿Entonces cuál es el propósito? ¿Cómo pueden los pecadores llegar a no tener pecado? ¿Cómo puede la persona que ha sido declarada persona non grata obtener la gracia del Rey? ¿Cómo se puede convertir lo indigno en digno? ¿Cómo podemos nosotros que somos rebeldes por naturaleza obtener una audiencia con el Rey, quien podría aplastar a los rebeldes? Ahora volvamos a poner nuestra atención en aquel que es el Rey.



3

Una audiencia: El derecho a hablar y ser escuchado

El Rey actúa

Los rebeldes no tienen ningún derecho a que el Rey los escuche ni los acepte, porque después de todo son rebeldes. La ira del Rey se enciende contra ellos. La única manera en que pueden presentarse es si el Rey lo desea. Debe haber una reconciliación; sin embargo, su crimen es tal que no pueden corregir la situación. Ellos no pueden reconciliarse con el Rey; él debe reconciliarlos consigo mismo. Primero, debe apartar su furia ardiente; después, hacer a un lado su sentencia de condena y no tratarlos como rebeldes, que merecen morir bajo las leyes del reino. Porque, ¿quién se acercaría a un tirano? ¿Quién se acercaría a un rey vengativo que no ofrece esperanzas de reconciliación? ¿Acaso no es la esperanza de ser tratados con

bondad y misericordia, la que lleva a los súbditos ante un monarca poderoso, aunque ellos lo hayan agraviado?

Aquí es donde el Rey, es diferente de cualquier rey que haya gobernado sobre la tierra. Lo que hizo el Rey del cielo y de la tierra por sus súbditos, es algo que ni siquiera el mejor ni el más benevolente rey en nuestro mundo, podría hacer jamás. El Rey de reyes les ha concedido una audiencia a sus súbditos. A nosotros, los rebeldes más obstinados, que nos hemos aprovechado de su benevolencia una y otra vez, el Rey nos ha concedido el derecho a ser escuchados. ¿Cómo sucedió esto?

Hay alguien que sí tuvo el derecho a una audiencia con el Rey

Tuvimos una audiencia con el Rey porque alguien que vino a esta tierra sí tuvo el derecho a ser escuchado en la corte del Rey. Daniel lo menciona cuando nos habla de una visión sorprendente que le dio el Señor.

Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo, venía uno como un hijo de hombre; vino hasta el Anciano de días, y lo hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieran, su dominio es dominio eterno, que nunca pasará; y su reino es uno que nunca será destruido.
(Daniel 7:13,14)

Está claro que “el Anciano de días” es Dios el Padre. Él es el Rey quien se sienta en el trono del cielo. El que es “como un hijo de hombre” no puede ser otro que Jesucristo, de quien las Escrituras dicen que tiene el reino eterno. Note que él “vino hasta el Anciano de días, y lo hicieron acercarse delante de él”. A diferencia de los rebeldes, a quienes no se les concede una audiencia con el Rey, Jesús es llevado ante el Padre. Él tiene el derecho a una audiencia con el Rey.

Jesús es el único súbdito del reino al que le corresponde este derecho inherente, ya que él es el único súbdito del reino que por naturaleza agrada al Rey. Jesús dijo una vez: “El que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre; porque yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:29). Él es perfecto en su obediencia a todas las leyes del reino. “Y Cristo, en los días de su vida terrena, ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que lo podía librar de la muerte, y fue oído a causa de su temor reverente” (Hebreos 5:7). El glorioso Padre en los cielos, el Rey del universo, escucha a Jesús y le da lo que le pide. ¿Por qué? Porque en lugar de rebelarse, Jesús se sometió completamente a la voluntad de su Padre-Rey, y lo agradó. Tanto en el bautismo de Jesús como en su transfiguración, cuando se acercaba cada vez más el día de su muerte, el Padre-Rey dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17; 17:5).

Por eso, el Padre-Rey siempre escucha a Jesús cuando ora. Esto está de acuerdo con la voluntad del Rey. El Rey siempre escucha a quienes lo complacen, a quienes son justos ante él. “Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones” (1 Pedro 3:12). Jesús es el único que puede decir que es justo por sí mismo; por lo tanto, Jesús nunca deja de tener una audiencia con el Rey. Durante sus días en la tierra, Jesús estaba consciente de la bienaventurada relación que existía entre él y su Padre-Rey. Cuando estaba ante la tumba de Lázaro, Jesús acudió a su Padre-Rey en oración y dijo: “Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sé que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado” (Juan 11:41,42).

Debemos tener siempre presente que nosotros no tenemos ningún derecho inherente a una audiencia con el Rey, ya que orar no es nuestro derecho natural. Jesús es el único que tiene este derecho inherente debido a que vivió sin pecado y se sometió a la voluntad de su Padre.

Como en todo lo demás, la plenitud habita en él, también la verdadera plenitud de la oración; solo él tiene el poder de la oración. Y precisamente como el crecimiento de la vida espiritual consiste en entender mejor que todos los tesoros están en él, y que nosotros también estamos en él, para que recibamos en cada momento lo que poseemos en él, gracia por gracia, también es así en la vida de oración. Nuestra fe en la intercesión de Jesús, no debe consistir sólo en que él ora en lugar nuestro, cuando nosotros no oramos o no podemos orar, sino que, como autor de nuestra vida y de nuestra fe, nos lleva a orar junto con él.¹

Hablaremos más acerca de este último comentario y de cómo oramos al unísono con Jesús. Por ahora debe estar claro que aparte de Jesús, no tenemos ningún derecho inherente a orar. Él es el único que tiene este derecho.

Reconciliación del rebelde

Los pecadores no tenemos el derecho inherente a orar porque no somos lo que Cristo es. Ante el Rey no somos aceptables. Se nos identifica como indignos, se nos niega la audiencia y somos objeto de la ira del Rey. Así lo afirma la Biblia con gran énfasis: “Éramos por naturaleza hijos de ira” (Efesios 2:3). “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que se niega a creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36). En un momento hablaremos de las maravillosas buenas nuevas de la primera parte de este último pasaje. Ahora examine con cuidado la segunda parte. La Biblia de las Américas traduce este versículo: “Sino que la ira de Dios permanece sobre él”. “Permanece” es la palabra clave. Donde permanece la ira de Dios, ya debe haber estado presente antes. No hay ninguna duda de que la ira del Rey una vez estaba

contra nosotros, impidiéndonos cualquier derecho a ser escuchados.

No obstante, según la primera parte de ese pasaje, la ira ya no permanece en nosotros debido a Jesucristo. Inspirado por el Espíritu Santo, el profeta dice: “Él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5). Al tomar nuestro lugar, Jesús recibió la ira de Dios en sí mismo. El resultado para nosotros es la paz. La ira de Dios ya no va dirigida a nosotros. Esto es la reconciliación.

Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación [Nota: como el que pondría de lado su ira, quitando el pecado] por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con miras a manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús. (Romanos 3:23-26)

Nos gusta oír la palabra propiciación debido a que tiene un significado especial cuando hablamos de la oración. Quienes no están “en paz” con Dios, es decir, quienes no están reconciliados, los que todavía son enemigos, no pueden acudir a Dios en oración. No les concederá ninguna audiencia y no los escuchará. Ésta era nuestra situación, pero ya no. El Rey ha intervenido al darnos a Jesús como “propiciación”. Note el significado de esta frase como se indica en la cita de Romanos 3:23-26. Este sacrificio calmó la furia de Dios y quitó su ira, porque Jesús soportó la ira de Dios en lugar de todas las

personas. Los beneficios del sacrificio expiatorio de Jesús se reciben personalmente cuando la persona es hecha creyente en Jesús. Entonces por la fe ahora estamos en el lugar de Jesús como inocentes y justos ante Dios. Estamos en paz con Dios. Ya no somos rebeldes, sino hijos que lo agradan por medio de la fe en Jesús. En otras palabras, por la fe en Jesús nos convertimos en lo que Jesús es para el Rey. Esto significa que el Rey nunca nos tratará según su ira, como trataría a los rebeldes. “Con mucha más razón, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira, porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:9,10).

El Rey nos concede una audiencia

Ahora ya hemos llegado al concepto clave del tema de la oración. La oración es una audiencia con el Rey. Esta audiencia está ligada inequívoca e inseparablemente a la justificación, es decir, con el hecho de que el Rey ya no nos considera rebeldes a quienes enviaría a la horca de inmediato, sino más bien súbditos amados e hijos de su reino, a quienes ha declarado inocentes de todo pecado. Al expresarlo de la manera que una persona ha definido la justificación, el Rey nos ve “como si” nunca nos hubiéramos rebelado. El Rey nos ha reconciliado consigo mismo. “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo y nos dio el ministerio de la reconciliación. Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:18,19). En el reino hay paz, y donde reina la paz ahora puede haber una audiencia.

La paz para los rebeldes es imposible sin Cristo. Por lo tanto, solamente los creyentes en Jesucristo, como su Salvador del pecado, tienen una audiencia con el Rey. El Rey reconcilió al mundo consigo mismo, pero esta reconciliación vino por

medio de Cristo. Los que rechazan a Jesús, pierden su audiencia. Por la fe en Jesús hemos sido convertidos en lo que él es ante el Rey. Jesús es el Hijo más favorecido de Dios. Por la fe en Jesús recibimos la condición de ser hijos favorecidos por el Rey y ya no somos persona non grata.

Por lo tanto, el Rey nos lleva al arrepentimiento. Por medio del arrepentimiento se derrumba la barrera del pecado y se restaura el acceso al trono del Rey.

Si yo cierro los cielos para que no haya lluvia, y si mando a la langosta para que consuma la tierra, o si envío pestilencia a mi pueblo; si se humilla mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oran, y buscan mi rostro, y se convierten de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra. Mis ojos estarán abiertos, y mis oídos atentos, a la oración que se haga en este lugar; pues ahora he elegido y santificado esta Casa, para que esté en ella mi nombre para siempre; y mis ojos y mi corazón estarán ahí para siempre. (2 Crónicas 7:13-16)

Aquí vemos que el pecado afectó la audiencia con el Rey para la antigua Israel. El pueblo no sólo pecó contra el Rey, se negó altivamente a admitirlo. En su obstinación acostumbrada, no quiso reconocer la causa de los desastres naturales que habían caído sobre su tierra: sus pecados. Su impenitencia dejó intacta la barrera que existía entre ellos y Dios; por lo tanto, Dios no escucharía. Por otro lado, cuando se confesaran ante Dios, cuando se humillaran, y admitieran lo que Dios les decía a través de los desastres naturales y creyeran en la promesa del perdón que Dios les había dado, entonces tendrían el perdón de Dios. La sinceridad de esta nueva actitud se demostraría abandonando sus acciones pecaminosas. Esto es el

arrepentimiento. Es el pesar por el pecado junto con la fe en la misericordiosa promesa de Dios acerca del perdón de los pecados por causa de Cristo. Donde hay arrepentimiento, hay perdón de pecados. Donde se perdona el pecado, se restaura el acceso al trono de Dios. Esto es lo que representaba el templo para el pueblo: el trono del Rey. Cuando se acercaban con corazón arrepentido, siempre tenían allí una audiencia.

Jesucristo es nuestro mediador

Pero así como los del pueblo de Israel no podían entrar a la “sala del trono” de Dios, es decir, el lugar santísimo del templo, sin la mediación del sumo sacerdote, así también nuestro acceso al trono de Dios también siempre exige el mediador. Este mediador es Jesucristo. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes” (Romanos 5:1,2). Jesús es el único mediador para todos: “Por medio de él [Jesucristo], los unos y los otros [judíos y no-judíos], tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:18). Es un acceso ilimitado y sin vigilancia que Cristo ha abierto para nosotros: “Jesucristo, nuestro Señor, en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él” (3:12).

Cuando el Rey habló a su pueblo en el monte de Sinaí y con voz de trueno les entregó los Diez Mandamientos desde la nube oscura en medio de la iluminación de los relámpagos, los que estaban presentes estaban aterrorizados. Se retiraron del monte, y le suplicaron a Moisés que intercediera por ellos ante el Señor, y les comunicara lo que él decía. Siempre que el pecado permanece, hay temor e incertidumbre y esto impide que la gente se acerque al Rey. Éste es el mismo temor que el Señor infundió a su pueblo cuando puso en medio de ellos el tabernáculo y después el templo. Hasta al sumo sacerdote se le

advirtió la forma en que debía acercarse al lugar santísimo, de otro modo sería aniquilado. El sumo sacerdote era el mediador para el pueblo; sin embargo, estaba bajo la misma maldición y las mismas limitaciones, debido a sus propios pecados. Siempre que el templo se mantuviera bajo el antiguo pacto, habría una cortina entre el lugar santo y el lugar santísimo. La cortina limitaba el acceso al Rey. Era un recordatorio constante para los sacerdotes y para el pueblo de que el Señor Dios era santo y ellos no. Mientras que permaneciera el pecado, era imposible el diálogo abierto y directo entre el Rey y su pueblo.

Entonces vino el Mesías. Jesucristo era el Sumo Sacerdote por excelencia. El pecado no obstaculizó su acceso al trono de Dios, y lo que es más, él entregó su vida como pago por los pecados del mundo. Con este sacrificio quedó destruida la barrera entre el pueblo pecador y el Dios santo. El rompimiento de la cortina del templo, simbolizó esta destrucción cuando Jesús murió en la cruz y se completó el pago por el pecado (Mateo 27:50,51). El escritor a los Hebreos usa las imágenes del templo y de la cortina, cuando explica los maravillosos resultados del sacrificio supremo de Cristo como nuestro Gran Sumo Sacerdote:

Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne. También tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios. Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firmes, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. (Hebreos 10:19-23)

Noten cómo nuestra entrada al trono de Dios depende de la sangre y del cuerpo de Jesucristo. Éste fue el pago por nuestros pecados. Ahora que se ha hecho este pago, ya no se niega la entrada. Dios ya no está enojado con nosotros y ya no debe molestarnos la culpa. Donde existe la fe en Jesús, existe la seguridad de que el Rey nos oirá y contestará nuestras oraciones. El camino al trono de Dios no es a través de ninguna cortina vistosa que lleva a un cofre cubierto de oro, sino es vivo y personal. Es Jesucristo, y lleva al trono del Rey que está en el cielo.

El mismo pasaje que antes aplicamos perfectamente a Jesús, ahora también podemos aplicarlo a todos los creyentes en Jesús como su Salvador. “Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal” (1 Pedro 3:12). Hacemos el mal. Si no existiera Jesús, entonces el rostro del Señor siempre estaría contra nosotros. Pero tenemos a Jesús, y por medio de la fe en él, recibimos todas las bendiciones que le otorgaría a su amado Hijo, incluyendo el acceso total y completo a su trono, por medio de la oración. Éste es el gran mensaje de la ascensión de Jesús a la diestra de Dios. Por la fe también nos sentamos a la diestra de Dios. Jesús no solamente es nuestro intercesor, sino que en él nosotros también estamos orando al Padre. Con su propia palabra, el Padre nos asegura que está atento a nuestras oraciones. En Cristo somos justos ante los ojos de Dios. Así como Jesús tiene el derecho a orar, nosotros también tenemos ese derecho por la fe.

Cristo nos enseña a orar no solamente con el ejemplo, la instrucción, el mandato, las promesas, sino al mostrarse a SÍ MISMO a nosotros, el intercesor que siempre vive, como nuestra Vida. Como creyentes, acudamos a él y permanezcamos en él en nuestra vida de oración también, entonces se desvanecerán nuestros temores de no poder orar bien, y confiaremos gozosa y

triunfalmente en nuestro Señor para que nos enseñe a orar, para que sea él la vida y el poder de nuestra oración.²

Ahora podemos acercarnos al Rey

Ahora entonces podemos acercarnos al Rey. Tal vez usted recuerde una escena de la película clásica *El Mago de Oz*. Este autor recuerda que cuando era niño se sintió aterrizado de ver al gran y poderoso Mago de Oz. En medio de nubes de humo y del fuego, aparecía la terrible cara del mago mientras que Dorotea y sus amigos se acercaban a él en el Palacio de Esmeralda. ¿Recuerdan que ellos caminaban por el pasillo de vidrio con pasos cortos y temerosos, con las rodillas temblorosas? El aspecto del mago no era atractivo, era tan aterrador que nadie quería acercársele. ¿Quién puede olvidar al Hombre de Hojalata que temblaba de miedo? ¿Quién puede olvidarse del momento cuando el León Cobarde, finalmente tuerce la cola, corre desesperado, y salta por una ventana? Si Dios se nos apareciera así como el mago se apareció a Dorotea y a sus amigos, probablemente reaccionaríamos como el Hombre de Hojalata y como el León Cobarde.

Qué cambio tan notable se puede ver en el Mago de Oz cuando Dorotea y sus amigos regresan del castillo de la Bruja Malvada del oeste para presentar la escoba. Al principio parece que tiemblan como lo hicieron en su primera visita. Sin embargo, gracias a Toto, pronto descubren que quien parecía tan terrible en realidad era un anciano bondadoso que estaba detrás de una cortina. De repente, podían acercarse a él. Sin continuar la ilustración, podemos decir que esto es algo similar a lo que sucede entre Dios y nosotros. Dios no ha cambiado. No obstante, a través de Jesús, vemos a Dios de una manera nueva. Por medio de Jesús, el Rey a quien conocíamos sólo como juez condenador debido a que nos rebelamos terriblemente contra sus leyes, ahora lo vemos como nuestro Padre bondadoso. Jesús

nos ha revelado el amor de Dios, porque él es la prueba del amor increíble de Dios por nosotros. Jesús es la prueba de que Dios desea tenernos como hijos suyos.

Jesús es el que ha llevado a cabo esta nueva relación entre el Rey y nosotros. Todavía somos súbditos de su reino, pero somos mucho más. A nosotros que una vez éramos rebeldes se nos ha dado el título de hijos de Dios. Por lo tanto, el Rey es nuestro Padre celestial. “Mirad, cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1). Por esta razón Jesús no nos enseña a dirigirnos al Padre: “Oh, soberano y todopoderoso Rey y Gobernante de todos”; más bien nos dice que nos acerquemos como hijos. Él nos enseña a decir: “Padre nuestro que estás en los cielos”.

Decirle “Padre nuestro” al Rey es algo que solamente un creyente puede hacer. El Espíritu Santo, que a través de Jesús ha cambiado la manera en que vemos al Rey, produce estas palabras en nuestro corazón. “No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos ‘Abba, Padre’” (Romanos 8:15). “Abba” es la palabra aramea para “padre”. No es lo mismo que la versión de nuestros hijos de papi. No debemos pensar que tenemos una relación de compadres con Dios.³ Al dirigirnos a nuestro Padre que está en el cielo, nunca debemos olvidar que él es el Rey. Sin embargo, lo que el Espíritu nos enseña en nuestro corazón a través del evangelio es que, como un niño pequeño, al Rey lo llamamos nuestro Padre. Gracias a Jesús y al perdón de los pecados, el Espíritu nos muestra que la relación que tenemos con el Rey celestial es como la que existe entre un niño pequeño y su amado padre. El padre tiene amor total por su hijo, y el hijo mira al padre amado con amor y con respeto. El hijo confía absolutamente en el padre.

Alguien podría pensar que el padre que acabamos de describir, no es como el padre humano. Esto probablemente es

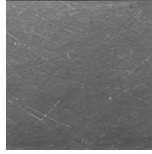
verdad, ya que los padres humanos de nuestro mundo pecador no son todo lo que Dios quiere que sean. En realidad, en muchas situaciones en el hogar, el padre no se parece a lo que Dios quiere que sea un padre. Entonces puede ser que para algunos esta ilustración sea difícil de comprender. Pero esto no cambia la palabra que nos enseñó nuestro Señor Jesús acerca del Rey. Nos dice que llamemos a Dios nuestro Padre. Así que tendremos que superar nuestros sentimientos y experiencias acerca de nuestro padre terrenal para entender verdaderamente lo que nos dice Jesús acerca de nuestro Padre celestial. Entonces debemos aprender de este Padre por lo que la Biblia nos dice de él. Debemos aprender lo que es el verdadero Padre, por la relación que existe entre Jesús y su Padre. Allí vemos el amor perfecto y la confianza perfecta junto con la relación afectuosa llena de respeto mutuo. Esto queremos decir cuando llamamos al Rey Padre nuestro. Por eso ahora podemos acercarnos a él.

Por último, piensen nuevamente a quién podemos acercarnos. Aunque él es nuestro Padre, todavía sigue siendo el Rey. Mientras la palabra Padre nos dice que nos ama y anhela que nos acerquemos a él, el vocablo Rey nos habla de su poder y majestad. La expresión Padre nos dice que su poder y majestad están de nuestro lado. Existen para nuestra bendición y nuestro bien. A diferencia del grande y poderoso Mago de Oz, que realmente era sólo una ilusión creada por un hombrecito que tenía un equipo complicado, nuestro Dios es verdaderamente el Rey del universo. Todo está en sus manos.

Jesús nos ha abierto la puerta para presentarnos ante este Rey. Aunque podemos acercarnos a él, nunca deja de ser el Dios todopoderoso; sigue siendo el Rey. ¡Tenemos una audiencia con el Rey!

¡Qué pensamiento tan maravilloso! Tenemos acceso a la sala del trono del Rey. Gracias a Jesús, estamos ante el Rey que es también nuestro Padre celestial. ¿Qué debemos decirle? Para

responder esta pregunta, en el capítulo siguiente aprenderemos que al entrar en la sala del trono, es necesario que primero escuchemos lo que el Rey tiene que decirnos. Solamente si escuchamos primero lo que él nos dice sabremos lo que debemos decirle.



4

¡El Padre-Rey habla primero!

Dios ha iniciado una conversación con nosotros

Las conversaciones deben comenzar, es decir, alguien tiene que hablar primero. Cuando dos personas se cruzan en los pasillos, pueden pasar una junto a la otra, sin siquiera dirigirse una palabra. Pero también puede ser que una de ellas diga: “¡Hola!, ¿Cómo está?”, pero la otra persona pasa, sin decir ni una palabra. En ninguna de estas situaciones se entabla una conversación, porque para ello se necesita tener al menos dos personas. Sin embargo, una de ellas debe comenzar la conversación. El silencio mutuo nunca inicia una conversación.

¿Quién debe comenzar la conversación cuando estamos ante el Rey? Tal vez sería bueno recordar una sencilla regla de etiqueta que se da a los niños pequeños cuando están en presencia de alguien importante: “No hables a menos que te

hablen”. Existe cierta etiqueta en la corte de un rey. En realidad, al estudiar algunas de las historias más notables que están anotadas en las Escrituras, con respecto a la relación entre reyes y los que los rodean, vemos que hay un protocolo establecido para hablar a un rey.

Por ejemplo, consideren el relato de la reina Ester cuando quería hablar al rey Jerjes, con respecto a la conspiración para matar a los judíos. La reina Ester no entró precipitadamente en la cámara del rey y comenzó a hablar de sus preocupaciones, aunque ella era la reina. Más bien, vemos que no solamente estaba corriendo un riesgo al ir al rey, sino que tuvo que esperar la invitación de él para hablarle. Él comenzó la conversación (Ester 5:2,3). Igualmente, a la reina Betsabé no se le permitió hablar al rey David hasta que él le concedió permiso de presentar su petición (1 Reyes 1:16).

Ésta es la actitud que había en la mente del creyente de la antigüedad, cuando oía que se usaba la palabra rey para referirse a alguien. Por supuesto, el Señor del cielo y de la tierra, usa el título de Rey para hablar de sí mismo, para recordarnos también la actitud que debemos tener cuando nos presentamos ante él. Si bien, por medio de Jesús podemos acercarnos al Rey y él es en realidad nuestro amado Padre; sin embargo, no nos atrevemos a estar en su presencia sin la debida reverencia y respeto. Él sigue siendo el Creador del cielo y de la tierra. Se nos ha concedido un privilegio enorme; aunque esto no invalida el respeto que le debemos. El Rey debe empezar la conversación a la que llamamos oración. Primero, debemos escuchar lo que él dice. Martín Lutero comprendió esto claramente.

Primero, debemos tener una promesa o una garantía de Dios. Debemos reflexionar en esta promesa y recordársela a Dios, y de esta manera debemos sentirnos animados a orar con confianza. Si Dios no nos hubiera ordenado orar y si él no hubiera prometido

su cumplimiento, nadie podría obtener ni siquiera un grano de trigo a pesar de todas sus peticiones.⁴

En realidad, todo lo que hemos estado aprendiendo sobre el Rey hasta ahora, en los capítulos anteriores, es que el Rey ha hablado y lo que nos ha prometido. El Rey nos ha dicho que nos ama, que nos ha perdonado, y que nos da la bienvenida en sus aposentos para que le hablemos. Él nos invita y hasta nos ordena responder a su amor en oración, es decir, en nuestra parte de la conversación que él ha comenzado. Él es quien promete responder a nuestras oraciones. El Rey dice: “Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás” (Salmo 50:15). Este mandato y la promesa del Rey en su palabra, nos animan a presentarnos ante él en oración.

El Rey habla a través de su Hijo

Un poco más adelante vamos a hablar de lo que diremos en nuestra parte de la conversación. Primero, aprendamos a escuchar con cuidado lo que dice el Rey. Él tiene mucho más que decirnos. ¿Pero cómo y cuándo lo escuchamos? ¿Escucharemos su voz mientras dormimos de noche? ¿Acaso nos hablará a través de profetas?

Aquí tenemos lo que nos dice la Biblia: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo” (Hebreos 1:1,2). Los profetas transmitieron algo de la conversación del Rey con nosotros. Ellos escribieron lo que el Señor Dios les dijo. Incontables veces, dijeron sin sentir ninguna vergüenza: “Así dice el Señor”. Nosotros conocemos los escritos de los profetas como los libros del Antiguo Testamento. No obstante, llegó un tiempo cuando el Rey quería conversar con nosotros de una manera más íntima. Esto lo hizo cuando Jesús vino a nuestro mundo y habló cara a cara con nosotros. Los “últimos días” comenzaron cuando Jesús fue

concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen María. A partir de ese día, el rey nos ha hablado a través de su Hijo. Durante sus días en la tierra, con frecuencia Jesús hizo afirmaciones como ésta: “El que no me ama no oye mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” (Juan 14:24). Finalmente, Jesús es la palabra [el Verbo] de Dios, como lo llama Juan en el primer capítulo de su evangelio (versículos 1,14). Por lo tanto, para escuchar al Rey escuchamos a Jesús, su Hijo.

¿Dónde podemos oír que nos habla Jesús? Sentados en nuestro hogar del siglo XXI, nos preguntamos cómo podemos oír a Jesús, que habló hace dos mil años y así escuchar al Rey. La respuesta no es difícil. El Señor Jesús enseñó a sus discípulos. Les prometió que después de haber ascendido a los cielos y de haberse ido visiblemente de la tierra, les enviaría a su Espíritu Santo para que les enseñara todas las cosas y les recordara todo lo que él les había dicho (Juan 14:25,26). Y el Espíritu Santo lo hizo el Domingo de Pentecostés. Con poder los discípulos de Jesús comenzaron a predicar, a enseñar, y a escribir. Escribieron evangelios y epístolas. En sus escritos nos dicen lo que Jesús dijo e hizo. Aquí encontramos la respuesta a nuestro dilema: ¿Cómo podemos oír al Rey? A través de su Hijo. ¿Cómo podemos oír al Hijo? Mediante los apóstoles. ¿Cómo podemos oír a sus apóstoles? A través de la Biblia. Esto significa que primero debemos escuchar lo que dice la Biblia. Éste es el mensaje de Dios mediante su Hijo.

En realidad, hasta que hayamos oído al Rey hablarnos a través de su Hijo, no estamos listos para orar. La verdadera oración debe fluir de las palabras de Cristo.

Jesús se refiere a esta conexión entre su palabra y nuestra Oración, cuando dice: “Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho.” La importancia profunda

de esta verdad se hace clara si notamos la otra expresión a la que ésta reemplaza. Jesús había dicho más de una vez: “Permaneced en mí, y yo en vosotros”. Permanecer él en nosotros, fue el complemento y el galardón de permanecer nosotros en él. Pero aquí, en vez de “Ustedes en mí y yo en ustedes”, dice: “Ustedes en mí y mis palabras en ustedes”. Permanecer en su palabra equivale a permanecer en él.⁵

La oración comienza oyendo la palabra

Entonces, para orar al Rey, primero oímos su palabra. Si no lo hacemos, no oraremos de la manera apropiada. En realidad, no conoceremos ni comprenderemos verdaderamente al Rey, a quien deseamos hablar y hacer peticiones. Martin Lehmann hace estas observaciones acerca de Lutero y de sus pensamientos:

En la explicación del Salmo 51 Lutero advierte explícitamente contra cualquier intento de querer conocer a Dios aparte de su palabra y de sus promesas. Fuera de la revelación de su palabra tenemos que hacerle frente al “Dios absoluto”, o al “Dios desnudo” (deus nudus). Cada vez que tratamos de ponernos al nivel de Dios, con nuestras especulaciones pensando de él como es en sí mismo, corremos el riesgo de destruirnos a nosotros mismos. La revelación de Dios en las Escrituras tiene el propósito de apartarnos de un sendero peligroso y mortal. Por eso, Lutero dice que “David habla con el Dios de sus padres, con el Dios que hizo las promesas”. Cuando buscamos a Dios en su palabra, y permitimos que él trate con nosotros a través de la máscara de su palabra, estamos en el camino correcto... “Debemos aferrarnos a este Dios, no desnudo sino revestido y revelado en su palabra, de

otro modo nos abatirá la desesperación.”... “A este Dios, revestido de una apariencia tan amable, por así decirlo, con una máscara tan agradable, es decir, revestido de sus promesas — a este Dios debemos aferrarnos y debemos verlo con alegría y confianza”. Esta revelación de Dios a través de su palabra se convierte en la base de la confianza verdadera en Dios, haciendo que sea posible, y en verdad, necesario que las personas hablen a Dios en oración.⁶

Leer la Biblia y orar

La importancia de asociar la lectura de la palabra de Dios con nuestra práctica de orar, es algo que todos necesitamos que se nos recuerde regularmente. Una encuesta que realizó este autor como parte de la investigación y estudio para escribir este libro, sugiere que no recordamos esta relación con tanta frecuencia como deberíamos.

Demos una breve explicación de la historia de esta encuesta no científica. Esta encuesta fue enviada al azar a varias congregaciones del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin (WELS), la mayoría de las cuales pertenecía a la región central de los Estados Unidos. Algunas congregaciones eran grandes, otras pequeñas; algunas eran de la ciudad y otras eran rurales. Había congregaciones establecidas así como también misiones. De todas estas congregaciones de muestreo, se devolvieron y clasificaron 1,247 encuestas.

Los resultados de la encuesta que corresponden al tema que tratamos son: el 98% de los que respondieron dijo que oraba por lo menos una vez al día. Sin embargo, sólo el 33% de los que respondieron, leía la palabra todos los días. Es evidente que aunque casi el 100% ora a diario, solamente la tercera parte escucha al Rey todos los días. Esto sugiere que todos podríamos comprender mejor la necesidad y la importancia, de escuchar al Rey antes de comenzar a hablar.

Aunque la encuesta que preguntaba con qué frecuencia oraba la gente a diario, no diferenciaba entre oraciones dichas a la hora de la comida y otras oraciones, ni tampoco preguntaba cuántas personas leían la Biblia cada semana, que podía haber sido un número considerable, todavía parece que una discrepancia tan grande entre el número de los que oran y el de los que leen la Biblia es motivo de preocupación. ¿Acaso podemos responder correctamente si no sabemos lo que el Rey nos ha dicho primero? ¿Es apropiada nuestra acción de gracias a la hora de la comida si primero no hemos oído al Rey decirnos de dónde viene nuestro alimento y por qué nos lo da? ¿Pedimos lo que es correcto? ¿Cómo podemos saber cuál será el contenido de nuestra conversación a menos que hayamos oído primero y con cuidado a nuestro Rey?

Leer la Biblia mantiene nuestras oraciones frescas

Si no escuchamos primero lo que dice el Rey, puede suceder que nuestras oraciones se estanquen. Así como el niño que oye la misma canción todo el tiempo y comienza a cantar solamente una canción, así también nuestras oraciones pueden convertirse en una repetición monótona a menos que oigamos primero la maravillosa variedad de lo que el Rey tiene que decirnos. Piense en la lección que aprendió George Mueller (1805–1898), pastor y líder del movimiento Christian Brethren en Bristol, Inglaterra.

George Mueller de Bristol, Inglaterra, se levantaba temprano y dedicaba la primera media hora de cada día a la oración. Sin embargo, después de hacer esto confesó que sus oraciones con frecuencia se volvían superficiales y repetitivas. Se le ocurrió que primero podría leer la palabra de Dios. Al invertir el orden de lo que hacía y pasar primero quince o veinte minutos con

la Biblia, se dio cuenta de que nunca le faltaban pensamientos ni palabras para sus oraciones.⁷

Probablemente todos hemos tenido la experiencia de que cada vez que hablamos a cierta persona, nos cuenta las mismas historias o tenemos la misma conversación. Podríamos preguntarnos por qué esta persona no habla de algo diferente para variar. Tal vez en parte se deba a que esta persona no se ha detenido a escuchar primero. Hay una conexión entre hablar y ser un buen oyente, en realidad la habilidad misma de hablar se ha relacionado con el oír.

Los que se han dedicado al estudio de los sordos y los mudos, nos dicen que el habla depende mucho del oído, y cuando los niños pierden el oído, después también pierden el habla. Esto es verdad en un sentido más amplio: como oímos, hablamos. Esto es verdad en el sentido más elevado de nuestra relación con Dios. Decir una oración que manifiesta ciertos deseos y que apela a ciertas promesas, es algo fácil y se puede aprender del hombre, por medio de la sabiduría humana. Pero orar en el Espíritu, decir palabras que conmuevan y lleguen a Dios, que afecten el poder del mundo que no se ve: esta forma de orar y hablar depende por completo de oír la voz de Dios. Siempre que escuchemos la voz y el lenguaje que Dios habla, y que en las palabras de Dios recibamos los pensamientos de él, su mente y su vida en nuestro corazón, aprenderemos a hablar en la voz y el lenguaje que Dios oye.⁸

La buena oración empieza escuchando bien

Escuchar bien es el comienzo para mejorar las oraciones. Piense nuevamente en la penetración intelectual de la oración

que aprendió Martin Lehmann de Lutero:

La oración es inherente a la palabra de Dios porque la palabra se habla para inspirar la fe y la respuesta de la oración en el corazón de los humanos. Según Lutero, la casa de adoración tiene solamente un propósito: “que en ella no suceda nada más, excepto que nuestro Señor mismo nos hable a través de su santa palabra y que le respondamos mediante la oración y la alabanza”.⁹

Ser inherente, significa que la oración debe comenzar en la palabra de Dios y que debe adherirse a ella. Porque, como Lutero lo indica correctamente, la oración es la respuesta del corazón humano a lo que Dios dice en su palabra, la oración es verdaderamente imposible sin escuchar primero lo que Dios dice.

Esta relación se puede demostrar con un conocido pasaje de las Escrituras. Recordemos el mandato de orar que Jesús dio a sus discípulos en el huerto de Getsemaní. Les dijo: “Velad y orad para que no entréis en tentación ” (Marcos 14:38). Entonces no nos cabe duda que una de nuestras defensas contra la tentación es acudir a Dios en oración. ¿Pero cuál es el propósito de nuestra oración? ¿Debemos orar por una liberación milagrosa? ¿Acaso debemos orar para pedir que un poder mágico nos detenga cuando estemos a punto de caer en tentación? ¿De qué manera se vence la tentación? Primero, se vence con la actividad de la oración misma. Cuando estamos ocupados orando, entonces nuestra mente se concentra en el Señor y esto ayuda a evitar que nuestros pensamientos se desvíen.

Sin embargo, el gran poder de la oración es acudir al Espíritu Santo, para que podamos tener la comprensión espiritual y el poder de reconocer la tentación y resistirla. ¿De dónde viene este entendimiento espiritual? ¿Cómo aprendemos

a reconocer la tentación? ¿De dónde viene el poder para decir no? Viene de la palabra de Dios. Pablo escribió a Tito: “La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a toda la humanidad, y nos enseña que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente” (2:11,12). Por el contexto de estos versículos, es evidente que “la gracia de Dios se ha manifestado para salvación” es algo que se conoce por la enseñanza de la palabra de Dios. Al final, la palabra de Dios nos enseña de forma definitiva a decir no a la tentación.

A través de la palabra, el Espíritu Santo fortalece nuestro nuevo yo, para que podamos resistir la tentación. Entonces, orar para que no caigamos en la tentación es decir: “Señor, convénceme de la verdad de tu palabra para no ser engañado ni descarriado”. Para eso, primero debemos saber lo que dice la palabra de Dios.

Cuando Jesús fue tentado en el huerto de Getsemaní, ¿qué hizo? Oró. ¿En qué se basó para orar a Dios? Oró basándose en la palabra de Dios y en su promesa a él. Cuando Jesús finalmente dijo: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42), mostró que había encontrado la respuesta y la defensa, contra la tentación en la palabra de Dios. Se había convencido de la verdad y de la fidelidad de Dios, y de lo confiable que es su palabra. Él confió en esa palabra, en vez de confiar en los engaños de Satanás. ¿Se da usted cuenta que la oración y el oír van juntos? Cuando Jesús oró para que Dios apartara de él la copa de sufrimiento, al mismo tiempo escuchó la palabra de Dios que decía que debía tomarla. Por lo tanto, la oración de él respondió correctamente al decir: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

La sexta petición del Padrenuestro es: “No nos dejes caer en la tentación”. Cuando Lutero explica esta petición en el Catecismo Menor, dice que pedimos “que nos guarde y mantenga, a fin de que el diablo, el mundo, y nuestra carne, no

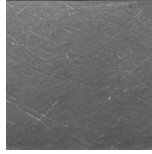
nos engañen y seduzcan, llevándonos a fe errónea, a la desesperación, y a otros grandes vicios y vergüenzas”. ¿De qué manera nos guarda Dios y nos impide llegar a fe errónea, a la desesperación y a otros grandes vicios y vergüenzas? ¡A través de su palabra! La palabra de Dios nos dice lo que es la fe verdadera. La palabra de Dios nos llena de esperanza en medio de las grandes tentaciones. Además nos muestra el sendero que debemos seguir, para no caer en el camino de los pecadores. Para orar esta petición, primero debemos saber lo que nos dice la palabra de Dios. Ni siquiera sabremos lo que oramos, hasta que sepamos lo que Dios nos dice en su palabra acerca de cómo vencer las tentaciones. Una vez que sabemos lo que dice su palabra, entonces ya estamos listos para responder con nuestras oraciones y peticiones, al pedirle que nos ayude, de la misma manera que nos ha dicho que lo hará.

Algunos errores comunes acerca de la oración

“Anoche cuando estaba orando, Dios me dijo que vendiéramos nuestra casa y nos mudáramos.” ¿Alguna vez ha oído a alguien decir algo así? Esta afirmación revela un error común acerca de la oración. Algunas personas esperan que Dios les hable directamente mientras oran.

Sin embargo, hemos visto que Dios nos habla en la Biblia a través de su palabra. Si queremos que Dios nos guíe, debemos conocer las Escrituras. No tenemos ninguna promesa de Dios de que nos hablará directamente en la oración ni de ninguna otra manera aparte de su palabra en la Biblia. Por otro lado, la oración es nuestra oportunidad de hablarle.

Una vez que hayamos aprendido a escuchar al Rey, entonces ya estaremos listos para comenzar nuestra parte de la conversación. A esto nos referimos comúnmente como oración. Es nuestra respuesta a la palabra del Rey.



5

Hablamos con el Rey

Herbert Lockyer llama a la oración “el teléfono del cielo, gratis para todos, siempre está desocupado, nunca se descompone”.¹⁰ Así es con el Rey que ha marcado nuestro número. Él ha hablado primero usando palabras de esperanza, palabras acogedoras. Ahora él hace una pausa para oír lo que tenemos que decirle. Él permanece en la línea; no cuelga; espera a que hablemos.

La oración es una respuesta al Rey

Por fin llegamos a la oración en sí misma. Ha llegado la hora para que los súbditos hablen, para que respondan a lo que dice el Rey. Podría haber varias respuestas. Puede ser que éstas simplemente sean respuestas informales a lo que el Rey acaba de decir. Tal vez una lágrima por sus palabras de perdón, quizás

una sonrisa por el sonido de su amor, tal vez un suspiro ante la seguridad consoladora que nos da o un bullicioso “¡Aleluya!” por las buenas nuevas de victoria y libertad. Estas respuestas informales son oraciones en sí mismas. Son respuestas a la comunicación del Rey con sus súbditos. Como lo escribió James Montgomery en su himno: “La oración es la carga de un suspiro, el verter una lágrima, la mirada que se eleva, cuando nadie, sino Dios, está cerca”.¹¹

Sin embargo, lo más común es que la oración sea algo más que la comunicación sin palabras. La oración toma lugar cuando los súbditos comienzan a hablar. O, debido a que el que escucha es divino, la oración ni siquiera necesita expresarse en palabras, sino que sencillamente toma la forma de los pensamientos que son dirigidos a Aquel que conoce hasta nuestras meditaciones más íntimas. Ahora nuestra atención se dirige a este tipo de oración.

Orar es adorar

Primero, es importante que recordemos que la oración es adoración. Pablo escribió a los romanos: “Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto” (12:1). Aquí Pablo quiere que entendamos que al responder a la misericordia de Dios, lo estamos adorando. Como ya lo hemos notado, la oración es una respuesta al mensaje que nos da el Rey. Es la conversación como reacción al misericordioso mensaje del evangelio. Por lo tanto, la oración es adoración, ya sea la oración individual o la de un grupo. Es el servicio de nuestro corazón y de nuestros labios, en contraposición al ser vicio de nuestras manos y pies. Pablo quiere que ofrezcamos todo nuestro cuerpo en sacrificio. Esto incluye nuestra mente y nuestra voz. Entonces, cuando oramos, adoramos y servimos a Dios.

La oración-adoración toma diferentes formas

Alabanza

La adoración que rendimos a Dios en la oración puede tomar diferentes formas, como está claro por las oraciones que se encuentran en la Biblia. Hay diferentes motivos y maneras de comunicarse con el Rey; sin embargo, a cada una de estas formas de comunicación en general se les puede llamar oración. Por ejemplo, nuestra oración podría tomar la forma de alabanza, como en los siguientes pasajes de los Salmos:

Cantad a Jehová cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas;
su diestra lo ha salvado
y su santo brazo.
Cantad alegres a Jehová, toda la tierra.
Levantad la voz, aplaudid y cantad salmos. (98:1,4)

Cantad a Jehová, bendecid su nombre.
Anunciad de día en día su salvación. (96:2)

Bendice, alma mía, a Jehová,
y bendiga todo mi ser su santo nombre.
Bendice, alma mía, a Jehová,
y no olvides ninguno de sus beneficios. (103:1,2)

Agradecimiento

La oración puede ser sencillamente una expresión de nuestro agradecimiento a Dios por las bendiciones que nos ha otorgado. Los pasajes siguientes son ejemplos de oraciones de gratitud:

Alabad a Jehová, porque él es bueno,
porque para siempre es su misericordia. (Salmos 136:1)

A ti, Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo,
porque me has dado sabiduría y fuerza,
y ahora me has revelado lo que te pedimos,
pues nos has dado a conocer el asunto del rey. (Daniel 2:23)

Entonces mandó a la gente recostarse sobre la hierba; y tomando los dos panes y los cinco peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió y dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud. (Mateo 14:19)

Siempre que oramos por vosotros, damos gracias a Dios,
Padre de nuestro Señor Jesucristo. (Colosenses 1:3)

Confesión de pecados

Otra manera de orar es reconocer en nuestra comunicación con Dios que es cierto lo que él nos dice acerca de nuestra naturaleza pecadora. Cuando sucede esto, de nuestro corazón brotan palabras de arrepentimiento y pedimos perdón. A esto lo llamamos confesión. Aquí tenemos algunos ejemplos:

Mientras callé,
se envejecieron mis huesos
en mi gemir todo el día,
porque de día y de noche
se agravó sobre mí tu mano;
se volvió mi verdor
en sequedades de verano.
Mi pecado te declaré
y no encubrí mi iniquidad.
Dije: “Confesaré
mis rebeliones a Jehová”,
y tú perdonaste
la maldad de mi pecado.

Por esto orará a ti todo santo
en el tiempo en que puedas ser hallado. (Salmos 32:3-6)

Ten piedad de mí, Dios,
conforme a tu misericordia;
conforme a la multitud de tus piedades
borra mis rebeliones.
¡Lávame más y más de mi maldad
y límpiame de mi pecado!,
porque yo reconozco mis rebeliones,
y mi pecado está siempre delante de mí.
Contra ti, contra ti solo he pecado;
he hecho lo malo delante de tus ojos...
Purificame con hisopo y seré limpio;
lávame y seré más blanco que la nieve.
(Salmo 51:1-4,7)

Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh
Dios mío, mi rostro hacia ti, porque nuestras iniquidades se
han multiplicado sobre nuestras cabezas y nuestros delitos
han crecido hasta el cielo. Desde los días de nuestros padres
hasta este día hemos vivido en gran pecado. (Esdras 9:6,7)

Te ruego, Jehová, Dios de los cielos, fuerte, grande y
temible, que guardas el pacto y tienes misericordia de los
que te aman y observan tus mandamientos; esté ahora
atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu
siervo, que hago ahora delante de ti, día y noche, por los
hijos de Israel, tus siervos. Confieso los pecados que los
hijos de Israel hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de
mi padre hemos pecado. En extremo nos hemos
corrompido contra ti y no hemos guardado los
mandamientos, estatutos y preceptos que diste a Moisés, tu
siervo. (Nehemías 1:5-7)

Peticiones

Las oraciones también pueden ser simplemente peticiones de regalos y bendiciones que le pedimos a nuestro Rey. Piense en estos ejemplos:

¡Jehová de los ejércitos! Si te dignas mirar la aflicción de tu sierva, te acuerdas de mí y no te olvidas de tu sierva, sino que das a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida, y no pasará navaja por su cabeza. (1 Samuel 1:11)

Si has de salvar a Israel por mi mano, como has dicho, he aquí que yo pondré un vellón de lana en la era; si el rocío está sobre el vellón solamente, y queda seca toda la otra tierra. Entonces entenderé que salvarás a Israel por mi mano, como lo has dicho. (Jueces 6:36,37)

Intercesiones

Finalmente, las oraciones pueden ser por otras personas. A esta forma de oración la llamamos intercesión ya que intercedemos ante el Rey a favor de otros. Las Escrituras también mencionan este tipo de oraciones:

Puesto que este pueblo ha cometido un gran pecado al hacerse dioses de oro, te ruego que perdones ahora su pecado, y si no, bórrame del libro que has escrito. (Éxodo 32:31,32)

Ruega por tus siervos a Jehová, tu Dios, para que no muramos; porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir un rey para nosotros. (1 Samuel 12:19)

Así que, lejos de mí pecar contra Jehová dejando de rogar por vosotros. (versículo 23)

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. (Lucas 23:34)

La oración es un tipo especial de comunicación

Como se puede ver en los ejemplos anteriores, la oración abarca muchos tipos diferentes de conversación que el creyente podría tener con Dios. Sin embargo, aunque definimos la oración como la comunicación con Dios, no es el mismo tipo de conversación que podemos tener de manera informal con el empleado de una tienda o con nuestro vecino a través de la reja. En fin, es una conversación que tenemos con nuestro Padre-Rey. Esta conversación tiene un sabor único que no se puede encontrar en ningún otro tipo de conversación. Por eso, comúnmente no llamamos “oración” a nuestra conversación con otras personas. Por costumbre solamente usamos la palabra oración para hablar de la conversación que tenemos con nuestro Padre, el Rey.

Las palabras más comunes que se usan para la oración tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, es decir, tanto en el idioma hebreo como en el griego, sugieren enfáticamente el tipo especial de comunicación que tenemos con el Rey. El objetivo de este libro no es proporcionar una lista de todas las palabras griegas o hebreas que existen para la oración, ni tampoco dar todos los pasajes donde se usan. Basta con decir que después de un estudio de las diferentes palabras que se usan para la oración y el contexto en que aparecen, un tema común se le presentó a este autor. En los contextos de las palabras más comunes para la oración en el hebreo y en el griego, parece que siempre hay alguna relación con la idea de que las personas que no son dignas de recibir el favor divino, son las que acuden a pedirlo. En otras palabras, la misericordia y el amor inmerecido de Dios, al que llamaremos gracia, siempre son la esencia de la oración.

Considere las palabras de este pasaje: “Jehová ha oído mi ruego; ha recibido Jehová mi oración” (Salmo 6:9). La poesía hebrea usa una técnica que se llama paralelismo. Esto significa que en la mayor parte de los versos de la poesía hebrea, la primera mitad y la segunda tienen una relación especial una con la otra. Algunas veces dicen la misma cosa, y algunas veces la segunda mitad añade un pensamiento o un contraste a la primera. El pasaje que citamos antes es un tipo donde la segunda mitad repite lo que ha dicho la primera, sólo que en palabras ligeramente diferentes. Con frecuencia estos pasajes nos hacen comprender la relación entre conceptos importantes que hay en la Biblia. Note en el pasaje anterior que las palabras “oído” y “recibido” se usan básicamente como sinónimos. Decir que el Señor oye mis oraciones es también decir que las recibe. De la misma manera, note la estructura paralela que existe entre las frases “mi ruego” y “mi oración”. Aquí el vocablo es la palabra hebrea más común para oración. Por la estructura paralela vemos que se usa como un sinónimo con “mi ruego”. Esto sugiere una relación muy cercana entre la oración y buscar la misericordia de Dios. Nos recuerda que somos personas indignas que se acercan al Rey glorioso. Al mismo tiempo nos recuerda que, gracias a Jesús, tenemos la seguridad de que Dios es misericordioso con nosotros y que sí oye nuestras oraciones.

Otro ejemplo, de la relación que existe entre la oración y la gracia y misericordia de Dios, se encuentra en la Epístola de Santiago. Casi al final de su carta, Santiago escribe: “Elías era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviera, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto” (5:17,18). Santiago hace notar que Elías era un hombre como nosotros. Era un ser mortal; no tenía ningún poder especial en sí. Está claro que el

objeto de su oración era el Señor, el Rey. Sin embargo, su oración fue más que una conversación ocasional. Santiago dice que Elías oró fervientemente. Esto indica que Elías estaba pidiendo algo del Señor y lo hacía con gran pasión. A primera vista, le pidió al Señor que dejara de llover. Sin embargo, era una petición tan audaz y tan poco común que Elías oró por eso fervientemente. En realidad, estaba buscando el favor divino. Sólo si el Señor miraba con gracia a este mortal, le concedería lo que le pedía. Santiago hace ver que a Elías se le concedieron dos peticiones. La palabra griega que se usa aquí es la más común para oración. En el contexto, está relacionada con la búsqueda del favor divino.

La oración siempre busca el favor de Dios

Entonces, al definir la oración queremos tener presente esta parte de la definición de la oración que es la búsqueda del favor divino. Cuando ya estaban en los límites de la tierra prometida, Moisés recordó al pueblo de Israel: “Y oré a Jehová diciendo: Señor Jehová, no destruyas a tu pueblo, a la heredad que has redimido con tu grandeza, y que sacaste de Egipto con mano poderosa” (Deuteronomio 9:26). Esta oración surgió porque el pueblo se había rebelado contra Dios y había adorado el becerro de oro. La ira de Dios se había encendido contra ellos. ¿Por qué ahora debía el Señor apartar su ira? ¿Por qué el Señor debía permitirles vivir en vez de destruirlos? Moisés no solamente estaba pidiendo algo a Dios, estaba implorándole su misericordia. Pedía a Dios que mostrara su gracia y amor inmerecido, en vez de castigarlos como ellos se lo merecían.

En los días del sacerdote Elí, había una mujer llamada Ana. En las Escrituras se nos dice: “Ella, con amargura de alma, oró a Jehová y lloró desconsoladamente” (1 Samuel 1:10). Ana deseaba mucho tener un hijo, pero no tenía ninguno. En ese tiempo era una desgracia que una mujer no tuviera hijos.

Muchos creían que era un rechazo divino, o una señal del desagrado de Dios. En su oración, Ana no pedía solamente un hijo, sino que imploraba que Dios la viera con misericordia.

Cuando vemos una oración tras otra, en el Antiguo

Testamento, encontramos una y otra vez, que de una manera u otra, la persona que ora busca el favor de Dios. Abraham pidió la misericordia de Dios para Abimelec por el trato que le dio a Sara (Génesis 20:17,18). En la dedicación del magnífico templo para el Señor, Salomón pidió misericordia para el pueblo. El único propósito del templo consistía en que el pueblo acudiera a esta casa de Dios, en busca del favor divino. Salomón suplicó en su oración que el Señor recordara sus promesas y perdonara a su pueblo. Lo que él pide es misericordia (1 Reyes 8). Eliseo pidió la gracia de Dios para la mujer sunamita cuyo hijo había muerto (2 Reyes 4:33). Ezequías pidió el favor divino y misericordia, cuando oró al Señor que lo sanara de su enfermedad y le concediera vivir más tiempo (2 Reyes 20:2,3). Manasés, uno de los reyes más impíos de Judá, suplicó misericordia por toda la maldad que había cometido (2 Crónicas 33:12,13). Desde luego, no tenía ningún derecho a esperar nada bueno del Señor; sin embargo, oró. Buscó el favor divino. Nehemías suplicó al Señor que perdonara a los exiliados y permitiera que las murallas de Jerusalén fueran reconstruidas (Nehemías 1:4-11). Jonás oró desde el vientre del pez (Jonás 2:2-9). Se sentía acongojado. Su única esperanza era que el Señor fuera misericordioso con él, a pesar de que había pecado y huido de él. Si iba a ser liberado, sería porque el Señor le había mostrado favor que él no merecía. Asimismo los salmistas una y otra vez, pidieron la ayuda del Señor. Esencialmente sus oraciones son clamores pidiendo misericordia. La ayuda vendrá sólo si el Señor los mira con favor; por lo tanto, pedir ayuda al Señor es pedir que les muestre su misericordia.

Hasta ahora, hemos visto principalmente la palabra hebrea para oración. Su contraparte griega del Nuevo Testamento se usa de manera similar. Por ejemplo, leemos en Hechos, capítulo 12: “Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel, pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él” (versículo 5). Pedro estaba en la cárcel y necesitaba mucha ayuda. Se nos dice que la principiante iglesia cristiana oraba por él. Sin embargo, estos creyentes no estaban solamente conversando con Dios acerca de Pedro. Estaban pidiendo al Señor que le mostrara su favor, lo protegiera, o tal vez hasta que fuera liberado si era la voluntad de Dios.

Se encuentra otro ejemplo en la exhortación de Pablo a los cristianos de Filipos: “Por nada estéis angustiados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Filipenses 4:6). Evidentemente, a sus compañeros creyentes les preocupaban muchas cosas. Orar es hablar a Dios, y las personas que están preocupadas deben hacer eso; es decir, pedir el favor de Dios en tiempo de necesidad.

En su epístola a la congregación de Colosas, Pablo escribió: “Les manda saludos Epafras, que es uno de ustedes. Este siervo de Cristo Jesús, está siempre luchando en oración por ustedes, para que, plenamente convencidos, se mantengan firmes, cumpliendo en todo la voluntad de Dios” (Colosenses 4:12 - NVI). Aquí vemos que Epafras estaba “luchando” por algo. Éste no era un esfuerzo físico, sino un esfuerzo que hacía en la oración. Se dice el tema específico por el que luchaba Epafras. Suplicaba a Dios por medio de la oración que ayudara a sus hermanos y hermanas en la fe, a “mantenerse firmes, cumpliendo en todo la voluntad de Dios”. Entonces su oración era para pedir el favor de Dios para la congregación de Colosas. Quería que el Señor los bendijera.

Una vez más, se puede ver tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, que en las palabras más comunes para la

oración lo esencial es pedir el favor de Dios. En realidad, este pensamiento se puede incluir en casi cualquier contexto, en que la palabra común para oración se use sin alterar el sentido de la oración. Este hecho por sí solo nos hace recordar la necesidad que tenemos de Jesucristo cuando oramos. Porque sin Jesús es inútil buscar el favor divino. Sólo a causa de Jesucristo y a través de él y de sus méritos, el Señor mira favorablemente a los pecadores. Entonces cualquier oración que hagamos debe comenzar comprendiendo que no somos dignos para orar. Al mismo tiempo, nuestro corazón y nuestra alma, deben aferrarse al maravilloso mensaje del evangelio. A causa de Jesús Dios nos muestra su amor que no merecemos (su gracia), y por lo tanto escucha gustosamente nuestras oraciones y las responde. Así nos muestra su favor.

Lutero nos explica esto en la quinta petición del Padrenuestro. Podríamos pensar que es extraño que Lutero hable de la oración en la petición que dice: “Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Sin embargo aquí, con el perdón, nuestras oraciones comienzan y terminan. Lutero lo reconoce de una manera muy sencilla cuando explica en el Catecismo Menor: “En esta petición rogamos al Padre celestial que no tome en cuenta nuestros pecados, ni por causa de ellos nos niegue lo que pedimos. Pues no somos dignos de recibir nada de lo que imploramos, ni tampoco lo merecemos. Pero quiera Dios darnoslo todo por su gracia, ya que nosotros en verdad pecamos a diario y sólo merecemos el castigo.” Lutero sabe lo que dice la Biblia acerca del pecado y la oración. Donde existe un pecado sin perdonar, no puede haber oración, es decir, ninguna petición puede llegar a los oídos del Padre ni ser contestada. El pecado es una barrera entre nosotros y nuestro Rey. Le rogamos a nuestro Padre celestial que no mire nuestro pecado. Note que Lutero admite que todavía pecamos diariamente y mucho. Todavía merecemos sólo la ira y el castigo de Dios, porque no hemos

cambiado. Sin embargo, pedimos que el Rey no nos vea tal como somos, sino a través de nuestro Salvador, Jesucristo. Ésta es la oración de fe: la petición que cree y confía en que nuestro Padre-Rey nos mira favorablemente con misericordia (con un amor que no merecemos) y por lo tanto nos concederá lo que le pedimos.

Podemos orar sólo los creyentes en Jesús

Es importante recordar esto: los no creyentes en Jesucristo no pueden orar. No pueden buscar el favor del Rey porque sus pecados los separan de él. Éste es el mensaje consistente de la Biblia, ya que un pasaje tras otro habla de la oración. La oración siempre está en conexión con la fe en Jesús.

Por ejemplo, en el Salmo 32, leemos: “Por esto orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado” (versículo 6). El salmista no dice: “Que todos oren”. Él clasifica “todos” con la palabra “santo”. Esta palabra indica quiénes son los que le agradan a Dios. No son personas perfectas. Son personas arrepentidas que no confían en sus propios méritos o valor, pero que buscan a Jesús como su Salvador y la razón para el favor de Dios. Estas personas, las piadosas, pueden orar a Dios y lo hacen, y lo encuentran en sus palabras y promesas.

Otro pasaje de un salmo repite esta verdad. En el Salmo 145 leemos: “Cercano está Jehová a todos los que lo invocan, a todos los que lo invocan de veras” (versículo 18). Nuevamente, hay una condición adjunta para los que invocan al Señor: Deben invocar al Señor de verdad. La Biblia nos enseña que la palabra de Dios es verdad (Juan 17:17). Jesús también se identificó como la Verdad (Juan 14:6). Entonces quienes llaman en verdad al Señor, son los que escuchan la palabra de Dios porque son creyentes en la verdad que revela acerca de Jesús. En pocas palabras, son creyentes en las promesas del evangelio de Dios acerca de Jesús. Para ellos, Dios está cerca.

Casi al final de su primera carta a los cristianos de Tesalónica, Pablo anima a esta congregación atribulada. “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Tesalonicenses 5:16-18). Los tres mandatos que Pablo les da están relacionados con la última cláusula, en la cual les dice a estos cristianos que Dios quiere que hagan eso. Sin embargo, Pablo añade las palabras “en Cristo Jesús”. Éste es un recordatorio de que nuestro gozo, nuestras oraciones, y nuestro agradecimiento, todos ellos son posibles sólo debido a Jesucristo y mediante él. A no ser que primero conozcamos y seamos creyentes en Jesucristo, no podemos orar como Dios quiere que lo hagamos. La fe en Jesús viene primero. La oración es el idioma de la fe.

Dios ilustró esta verdad a sus creyentes del Antiguo Testamento, a través del plan del tabernáculo, y después, a través del templo de Jerusalén. El pueblo estaba separado del lugar santísimo; no obstante, allí estaba Dios presente entre ellos. Allí podían elevar sus oraciones a él. Sin embargo, el único camino hacia Dios era mediante los sacrificios, y la sangre, que los sacerdotes salpicaban en el altar y que el sumo sacerdote salpicaba una vez al año sobre el arca del pacto. Todas estas cosas eran símbolos y figuras, para enseñar al pueblo antiguo de Dios acerca del Mesías que vendría.

Más adelante el escritor a los Hebreos, usa estas imágenes para ayudarnos a comprender la relación maravillosa que ahora tenemos con Dios, especialmente el acceso que tenemos a Dios, en la oración por medio de Jesús.

Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo, por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne. También tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios. Acerquémonos, pues,

con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. (10:19-22)

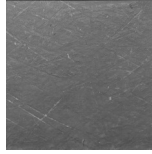
El escritor dice que tenemos “plena certidumbre de fe” para acercarnos a Dios en oración. No tenemos temor de ser rechazados; de ser sentenciados a muerte. Tampoco tenemos miedo de la ira del Rey. ¿Por qué no? Debido a Jesús. Porque Jesús derramó su sangre y entregó su cuerpo por nosotros en la cruz. Cuando este pasaje dice que nuestro corazón es purificado y nuestro cuerpo es lavado, significa que Dios nos ha aplicado el perdón y la justicia, que Jesús obtuvo. A esto llamamos justificación. Confiar en ello es creerlo. Ésta es la fe. Oramos porque somos creyentes que esto es verdad, y somos creyentes que a través de Jesucristo la casa de oración de Dios está abierta para nosotros.

¿Pueden orar los no creyentes? Desde luego, pueden decir palabras que suenan como oraciones, y hasta pueden invocar a Dios con las palabras correctas. Pero debido a que no son creyentes en Jesús como su Salvador del pecado, sus oraciones no serán oídas ni aceptadas. Porque sin Jesús como intermediario, mediador, los no creyentes y todo lo que hagan, incluyendo sus oraciones, no son aceptables ni agradables a Dios. “Sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6). Ésta es la enseñanza de la palabra de Dios. Los no creyentes no pueden orar en el sentido bíblico de la palabra. Aquí es apropiado el comentario del gran teólogo Agustín:

Porque él [Pablo] dijo: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído?” no les han enseñado primero el Padrenuestro y después el Credo. Les han enseñado primero el Credo, para que puedan saber en qué son creyentes, y después el Padrenuestro, para que puedan saber a quién invocar. El Credo contiene lo que creen; el Padrenuestro, lo que deben pedir. Es la oración del creyente la que es escuchada.¹²

Es imposible orar sin fe en Jesucristo. Por otro lado, cuando una persona llega a ser hecha creyente en Jesucristo, entonces es imposible no orar. En el momento en que el Espíritu Santo produce la fe en el corazón a través del evangelio, las oraciones comienzan a brotar del corazón y de los labios del cristiano. Lutero dijo una vez: “Es tan imposible que haya un cristiano sin oración como que una persona viva sin pulso. El pulso nunca se detiene; late constantemente, ya sea que uno duerma o que algo más evite que uno se dé cuenta de él.”¹³ Este lazo vital entre fe y oración, simplemente sigue las enseñanzas luteranas acerca de la relación entre justificación, o convertimos en cristianos, y santificación, o nuestra vida como cristianos. La santificación nunca puede preceder a la justificación. No podemos vivir como cristianos y tampoco podemos hacer lo que ellos hacen, hasta que seamos hechos cristianos. Sin embargo, una vez que una persona es convertida en cristiana por la gracia de Dios y por el poder del Espíritu Santo, en ese mismo instante esa persona comienza a actuar como cristiana. Esto incluye el deseo sincero de orar.

De modo que el cristiano, el creyente, comienza a orar. ¿Por quién oraremos? ¿Qué oraremos? Hablaremos de estas preguntas en el capítulo siguiente mientras consideremos las peticiones que nosotros, hijos de Dios y súbditos, llevamos a nuestro Padre-Rey.



6

Presentamos nuestras peticiones al Rey

Oramos por nosotros mismos

¿Por quién oraremos? En primer lugar, por nosotros mismos. “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lucas 11:13). Jesús dijo esto a sus discípulos en una ocasión cuando le pidieron que les enseñara cómo debían orar. Primero les dio el ejemplo de la oración, que ahora se conoce como el Padrenuestro, del cual hablaremos más adelante en este libro. Después de esto, usó una ilustración para enseñarles a ser persistentes en orar al Padre celestial y a no darse por vencidos después de la primera vez. Como conclusión a esta demostración, Jesús dijo las palabras que se citan en la página

anterior. El asunto es que así como los niños piden a sus padres algo para ellos mismos, y los padres tienen el buen sentido de dar buenos regalos a sus hijos, así también cuando pedimos algo para nosotros mismos a nuestro Padre celestial, él seguramente nos dará buenos regalos. Él es mucho mejor que nuestros padres terrenales, quienes no son perfectos sino malos por naturaleza. Comprendida en esta confianza está el hecho de que se nos permite orar, por nuestras propias necesidades y se nos anima a hacerlo. Jesús indica que lo primordial es pedir el Espíritu Santo. Éste es el mejor regalo y el más importante, que nuestro Padre celestial desea darles a sus hijos.

El Evangelio de Mateo menciona un relato donde Jesús habla a sus discípulos de la inminente destrucción de Jerusalén y de la destrucción final de todo el mundo. Conociendo la terrible naturaleza de estas destrucciones, Jesús les implora: “Orad, pues, que su huida no suceda en invierno ni en sábado” (24:20). Está claro que Jesús les decía que oraran para su propio beneficio. Debían buscar el favor de Dios para que él los conservara y protegiera.

Nuevamente, en el Evangelio de Lucas, tenemos un ejemplo de Jesús cuando ordena a sus discípulos que oren por ellos mismos. Jesús estaba en el huerto de Getsemaní orando por él mismo. Cuando encontró dormidos a sus discípulos, les dijo: “Levantaos y orad para que no entréis en tentación” (22:46). Jesús no les dijo que oraran por alguien más, sino por ellos mismos. ¡Cuán importante es que oremos por nosotros mismos para no ser tentados! Sin la ayuda del Señor, es seguro que caeremos en tentación.

Nadie puede escapar de las pruebas de la vida. Con el recurso de la oración podemos suplicar a Dios que nos ayude con ellas. En conexión con ellas, Lutero menciona un dato que Jerónimo escribió en La vida de los ermitaños, que un joven ermitaño que deseaba

deshacerse de sus pensamientos malsanos dijo a su compañero mayor: “Querido hermano, no puedes evitar que los pájaros vuelen sobre tu cabeza, pero desde luego que puedes evitar que aniden en tu pelo”. Las oraciones que hacemos pidiendo la ayuda divina pueden ayudarnos a vencer las tentaciones que nos acechan.¹⁴

Otra oración que podemos hacer sería orar por nosotros mismos, pidiendo perdón. A Simón el mago, Pedro le ordenó que dijera esta oración después de que había pecado tratando de comprar la habilidad de dar el Espíritu Santo por la imposición de las manos. “Arrepíentete, pues, de esta tu maldad y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón” (Hechos 8:22).

La oración por nosotros mismos es apropiada en cualquier situación en que necesitemos ayuda del Señor. Santiago da un mandato general cuando dice: “¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración” (5:13). Igualmente Pablo generaliza cuando anima: “Por nada estéis angustiados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Filipenses 4:6). Las dos palabras “nada” y “toda” abren la puerta completamente a infinidad de cosas que los cristianos puedan orar a su Padre-Rey.

Oramos por otros

Sin embargo, nuestras oraciones no deben limitarse a nosotros mismos y a nuestras necesidades. Así como las Escrituras nos enseñan de forma convincente a orar por nosotros mismos, también de modo inconfundible nos enseñan a elevar nuestra voz al Rey a favor de otros. “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que tienen autoridad, para que vivamos quieta y reposadamente en

toda piedad y honestidad” (1 Timoteo 2:1,2). Aquí Pablo recopila un grupo interesante de palabras y nos anima a orar por otros. Las palabras sugieren que debemos pedir dones, el favor divino, y el perdón, y que hasta debemos dar gracias por otros. El centro de atención particular de nuestras oraciones en este versículo es el gobierno: presidentes, gobernadores, la policía, jueces, legisladores, alcaldes, y personas semejantes. Se nos manda orar por ellos para que nuestra vida pueda permanecer en paz y tranquila, a fin de proclamar el evangelio. Esto parece sugerir que oramos por estas personas que tienen la autoridad, para que se les dé sentido común y habilidad de gobernar con imparcialidad y con justicia, y tal vez hasta que puedan llegar a la fe si es que todavía no son cristianos.

Una oración para llegar a la fe, era precisamente lo que Pablo tenía en mente cuando estuvo ante el rey Agripa II. En el libro de Hechos se nos dice que después de que Pablo había dado testimonio ante Agripa acerca de Cristo, Agripa eludió la pregunta de Pablo y le dijo que no lo iba a convertir tan rápidamente. Pablo respondió: “Quisiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fuerais hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas” (26:29).

Tampoco debemos orar sólo por los no creyentes. La palabra de Dios nos anima a orar por nuestros hermanos creyentes, especialmente por los que anuncian el evangelio. Pablo escribió a sus hermanos y hermanas cristianos, que estaban en Roma: “Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los rebeldes que están en Judea y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea bien recibida” (Romanos 15:30,31).

Nuestras oraciones por otros no deben limitarse a peticiones para que se difunda el evangelio. Santiago anima a orar por otros en tiempos de enfermedad: “¿Está alguno

enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia para que oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor” (5:14). Este pasaje es importante porque nos enseña a buscar las oraciones de otros a favor nuestro. Ésta es una de las bendiciones de la santa iglesia cristiana. Ya que tenemos la comunión de los santos, es decir, estamos unidos por la fe en Jesucristo y por el Espíritu que efectúa esa fe, los cristianos estamos profundamente implicados en la vida a favor de otros. Esto incluye las oraciones activas y fervientes de unos por otros. “Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16). Sólo los hermanos cristianos de la santa iglesia cristiana pueden ofrecer oraciones tan poderosas y tan eficaces. Porque “el justo”, como enseñan las Escrituras, es sólo alguien que tiene la justicia de Dios mediante la fe en Jesucristo. Así que otra manera de decir esto sería: “La oración de alguien que confiesa sus pecados y que confía en Jesucristo como su Salvador, es poderosa y efectiva.” Por lo tanto, los creyentes oran unos por otros, como lo ha ordenado Santiago.

El ejemplo más destacado de la oración por otros, nos lo da el perfecto y justo Salvador. El capítulo 17 del Evangelio de Juan contiene una oración extensa de Jesús, en la cual ora por sí mismo, por sus discípulos, y por los creyentes de todos los tiempos. Vale la pena que la leamos como un ejemplo de oración por otros. Otro ejemplo sería la oración de Jesús por Pedro (Lucas 22:32). Jesús sabía que Satanás iba a tentar a Pedro. Por eso, oró para que Pedro venciera y para que su fe se mantuviera firme.

Como en todo, queremos vivir cristianamente con el ejemplo que Cristo nos ha dado. Esto también es verdad en la oración. En su libro “Luther on Prayer [Lutero y la Oración]”, Martin Lehman sintetiza así los pensamientos de Lutero acerca de esto:

Debido a que Jesucristo intercede por nosotros ante Dios, nosotros también debemos interceder por otros en oración en su nombre y espíritu. El cristiano no puede limitar sus oraciones a él mismo ni al círculo estrecho de su familia o amigos. Sus oraciones abarcan mucho, así como Cristo se preocupaba y oraba por gente de todo tipo y condición.¹⁵

En cierto sentido, la oración por otros cristianos es en realidad una oración por uno mismo. Esto es porque Cristo llama a todos los cristianos su cuerpo. Cada cristiano forma parte de ese cuerpo y por lo tanto le afecta todo lo que le suceda al cuerpo. Cuando oramos por otros creyentes, oramos por el cuerpo de Cristo, del que somos parte y beneficiarios. Con respecto a esto, Lutero dice:

Entonces, el verdadero amor nos llevará a orar especialmente por toda la cristiandad, y esto logra más que orar sólo por nosotros mismos. Porque, como dice Crisóstomo, toda la cristiandad ora por el que ora por ella. En realidad, en esta oración él ora junto con la cristiandad por sí mismo... Le pido que note y considere que Cristo con razón nos enseñó a orar “Padre nuestro” y no “Padre mío”, “el pan nuestro de cada día dánoslo hoy” y no “el pan mío de cada día”, que él habla de “nuestras deudas”, “nosotros” y “nuestro”. Él quiere oír a las multitudes y no a mí, ni a usted solo, ni a un fariseo aislado. Por lo tanto, cante con la congregación y cantará bien. Aunque su canción no sea melodiosa, la multitud la absorberá. Pero si usted canta solo habrá quienes lo critiquen.¹⁶

El dicho “No hay hombre sin hombre” es muy cierto en la iglesia cristiana. Los creyentes orarán unos por otros.

Tal vez lo que nos choca un poquito más que oír al Señor Jesús decirnos que oremos por nuestros hermanos cristianos es su voluntad de que oremos también por nuestros enemigos y por los que nos persiguen. “Yo os digo: Amad a vuestros enemigos y... orad por los que... os persiguen” (Mateo 5:44). “Benedicid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian” (Lucas 6:28). Es evidente que Jesús extiende la oración por otros más allá de los muros de nuestra iglesia, de nuestro sínodo y hasta de la cristiandad. “Otros” abarca a aquellos por quienes no oraríamos. Incluye a los que nos hacen daño, a los que nos causan tristeza y sufrimiento. Las peticiones que hacemos por estas personas tampoco deben ser ejercicios de ojo por ojo. Desde luego, Jesús no nos dice que oremos para que desaparezcan cuando dice: “Amad a vuestros enemigos y orad por los que...” Las oraciones por nuestros enemigos deben ser fruto del corazón perdonador que Dios ha tocado amorosa y misericordiosamente con su perdón. Nosotros, a la vez, mostramos misericordia y pedimos perdón por los que nos han ofendido de alguna manera. Nuestro Salvador nos muestra cómo. Cuando los soldados lo crucificaron, pidió perdón por los que no le dieron importancia al hecho de usar clavos para traspasar las manos del Hijo de Dios (Lucas 23:34). No es fácil decir este tipo de oración debido a que ésta se forja en el horno del arrepentimiento (el pesar por los pecados) y de la absolución (el perdón). Con demasiada frecuencia no damos a conocer lo que el Padre-Rey nos ha dado tan abundantemente. Sólo mirando el espejo de la ley de Dios y después deleitándonos en la luz de la cruz y de la tumba vacía, tendremos el poder para perdonar y orar por nuestros enemigos.

Finalmente, también se destacan las oraciones por los niños. Nuestro Salvador mismo oró por los niños pequeños.

El Espíritu Santo consideró apropiado anotar la actividad del Salvador para que con su ejemplo podamos aprender de él. En el Evangelio de Mateo se nos dice: “Entonces le fueron

presentados unos niños para que pusiera las manos sobre ellos y orara; pero los discípulos los reprendieron” (19:13). Tal vez usted recuerde que Jesús reprendió a sus discípulos porque no querían que trajeran a los niños a él; no obstante, él tomó a los niños en sus brazos y los bendijo. La gente se los traía a Jesús para que orara por ellos porque esto era precisamente lo que Jesús hacía: orar por los niños pequeños. De modo que también debemos orar por los niños pequeños, para que sean protegidos, para que aumente su fe, y para que sean salvados.

Sin embargo, hay un grupo por el que no se nos anima a orar: el de los muertos. Sabemos que cada persona se enfrenta al juicio en el momento de la muerte (Hebreos 9:27), y el destino eterno de alguien en el cielo o en el infierno ya no se puede cambiar después de la muerte. Por lo tanto, es inútil ofrecer oraciones para ayudar el alma de los que ya han muerto. Desde luego, podemos ofrecer oraciones de agradecimiento a Dios por las bendiciones recibidas durante la vida del que ha muerto. Pero no hay mandato ni promesa de Dios en la Biblia, asociados con oraciones que pudieran ayudar a los muertos ni tampoco hay ningún ejemplo de tal oración. La Iglesia Católica Romana respalda la costumbre de orar por los muertos con un pasaje de los libros apócrifos (2 Macabeos 12:43-45), y no de la Biblia.

El Espíritu Santo nos ayuda a orar

Al acercarnos al final de este capítulo en el que vemos por quién y por qué cosas debemos orar a nuestro Rey, puede ser que nos sintamos abrumados. Podemos sentir que en nuestra debilidad humana con frecuencia no usamos este privilegio maravilloso o lo hacemos sólo de una manera débil. Como en toda nuestra vida cristiana, batallamos y tropezamos en vez de avanzar. Lutero habla de estos sentimientos de insuficiencia con un acierto sorprendente como solamente puede hacerlo alguien que sabe la verdad y que conoce las promesas de Dios

de manera muy clara. Martin Lehmann nos ofrece un resumen de la percepción de Lutero sobre nuestra debilidad humana y sobre el poder del Espíritu de obrar a través de nuestras oraciones. Humillados por sus debilidades y sus imperfecciones, los cristianos están conscientes de su impotencia.

“Entonces ellos (los discípulos de Cristo) ejercerán su fe aún más con la oración y la petición, y experimentarán el poder de Dios en la debilidad y con seguridad en el sufrimiento porque se sentirán impulsados a invocarlo y a implorarlo.” El resultado de esta oración de fe será doble: Primero, su corazón tendrá la seguridad de que tienen el Dios compasivo. Segundo, Dios les dará el poder de ayudar a otros a través de sus oraciones. Con respecto a esto, Lutero hace la afirmación sorprendente de que los discípulos de Cristo, reconciliados con Dios, con todas sus necesidades personales ya satisfechas, se convirtieron en dioses y salvadores de otros, por virtud de sus súplicas. Habiéndose convertido en hijos de Dios, ellos mediarán entre Dios y sus prójimos, los servirán y los ayudarán a convertirse en seguidores de Cristo y herederos del reino de Dios.¹⁷

Lutero nos recuerda que nuestro Padre-Rey está consciente de nuestras debilidades también en la oración. Como nuestro Padre misericordioso y omnisciente, también actuó a favor nuestro para ayudarnos en nuestras debilidades. Nos ha dado un abogado en la oración: el Espíritu Santo. “El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. No sabemos por lo que debemos orar, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos y con palabras que no se pueden expresar” (Romanos 8:26). Está claro que nuestras debilidades estorban en nuestras oraciones.

Tal vez no sabemos por lo que debemos orar porque dudamos de las promesas de nuestro Padre-Rey. Quizá somos tan ignorantes de su voluntad perfecta que le ofrecemos oraciones imprudentes en tono vacilante.

¿Entonces, cómo resonarán nuestras oraciones en los oídos perfectos del Padre-Rey para que él pueda respondernos? Las Escrituras nos dicen que tenemos ayuda. El Espíritu Santo nos pone en línea directa con Dios y con su voluntad. Jesús nos recuerda que “Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren” (Juan 4:24). Para adorar en espíritu es necesario el poder del Espíritu Santo en nuestra vida. Ya que orar es adorar, la oración también requiere el poder del Espíritu Santo en nuestra vida. Afortunadamente, nuestro Padre-Rey ha visto nuestra necesidad y nos ha enviado a su Espíritu Santo. “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gálatas 4:6). Lehmann nuevamente hace un resumen de los pensamientos de Lutero:

Dios desde luego oye nuestras oraciones aunque “no sabemos por lo que debemos orar” (Romanos 8:26). Sin embargo, en vez de pedirle algo grande, somos demasiado débiles e impotentes para hacer peticiones grandes. En respuesta a nuestra oración Dios primero anula nuestras peticiones insignificantes por las que oramos en nuestra debilidad y en vez de esto nos da lo que el Espíritu pide para nosotros.¹⁸

¿Quién iría a la corte, con todo su lenguaje técnico, por sí solo si le ofrecieran gratis el mejor abogado que el dinero pudiera comprar? Cuando nos acercamos al Padre-Rey, siempre nos acercaremos con cierto grado de ignorancia de su voluntad perfecta. Nuestras oraciones nunca serán lo que realmente podrían ser. Sin embargo, el Padre-Rey ha puesto a nuestra

disposición un abogado, que puede tomar nuestras palabras titubeantes y darles alas poderosas, para ascender al trono celestial. ¿Entonces, debemos acercarnos sin él? En vez de eso, busquemos su ayuda regularmente.

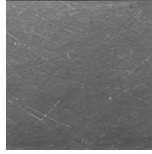
Pablo anima a todos los cristianos: “Orad en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu” (Efesios 6:18). Precisamente antes de decir esto, Pablo había estado hablando de la importancia de tomar la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Luego nos recomienda encarecidamente “orar en el Espíritu”. La conexión entre las dos oraciones, es la palabra de Dios. Tomamos la espada del Espíritu cuando leemos, meditamos, y usamos la palabra de Dios. Así también oramos en el Espíritu cuando la palabra de Dios domina nuestras oraciones. Porque el Espíritu obra en la palabra.

Judas da un aliento parecido a sus lectores: “Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo” (Judas 20). A estos creyentes se les pide que edifiquen su santísima fe. ¿Cómo lo hacen? Al estudiar la palabra. La fe viene de oír el mensaje y la fe se edifica continuamente de la misma manera. Entonces Judas asocia “orando en el Espíritu Santo” con edificando nuestra fe. En otras palabras, orando en el Espíritu Santo se cumple meditando primero en la palabra de Dios, mediante la cual el Espíritu Santo se apodera de nuestro intelecto, de nuestras Emociones, y de nuestra voluntad, y los pone en armonía con los suyos, que finalmente están en armonía con los de nuestro Padre-Rey. Tenemos este maravilloso abogado para que nos guíe cuando hablamos a nuestro Rey. No perdamos el beneficio al no permanecer en la palabra.

Resumen

En los dos últimos capítulos hemos explorado la esencia de la oración. Hemos visto que forma parte de nuestra adoración a Dios. Vimos que comienza con la búsqueda del favor de Dios.

Ya vimos las formas diferentes que puede tomar. Ya hablamos de aquellos por quienes debemos orar. Por último, nos alegramos de tener un abogado que nos ayuda a orar en nuestra debilidad humana. Ahora ya es hora de que hablemos de algunos de los aspectos prácticos de la oración. Nos estamos acercando al Rey. ¿Debemos entrar a la corte del Rey y dejarnos caer en un asiento junto a él? ¿Nos quedamos parados o nos sentamos cuando estamos ante él? ¿Cómo debemos hablar? ¿Existe un lenguaje especial para la oración? ¿Podemos hablar de cualquier manera que nos parezca bien? Las preguntas como éstas las enfocaremos en el siguiente capítulo.



7

Cortesía elemental: La etiqueta de la oración

La etiqueta apropiada muestra relación de respeto

“¡No me hables en ese tono de voz!” ¿Con cuánta frecuencia no hemos dicho estas palabras o hemos oído a alguien más decírselas a un niño muy desvergonzado? La forma de hablar a los demás dice algo de cómo comprendemos la relación que tenemos con ellos. Los niños a quienes se les han subido los humos a la cabeza y han olvidado su lugar, empiezan a hablar a sus padres en un tono irrespetuoso. No obstante, no es sólo el tono de nuestra voz el que expresa algo de lo que pasa por nuestra mente y de nuestra actitud hacia la persona a quien hablamos. Algunos expertos dicen que tanto como el 65% de nuestra comunicación tiene lugar a través de una comunicación sin palabras.¹⁹ Esto incluye cómo nos sentamos o nos paramos,

qué hacemos con las manos o los pies y dónde fijamos la mirada.

Guardamos cierta etiqueta cuando hablamos con las personas y esto depende de nuestra relación con ellas. Es verdad que siempre queremos mostrar respeto. Sin embargo, a nuestros amigos les hablamos de manera diferente que al juez en una corte. Se espera que con el juez usemos el término “su señoría” por respeto a su posición en relación con la nuestra. Con un policía usaríamos el término “oficial”. En tiempos antiguos, si se nos hubiera otorgado una audiencia con un rey, se esperaría que siguiéramos cierto protocolo. Por ejemplo, al rey no le hablaríamos estando recostados. No diríamos bruscamente lo que tuviéramos que decir, sin antes haber sido invitados a hablar. Tendríamos mucho cuidado con nuestras palabras. Tal vez hasta nos arrodillaríamos al acercarnos e inclinaríamos la cabeza, como señal de sumisión a su autoridad. Todo esto mostraría nuestra relación y actitud hacia este dignatario.

La sociedad y las normas establecidas, nos guían para hablar a las personas que nos rodean. Mientras nos acercamos al Padre-Rey, las Sagradas Escrituras nos sirven como guía. Al seguir lo que dicen las Escrituras, evitaremos crear reglas artificiales acerca de cómo debemos actuar ante el Señor. Las Escrituras también nos ayudarán a evitar que nos acerquemos al Señor en maneras que muestren falta de respeto.

Postura

En primer lugar, hablemos de nuestra postura en la oración. Al buscar en las Escrituras, encontraremos que en ninguna parte el Señor especifica que debemos orar en determinada postura: parados, recostados, arrodillados, sentados, o algo así. Por lo tanto, no podemos hacer una regla y decir que cuando oramos al Padre-Rey, debemos tener esta o esa postura. Sin

embargo, en las Escrituras hay algunos ejemplos que podrían servirnos de guía.

De rodillas

En varias partes de las Escrituras, vemos que los que acudieron al Señor en oración, de hecho se arrodillaron ante él. Salomón lo hizo durante su oración en la dedicación del nuevo templo de Jerusalén: “Cuando acabó Salomón de hacer a Jehová toda esta oración y súplica, se levantó de delante del altar de Jehová, donde se había arrodillado, con sus manos extendidas al cielo” (1 Reyes 8:54). Asimismo, Daniel se arrodilló en privado para orar al Señor: “Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa; abiertas las ventanas de su habitación que daban a Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, oraba y daba gracias delante de su Dios como solía hacerlo antes” (6:10).

Tal vez el ejemplo más excepcional es el de nuestro Señor Jesucristo mientras estaba en el huerto de Getsemaní. Lucas 22:41 nos dice que Jesús se arrodilló y oró. Marcos 14:35 dice que Jesús se postró en tierra y oró, tal vez indicando aquí que Jesús estaba en el suelo con la cara directamente puesta en la tierra. Mateo 26:39 parece confirmar esto, porque nos dice que Jesús se postró sobre su rostro y oró.

La iglesia cristiana primitiva no descartó esta postura para orar. En el libro de Hechos, nos dice Lucas que cuando Pablo ya estaba listo a salir de Tiro para regresar a Jerusalén, al final de su tercer viaje misionero, todo el grupo de creyentes que estaba con él se puso de rodillas y oró. “Cumplidos aquellos días, salimos. Todos, con sus mujeres e hijos, nos acompañaron hasta las afueras de la ciudad, y puestos de rodillas en la playa, oramos” (21:5). Ésta era una práctica común para Pablo, como se puede ver en su carta a los Efesios cuando escribe: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre...el amor de Cristo...que

es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (3:14-20).

Este último pasaje es especialmente significativo porque Pablo dice que él se arrodilla ante el Padre. Arrodillarse es una señal de sumisión y de reverencia. Al pensar tal vez en que Dios es nuestro Padre celestial, podemos ser un poco menos formales con él; sin embargo, Pablo nos dice que él todavía muestra al Padre reverencia y respeto. Especialmente en la cultura occidental donde el respeto a nuestros mayores y aun a nuestros padres ya no se muestra fácilmente, es importante recordar el significado simbólico de la acción de arrodillarse. El Padre todavía es el Rey. Aunque nuestra relación con él sea íntima y personal, como hijos queridos con su amado padre, todavía debemos y mostramos a nuestro Padre el respeto que se debe a nuestro Rey.

En la encuesta que este autor envió, preguntó a los que participaron si alguna vez habían ido a un lugar privado a orar. Si lo habían hecho, se les pidió que indicaran si alguna vez se habían arrodillado a orar en un lugar privado. El 67% de los que respondieron indicó que sí había ido a un lugar privado a orar. Sin embargo, sólo el siete por ciento de ellos dijo que se había arrodillado al orar en un lugar privado. Por otro lado, el 57% de todos los que llenaron la encuesta indicó que se había arrodillado durante algún tiempo mientras oraba. Esto parece decir que mientras la mayoría de nosotros nos arrodillamos de vez en cuando para orar, en muchos lugares no es una práctica común.

Por supuesto, no vamos a imponer que debemos ponernos de rodillas para orar. Sin embargo, hay un buen precedente tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento para proponer que ésta es una postura muy apropiada para orar. Desde luego que expresa la relación apropiada entre nosotros los hijos-siervos que oran y el Padre-Rey a quien oramos. También nos ayuda a recordar nuestra relación. Quizás los

ejemplos de las Escrituras también nos sugieran que arrodillarse para orar, era más apropiado para algunas oraciones que para otras. Por ejemplo, una persona se arrodilla cuando él o ella, tienen algún sufrimiento o necesidad especial, que él o ella, quiera expresar fervientemente al Señor. Ésta podría ser la postura más apropiada también cuando hay que confesarse ante el Padre-Rey. No obstante, como veremos en un momento, no se puede mantener como la única.

De pie

Los creyentes de las Escrituras también oraban de pie. En 1 Samuel leemos: “Mi señor, tan cierto como que usted vive, le juro que yo soy la mujer que estuvo aquí a su lado orando al SEÑOR” (1:26, NVI). Éstas son las palabras que Ana dijo al sumo sacerdote Elí. Con gran aflicción Ana estuvo de pie mientras pedía al Señor que le concediera un hijo. En Nehemías leemos que el pueblo arrepentido de Israel como un cuerpo conjunto “en pie, confesaron sus pecados y las iniquidades de sus padres” (9:2). En el Nuevo Testamento hay muchos ejemplos donde Jesús oró de pie. Jesús en una ocasión hasta comenzó la instrucción de sus discípulos con “Y cuando estéis orando (literalmente: estéis de pie)...” (Marcos 11:25).

De manera interesante, orar de pie puede haber tenido un significado diferente para el pueblo del antiguo Cercano Oriente, de lo que hoy podríamos sospechar. Una nota al pie de página del Diccionario teológico del Nuevo Testamento de Kittel, explica que según el Talmud, estar de pie era “la actitud del esclavo ante su maestro”.²⁰ Esta nueva percepción también puede ayudarnos a entender por qué en muchas iglesias de hoy, la congregación por lo general se pone de pie para orar, en vez de hacerlo sentada. Otra explicación posible la puede dar Agustín, que vivió durante los siglos IV y V d.C. Con respecto a las oraciones públicas, o litúrgicas, Agustín escribe: “En los días en que se celebran después de la Resurrección del

Señor...oramos de pie. Esto simboliza la Resurrección. De ahí que la práctica se observe en el altar todos los domingos... No sé si estar de pie durante esos días y todos los domingos, se hace en todas partes.”²¹

Por otro lado, Tertuliano, que vivió durante los siglos II y III d.C., indica que la práctica en la iglesia cristiana primitiva, debe haber sido primero la de arrodillarse para orar y que después habría cambiado a la de estar de pie. “Con respecto a arrodillarse, la oración también permite una diferencia de costumbre debido a ciertas personas... que no se arrodillan el día Sábado, un punto de vista contrario que actualmente se defiende fuertemente en las iglesias. El Señor otorgará su gracia para que cedan, o de otro modo mantengan su propia opinión sin hacer que otros tropiecen.”²²

Parece que hoy en privado es más común que estemos de pie que arrodillados. En la encuesta, entre los que oran en un lugar privado, el 24% estuvo de pie, que es un número considerablemente más elevado que el 7% que se arrodilló. En general, el 74% de los que fueron encuestados había orado en alguna oportunidad y en algún lugar de pie. Esto tiene sentido, considerando que en muchas iglesias la congregación ora de pie.

Sentado

Las Escrituras casi nunca mencionan estar sentado como una postura para orar. El rey David “se sentó delante del SEÑOR” y oró, según 2 Samuel 7:18 (Biblia de las Américas). Elías se sentó bajo un enebro y oró (1 Reyes 19:4). Tal parece que para orar era más común que las personas de la Biblia estuvieran de pie o se arrodillaran. Compare esto con el hecho de que el 51% de los que oraban en un lugar privado estaba sentado mientras oraba, según la encuesta que llevó a cabo este autor. Además, el 81% de todos los que respondieron en alguna

oportunidad había orado sentados. Parece que para orar en privado, la mayoría de los cristianos estadounidenses prefiere sentarse que estar de pie o arrodillarse.

Tal parece que en la mayor parte de las iglesias cristianas de Estados Unidos, estar de pie es la postura más común para orar durante la adoración conjunta. En la cultura occidental, estar de pie es una señal de respeto. En comparación, en algunas culturas africanas, sentarse es señal de sumisión, mientras que estar de pie indica igualdad entre la persona que habla y la que escucha. Por lo tanto, los cristianos de algunas iglesias de África prefieren orar sentados para reflejar su reverencia humilde al Rey. Vale la pena repetir que no hay ningún mandato bíblico acerca de cualquier postura especial para orar. Lo que se comunica simbólicamente con la postura dependerá en gran parte de la cultura y la tradición.

Acostado

Lo que se ha dicho acerca de estar sentado también se podría aplicar a estar acostado mientras se ora. En la Biblia no hay referencias específicas a orar acostado. Algunas referencias podrían sugerir que esto sucede, pero son circunstancias muy poco comunes. Por ejemplo, Jonás oró mientras estaba en el vientre del enorme pez. Es difícil imaginarse a Jonás de pie, sentado, o arrodillado, en el vientre de ese pez. Tal vez se podría decir que oró mientras estaba acostado. Dos pasajes de los salmos también indican que una persona posiblemente estaba acostado en la cama mientras oraba. El Salmo 6:6 dice: “Me he consumido a fuerza de gemir; todas las noches inundo de llanto mi lecho, riego mi cama con mis lágrimas.” El salmo 63:6 dice: “Cuando me acuerde de ti en mi lecho, cuando medite en ti en las vigilias de la noche.” El primer pasaje evidentemente habla de una situación extrema en la que el alma del salmista estaba muy confusa. El segundo pasaje no se refiere necesariamente a la oración. Puede ser que el salmista

sólo estuviera pensando en el Señor, mientras estaba acostado en la cama y que no estuviera orando. El punto es que en las Escrituras, estar acostado no parece ser una postura común ni la preferida para orar.

Basándonos en la encuesta que se tomó para preparar este libro, parece que muchos hacen sus últimas oraciones del día cuando ya están acostados en cama antes de dormir. El 54% de los que indicaron que oraban en un lugar privado dijo que oraba frecuentemente estando acostado. Éste fue el porcentaje más alto de cualquiera de las posturas que se usan en un lugar privado para orar. El 82% de los que respondieron dijo que por lo menos una vez había orado cuando estaba acostado. Estos porcentajes sugieren que tal vez el lugar privado es nuestra cama, por la noche o la mañana.

Las manos

Ahora cuando oramos veamos qué hacemos con nuestras manos. En la encuesta, solamente el 2% de los que oran en un lugar especial levanta las manos cuando lo hace. Sólo el 9% de los que respondieron ha hecho esto alguna vez mientras oraba. Sin embargo, en las Escrituras ésta es una manera común de orar. Anteriormente vimos el pasaje donde se describe a Salomón arrodillándose para orar durante la dedicación del templo (1 Reyes 8:54). Tal vez usted haya notado que mientras estaba arrodillado extendió las manos al cielo. Moisés siguió la misma práctica cuando oró por el faraón. Le dijo al faraón: “Tan pronto salga yo de la ciudad, extenderé mis manos a Jehová... Cuando Moisés salió de la presencia del faraón, fuera de la ciudad, extendió sus manos a Jehová” (Éxodo 9:29,33). Un pasaje muy familiar que usamos en nuestra liturgia, expresa esto como una práctica muy común: “Que suba a tu presencia mi plegaria como una ofrenda de incienso; que hacia ti se eleven mis manos como un sacrificio vespertino” (Salmo 141:2, NVI). Pablo también menciona esta práctica cuando

ordena a Timoteo que enseñe a orar a la congregación: “Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda” (1 Timoteo 2:8).

Es de notarse que aunque en las Escrituras se menciona esta postura común para orar, los luteranos no la practican mucho. En otras denominaciones con frecuencia levantan las manos como algo común para orar. A nosotros nos parece incómodo hacerlo. Tal vez ésta sea un área en la que los luteranos deberían reconsiderar la costumbre y pensar en cambiarla por una buena razón. La razón podría ser como lo sugiere Kittel: “Es natural que las manos deban levantarse... Ya que el énfasis está en el hecho de que se extienden las palmas, el gesto nos da una postura en la que se pueden recibir dones de la deidad.”²³

Por otro lado, tal vez la costumbre de los luteranos de inclinar la cabeza y juntar las manos tiene alguna base en las Escrituras. La parábola del fariseo y el publicano la hemos aprendido desde la niñez (Lucas 18:9-14). El fariseo se puso de pie en el templo, a la vista de todos, y orgullosamente dijo su oración egoísta al Señor. El publicano buscó un lugar oscuro, inclinó la cabeza, y oró con humildad y arrepentimiento. Jesús señala su aprobación de lo que hizo el publicano. Tal vez creamos que levantar nuestras manos al Señor es algo orgulloso e impertinente. Quizá nos sintamos más cómodos acercándonos al Señor con la cabeza inclinada y en arrepentimiento humilde. Lo mejor sería practicar algo de ambos.

De manera interesante, no encontramos ningún ejemplo en las Escrituras de alguien que junte las manos mientras ora. Por regla general, vemos imágenes de Jesús en el huerto de Getsemaní, que lo muestran con las manos juntas sobre una roca grande. Esto no se menciona en las Escrituras, tampoco está de acuerdo con la verdadera postura que Jesús tuvo cuando se arrodilló y cayó con el rostro sobre la tierra. Sin embargo, por costumbre enseñamos a nuestros hijos a juntar las manos, mientras oran. Quizás la idea sea que cuando tenemos las

manos juntas, es menos probable que nos distraigamos al hacer algo más mientras oramos. El 85% de los encuestados dijo que había juntado las manos en algún momento mientras oraba. El 56% de los encuestados que dijo que iba a un lugar especial para orar, regularmente juntaba las manos para hacerlo. Ésta es una buena costumbre; sin embargo, sólo una costumbre. Las Escrituras no insisten en que juntemos las manos para orar.

La cabeza

Las Escrituras no insisten en que inclinemos la cabeza cuando oramos. Así como los creyentes con frecuencia levantaron las manos para orar, así también levantaron la cabeza. Una excepción notable es el cobrador de impuestos o publicano que ya mencionamos. No obstante, su situación parecía determinar una postura diferente. En más de una ocasión se nos dice que Jesús levantó el rostro al cielo cuando oró. Por ejemplo, lo hizo cuando oró en la tumba de Lázaro (Juan 11:41). Al comenzar su oración de Sumo Sacerdote en Juan, capítulo 17, se nos dice que Jesús, “levantando los ojos al cielo”, oró (versículo 1). En la encuesta que este autor realizó, sólo el 11% de los que oraban en un lugar especial levantó la cabeza hacia el cielo cuando oraba. Únicamente el 47% de los que dijeron que oraban, alguna vez levantó sus ojos al cielo al orar. Como ya se ha mencionado, tal vez esto tenga algo que ver con nuestro punto de vista de lo que la acción de levantar los ojos al cielo dice a nuestro Padre-Rey.

Observaciones finales

Al terminar este capítulo acerca de la etiqueta en la oración, permitan que este autor haga algunas observaciones finales. Muchos cristianos se quedan dormidos con la oración en los labios. ¿Qué mejor manera puede haber de terminar el día que orar al Padre-Rey por sus bendiciones y paz antes de dormir? El problema que tenemos es que con frecuencia nos quedamos

dormidos mientras decimos la oración, principalmente debido a nuestra postura. Es demasiado fácil para nuestra carne débil quedarnos dormidos mientras estamos en la cama, en vez de prestar atención a nuestras oraciones. Aunque quedarnos dormidos con una oración en los labios o en el corazón no es malo, al mismo tiempo debemos preguntarnos qué le dice esto a nuestro Padre-Rey. Recuerden que estamos hablándole a él. ¿Cómo se sentiría usted si en medio de una conversación alguien se quedara dormido mientras habla con usted?

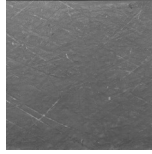
Otro peligro es que estas oraciones “soñolientas” también podrían ser nuestras únicas oraciones. Si éste es el caso, por las Escrituras parece que debiéramos reconsiderar nuestra manera de hacerlo. El Padre-Rey merece más respeto y honor de nosotros, cuando nos otorga esta audiencia que darle sólo los pocos minutos cansados que tenemos antes de dormir. Tal vez las oraciones de un “mejor tiempo” necesitan reemplazar o al menos complementar nuestras oraciones antes de dormir. En otras palabras, debemos hablar al Señor cuando realmente podemos concentrarnos y entablar una conversación en serio con él. Está claro que esto es con respecto a nuestras oraciones privadas.

Las oraciones que decimos en la iglesia, por necesidad no las diremos estando acostados. Entonces la pregunta para nosotros es el de sentarnos, estar de pie o arrodillarnos, lo mismo en cuanto a orar con las manos juntas o levantadas. Aunque éstas no son instrucciones de las Escrituras, debemos considerar lo que hizo la iglesia cristiana primitiva. Tertuliano, uno de los padres de la iglesia del norte de África, comentó sobre lo que los miembros de su congregación hacían con las manos: “En nuestro caso, no solamente las levantamos, hasta las extendemos, e, imitando la pasión de nuestro Señor, confesamos a Cristo mientras oramos.”²⁴ En el tiempo de Tertuliano era común arrodillarse para orar, aunque estar de pie se estaba convirtiendo en una alternativa. Clemente de Roma,

al escribir en el primer siglo de la iglesia cristiana, aconsejó: “Vayamos ante él, entonces, en santidad de alma, alzando manos puras y sin mancha ante él.”²⁵ Por este comentario parece que la práctica común de los miembros de su congregación era la de levantar las manos todos juntos en oración. Sin embargo, esto no excluía la posibilidad de otras posturas. En otra parte escribió: “Entonces, quitemos esto inmediatamente y postrémonos ante el Señor y supliquémosle con lágrimas que sea misericordioso y que podamos reconciliarnos con él.”²⁶ La situación en el tiempo de esta última cita fue claramente diferente de la que existía cuando Clemente escribió lo que se encuentra en la primera cita.

Por esto, llegamos a la conclusión de que es mejor si nuestra postura en la oración refleja el contenido de nuestras oraciones. En algunas situaciones tal vez sea necesario una postura más humilde, con la cabeza baja y las manos también, que refleje la actitud de nuestro corazón. En otras situaciones tal vez sea necesario levantar la cabeza y las manos sobre la cabeza. Por supuesto, parecería fuera de lugar inclinar la cabeza y bajar las manos cuando nuestro corazón está cantando. Las ocasiones para alabanza, agradecimiento, y adoración, por la bondad de nuestro Padre-Rey, parecen pedir que nuestra cabeza y nuestras manos, estén levantadas hacia el Glorioso en su trono.

Sobre todo, debemos tener presente que la postura en la oración es adiáfora, algo que no ha sido ordenado por Dios ni ha sido prohibido por él. De modo que no debemos condenar a los que oran en posturas diferentes de la nuestra, ni debemos hacer reglas acerca de la única manera apropiada de orar. Sin embargo, debemos ser conscientes de que es importante lo que nuestra postura muestra a nuestro Padre-Rey. Recordemos a quién oramos, cuando adoptamos una postura.



8

Más etiqueta: Lenguaje y lugar

No hay vocabulario especial para orar

Una de las razones que con frecuencia dan los que no oran seriamente, es que no saben cómo orar. No saben qué palabras deben decir. Creen que hay cierto vocabulario para la oración, el cual primero tienen que aprender para poder orar. El propósito de este libro es animar a las personas a orar al Padre-Rey. Al mismo tiempo, este libro también hace que busquemos la guía de las Escrituras, para nuestras oraciones a fin de que no ofendamos al Padre-Rey con ellas. Esto también es el caso con las palabras que usamos.

Jesús, el que nos consiguió la audiencia con el Rey, nos da la guía acerca de lo que debemos decirle. “Y al orar no uséis vanas repeticiones como los gentiles, que piensan que por su

palabrería serán oídos” (Mateo 6:7). Decir sólo palabras no es lo que el Padre quiere de nosotros cuando acudimos a él. Los paganos creían que entre más palabras decían, tendrían una mejor oportunidad de recibir lo que querían. La idea era que la cantidad de palabras era la que les concedía el favor. Los cristianos se encuentran en una situación completamente diferente. Nuestras oraciones ya tienen el favor de nuestro Rey, debido a los méritos de su Hijo, Jesucristo. No es necesario que digamos muchas palabras para ser oídos, sólo debemos acercarnos en el nombre del Salvador. (Hablaemos más sobre este tema en un capítulo posterior.)

No hay ningún lenguaje especial para orar, que sea diferente al que usamos cuando hablamos unos con otros. En público nuestro lenguaje podría ser un poco más formal. En privado, donde desahogamos nuestro corazón con nuestro Padre-Rey, nuestras oraciones podrían ser menos formales. Por supuesto, el lenguaje irrespetuoso o vulgar no formará parte de nuestras oraciones. Aparte de esto, las Escrituras no limitan las palabras que usamos para orar. Lutero es un buen ejemplo en su enfoque a la oración:

Al referirse a su propia manera de orar, Lutero afirmó que en la oración, él no se adhería rígidamente a un ejemplo establecido. No se aferró ciegamente a las palabras exactas de una oración, sino se expresó de cierta manera un día y de otra al día siguiente, dependiendo de sus circunstancias personales. Sin embargo, siempre tenía presentes pensamientos y pautas básicos.²⁷

¿Libros de oraciones o nuestras propias oraciones?

¿Es mejor usar las oraciones que encontramos en un libro de oraciones, o es mejor orar con nuestras propias palabras? La respuesta es que ninguna es necesariamente mejor ni peor.

Puede haber tiempos para ambas. Los creyentes del Antiguo Testamento, tenían muchas oraciones que estaban escritas para que ellos las usaran. Éste fue el propósito del libro de los Salmos. Los salmos no se escribieron sólo para que supiéramos cómo oraba la gente de ese entonces. Los salmos, muchos de los cuales son oraciones, se escribieron para que el pueblo de Israel los usara en su adoración. Se esperaba que el pueblo dijera estas oraciones que se habían escrito de antemano. Con frecuencia esto se hacía en los lugares ya establecidos para los servicios de adoración. Decir los salmos permitía a los miembros de la congregación unirse en una sola voz y elevar sus oraciones al cielo, al Señor. Nosotros hacemos algo similar cuando usamos las oraciones o los salmos de nuestro himnario, en nuestros cultos. Esto nos permite orar juntos como un cuerpo.

Jesús también nos dio algunas palabras específicas que podemos usar cuando hablemos con nuestro Padre-Rey. Estas palabras, que conocemos como el Padrenuestro, no son muchas en número pero son sencillas y sinceras. Podemos orar con estas palabras en privado o como una congregación. Estas palabras consisten en una forma sencilla de orar; sin embargo, Jesús no dice que sean las únicas que debemos orar. Él dice: “Vosotros, pues, oraréis así: ...” (Mateo 6:9). Él nos da un ejemplo para nuestras oraciones.

Los antiguos cristianos reconocían que las oraciones podrían ser lo que se llama oraciones *ex corde*, es decir, orar mentalmente. Esto significa simplemente “del corazón”. Se necesita sólo leer el libro de Hechos para ver cuántas ocasiones diferentes dieron lugar a diferentes oraciones de parte de los antiguos creyentes. Tenían el ejemplo de Jesús, sin embargo, tuvieron la libertad cristiana de expresar a Dios en palabras que expresaban cualquier necesidad, o alabanza, o confesión, que tenían en ese momento.

Lo mismo pasa con nosotros. Podemos orar usando cualesquiera de las palabras que expresen nuestro agradecimiento o necesidad, en ese momento. Sencillamente, podemos hacer nuestras propias oraciones, o puede haber ocasiones cuando las oraciones no se nos ocurran. En esos momentos, tal vez queramos rezar el Padrenuestro. O quizá podríamos beneficiarnos con las oraciones que han escrito otros creyentes, las cuales captan los pensamientos que nos gustaría decir a nuestro Padre-Rey.

¿En voz alta o en el corazón?

Otro punto que es digno de considerar es si debemos orar en voz alta o sólo en nuestro corazón. En la encuesta a la que nos hemos referido, el 78% de los que oraron en un lugar privado dijo que sus oraciones las “hizo” en silencio. El 21% indicó que las hizo en voz alta. Otro 21% (a veces los que respondieron usaron más de una opción, indicando que no siempre oraban de la misma manera), dijo que algunas veces oró moviendo los labios sin producir ningún sonido que se pudiera oír. ¿Indican las Escrituras algo con respecto a orar en voz alta o en silencio?

Tal vez estamos familiarizados con la oración de Ana (1 Samuel 1:9-16). Las Escrituras nos hacen ver que Elí reprendió a Ana después de ver que oraba moviendo los labios sin hacer ningún sonido. Elí el sacerdote creyó que estaba ebria y por lo tanto no en condiciones para ofrecer una oración al Señor. Ana se defendió y explicó que estaba tan angustiada que mientras oraba sus labios se movían sin producir ningún sonido. Por eso parece que no era usual orar en silencio, de otro modo no le habría llamado la atención de Elí.

Sin embargo, en las Escrituras no hay ninguna indicación de que todas las oraciones deban decirse en voz alta. Desde luego, las oraciones conjuntas en una congregación deben decirse en voz alta. Pero en privado, los cristianos pueden

comunicarse con Dios en pensamiento y mente, porque en todas las circunstancias Dios sabe lo que pensamos (vea Mateo 12:25). David dijo del Señor: “Has entendido desde lejos mis pensamientos. Aún no está la palabra en mi lengua, y ya tú, Jehová, la sabes toda” (Salmo 139:2,4).

Hay algunos beneficios en orar en voz alta, en vez de hacerlo sólo en nuestro corazón. Es verdad que al orar con otros cristianos, la vocalización nos ayuda a armonizar nuestros pensamientos y a ofrecer una oración uniforme de la congregación al Señor. En la oración en privado también hay beneficios. Orar en voz alta en privado nos mantiene conscientes de la realidad de nuestras oraciones. Orar no es sólo un ejercicio mental, que eleva nuestro espíritu al pasar a través de un proceso, es hablar al Rey. Si estuviéramos sentados en un cuarto cuando alguien entra y quisiéramos hacerle una pregunta o invitarlo a sentarse, no nos pondríamos a pensar en esas cosas; se las diríamos. Es cierto, Dios sabe lo que hay en nuestro corazón y en nuestra mente; sin embargo, la realidad de que en verdad hablamos con Dios y de que él nos está oyendo, aumenta cuando expresamos en palabras nuestras oraciones. Decirlas en voz alta hace que sea menos probable que nuestra mente se distraiga o que nos quedemos dormidos.

Orar “sin cesar”

La pregunta: ¿Cómo debemos hablar con nuestro Padre-Rey?, es similar a: ¿Con qué frecuencia debemos orar? Leímos anteriormente que Daniel se arrodilló para orar tres veces al día (Daniel 6:10). Con frecuencia leemos que Jesús va a un lugar tranquilo a orar (Mateo 14:23; Lucas 5:16; 6:12; 9:28; Marcos 1:35). También notamos que Jesús oró antes de algunos de sus milagros (Mateo 14:19; Juan 11:41,42). Oró con sus discípulos en la noche en que fue traicionado (Mateo 26:39-44). Oró en la cruz (Lucas 23:34). Jesús oró con frecuencia. El apóstol Pablo instruyó a los creyentes de Tesalónica a “orar sin cesar” (1

Tesalonicenses 5:17). Debe ser claro que Pablo no quiere decir que debemos comprometernos a decir el Padrenuestro o alguna otra oración a cada momento del día. Pablo más bien anima a los cristianos a orar con frecuencia. Sus hijos-súbditos deben aprovechar todas las oportunidades para hablar.

En la carta a los cristianos de Roma, Pablo escribe estas palabras de aliento: “Gozosos en la esperanza, sufridos en la tribulación, constantes en la oración” (Romanos 12:12). Ser constantes en la oración significa que no sólo oramos cuando el mundo está a punto de desmoronarse. Significa que regularmente hablemos con nuestro Padre-Rey. Quiere decir que no debemos permitir que otras cosas nos distraigan y obstaculicen el tiempo de orar. La frecuencia con la que oramos en realidad se relaciona con la frecuencia que escuchamos hablar a nuestro Padre-Rey y cuánto ha aumentado la relación de acercarnos a él. Cuánto más cerca estemos a él, más queremos hablarle.

Orar con frecuencia, hace que los cristianos oremos mejor. En su libro *The Practice of Prayer* (La práctica de orar), Oscar Feucht ofrece este buen consejo:

Ignace Jan Paderewski se convirtió en un pianista famoso debido a que en su juventud practicaba diariamente tres horas por la mañana y otras tres horas por la tarde. A través de su brillante carrera mantuvo un horario riguroso de práctica diaria. Se dice que si no hacía un día, lo notaba; si perdía dos días, los críticos lo notarían, y si perdía tres días el público lo notaría. Cuando no practicamos diariamente nuestros ejercicios en el teclado, perdemos la habilidad de tocarlo. Lo mismo sucede con la oración.²⁸

La oración es parte de nuestra santificación cristiana, es decir, vivir como cristianos. Los cristianos crecen en

santificación y, por lo tanto, se vuelven mejores en su vida como cristianos. Así también crecemos en la oración. Con la práctica oraremos cada vez mejor.

Un lugar para orar es el culto de adoración

La última pregunta a la que hay que contestar en este capítulo es ¿dónde pondremos en práctica nuestra oración? Por supuesto, un lugar es con los otros cristianos en los cultos de adoración pública. Uno de los propósitos de reunirnos regularmente con los cristianos para rendir adoración pública al Señor es llevar nuestras oraciones conjuntamente a Dios. La adoración al Señor es una actividad en la cual hay dos vías: Dios viene a nosotros en la palabra y en el sacramento, y nosotros también acudimos a él con nuestras oraciones y alabanzas. Durante las semanas tan ocupadas, es bueno saber que apartamos un tiempo cada semana para la palabra de Dios y para la oración.

Sin embargo, estas oraciones que se hacen en grupo, siempre deben hacerse con creyentes que comparten con nosotros la misma confesión de fe en las enseñanzas de la palabra de Dios. Orar con otras personas es un acto de compañerismo cristiano. La palabra de Dios nos manda que no compartamos el compañerismo cristiano con personas que sostienen falsas enseñanzas (Romanos 16:17; Tito 3:10).

Los cristianos con experiencia en la oración, se dan cuenta de que las oraciones de adoración pública, también enriquecen sus oraciones en privado. Las oraciones que escuchamos y en las que nos unimos en la iglesia, nos sirven como ejemplo. Nos enseñan por lo que debemos orar, y nos proporcionan un vocabulario apropiado para la oración.

Lugar para las oraciones personales

¿Qué tal las oraciones personales? ¿Es importante el lugar? Ya que debemos orar con frecuencia — “sin cesar”, según

Pablo — ¿debemos estar en cierto lugar para hacerlo? Si continuáramos con la ilustración de un rey terrenal en este punto, solamente podríamos orar si estuviéramos en la sala del trono. Éste sería el único lugar donde podría oírnos. No es así con nuestro Rey celestial. Su habilidad de oír nuestras oraciones no se limita al lugar donde estamos. No es tan importante dónde estamos, sino dónde está él. Las Escrituras nos dicen que nuestro Padre-Rey, está en todas partes y que su trono y sus dominios, llenan toda la tierra. No importa dónde estemos, él está allí. Por eso, podemos orar al Rey en cualquier lugar que estemos. En este sentido, el lugar no es ningún problema.

En otro sentido, el lugar es importante. El lugar podría ser un asunto importante para nosotros cuando hacemos la pregunta ¿es apropiado que oremos en cualquier lugar? O si lo expresamos de otra forma: ¿debo decir mis oraciones en público, donde todo el mundo pueda verme, o en privado, donde nadie más puede ser testigo de ellas? La respuesta a esta pregunta tiene mucho que ver con la intención interior que nos motiva a orar. Jesús una vez habló del fariseo y del cobrador de impuestos, que fueron a orar al templo. El fariseo se paró en medio del atrio del templo donde todo el mundo pudiera verlo orar. Quería que otros notaran que estaba orando. No se preocupó de que Dios lo estaba oyendo. Jesús advierte a sus discípulos en contra de esta práctica de los fariseos, cuando les dice que a algunos les gusta pararse en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para que la gente los vea orar. Entonces Jesús les enseñó dónde debían orar: “Pero tú, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público” (Mateo 6:6). En el contexto está claro que Jesús no les dice a sus discípulos que nunca deben decir una oración cuando alguien más pueda verlos u oírlos orar. Más bien, el punto es

que nuestras oraciones no deben ser un espectáculo que vea la gente, sino conversaciones sinceras con Dios. Por esta razón, hasta Jesús oró en privado con frecuencia, como lo menciona el Evangelio de Lucas: “Él [Jesús] se apartaba a lugares desiertos para orar” (5:16).

Por otro lado, no debemos sentirnos avergonzados cuando otros nos vean orar, siempre que el motivo no sea atraer la atención sobre nosotros y sobre nuestra oración. Jesús no se avergonzó de orar en público cuando dio gracias por la comida antes de alimentar a los cinco mil (Mateo 14:19). Tampoco se avergonzó de orar en público antes de resucitar a Lázaro de entre los muertos (Juan 11:41,42). Igualmente, en la cruz, Jesús expresó en público oraciones por los soldados que lo crucificaron (Lucas 23:34) y hasta por él mismo (Mateo 27:46).

El apóstol Pablo siguió los pasos de su Maestro. Cuando estaba encarcelado en Filipos, Pablo no dudó en orar, aunque otros pudieran oírlo (Hechos 16:25). Cuando estaba saliendo de Tiro, no sintió ningún temor de arrodillarse con toda la congregación allí en la playa, para ofrecer una oración al Señor (Hechos 21:5). Éstos por supuesto no eran lugares privados. Sin embargo, Pablo cumplió con el principio que Dios le había dado. Las oraciones no se deben decir para obtener la alabanza de la gente; se deben decir al Señor sin sentir ninguna vergüenza, en cualquier lugar donde tengamos necesidad.

Con esto presente, por supuesto que no vamos en contra de las palabras de Jesús al inclinar la cabeza en un restaurante y al ofrecer una oración, antes de empezar a comer. No oramos para llamar la atención de los demás sobre nosotros como si dijéramos” ¡Mírenme todos, qué buena persona soy. Ahora voy a orar antes de empezar a comer!” Más bien, oramos con un agradecimiento por el don de los alimentos que Dios nos ha dado, ya sea en casa o en un restaurante. En verdad, si no oramos por temor a que la gente lo note y piense: “Miren, ahí

está uno de esos fanáticos religiosos”, entonces realmente estamos negando a Cristo y avergonzándonos de él. Que Dios no permita que nos avergoncemos de ser cristianos.

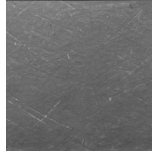
Asimismo, aparte del servicio de adoración, podríamos orar en presencia de otros, en el lugar de un accidente, pidiendo al Señor que esté con las víctimas. O tal vez podríamos orar en el cuarto de un hospital con un pariente o miembro de nuestra familia, que esté enfermo. Allí no va a haber mucha privacidad. Sin embargo, oraremos a pesar de que otros puedan oírnos, sencillamente porque esto es lo que hacen los hijos de Dios cuando tienen una necesidad. Acuden a Dios y hablan con él acerca de esto. Le piden su ayuda. Lo alaban por su bondad y su auxilio.

No obstante, con frecuencia buscaremos un lugar privado para orar, como Jesús enseñó a sus discípulos. Para empezar, esto nos permite conversar con nuestro Padre-Rey, con menos distracciones. Por supuesto, este lugar privado no debe ser interrumpido por la televisión, ni por la radio, ni ninguna otra cosa que esté bajo nuestro control. Nuestro lugar privado podría ser el dormitorio, la oficina, el auto, o cualquier lugar al aire libre. Lo importante es que sea un lugar a donde podamos llegar diariamente, y disfrutar allí de unos momentos donde otros no nos puedan interrumpir. En algunos casos podríamos pedir que no nos interrumpian por un momento. Está claro que esto se debe hacer de tal manera que no hagamos alarde de nuestra oración.

En la encuesta que este autor realizó, sólo el 32% de los que respondieron indicó que diariamente tomaba tiempo para retirarse a un lugar privado a hablar con el Señor. Aunque un lugar privado no sea el único lugar para orar, y aunque Jesús tuviera cierto contexto en mente, cuando dio estas instrucciones a sus discípulos, uno se sorprende de que no sigamos las instrucciones de Jesús un poco más. Tal vez se puede mejorar

esto todavía. ¿No vamos a un lugar privado porque esto significa mucho esfuerzo? ¿Acaso estamos demasiado ocupados? ¿No pensamos que sea importante? ¿No vemos la necesidad de hacerlo? Entonces tal vez necesitamos examinar otra vez los primeros capítulos de este libro, y recordar qué privilegio tan bendecido es la oración. ¿Qué mayor felicidad podría haber cada día que pasar unos minutos conversando íntimamente con nuestro Padre-Rey, quien derrama su amor por nosotros como sus amadísimos hijos? Grandes bendiciones son esos minutos en nuestro lugar privado de oración.

Esto es especialmente cierto cuando llegamos a darnos cuenta de lo que podemos pedir a nuestro Padre-Rey. Esto lo veremos en nuestro capítulo siguiente.



9

Una invitación abierta del Rey

El Rey tiene el poder de conceder todo

¿Imagínese que lo llamaran al palacio del gobernante más poderoso del mundo y que le dijeran que podría pedir todo lo que quisiera y se lo concedieran? ¡Absolutamente todo! ¿Puede usted imaginarse al joven Salomón cuando acababa de ascender al trono de Israel y el Señor se le acercó y le dijo que le pidiera todo lo que quisiera y sería suyo? Los reyes tienen este tipo de autoridad. Ya que no hay nadie mayor en el reino de ese rey, él tiene el derecho de conceder lo que él quiera a cualquier persona que él desee. Hasta algunos reyes que no son tan importantes tienen esta autoridad.

El rey Herodes, aunque no era igual al César de Roma, tenía autoridad en su pequeña área del mundo. Así que cuando Herodías, la hija de la esposa de Herodes, complació a Herodes con su danza, le prometió todo lo que ella quisiera, hasta la mitad de su reino. Básicamente, le ofreció la llave del reino. Por

desgracia, la Biblia nos relata que aconsejada por su madre hizo una siniestra petición: la cabeza de Juan el Bautista (Marcos 6:22-25). Pero el punto es que un rey tiene el poder, el derecho, y la autoridad, de dar lo que él quiera a los que lo complacen. Puede poner a su disposición los tesoros de su reino.

“Todo lo que pidan en mi nombre”

Mediante su Hijo, Jesús, el Padre-Rey pone a nuestra disposición los tesoros de su reino. Esto es lo que significan las palabras de Jesús “todo lo que pidan”. Jesús dijo a sus seguidores: “Y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mateo 21:22). En el contexto, “creyendo” no sólo se refiere a la fe en Jesús. Aquí se refiere principalmente a creer en la habilidad de Dios de darnos cualquier cosa que le pidamos. Se refiere a pedir sin tener ninguna duda de que recibiremos lo que pedimos. Tal vez esta promesa se afirma más claramente en el relato paralelo de Marcos, donde Jesús dice: “Por tanto, os digo que todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá” (11:24). Lo que Jesús está tratando de subrayar es que a través de sus méritos como nuestro Salvador, hemos sido vinculados al poder y a la habilidad increíbles de nuestro Padre-Rey. No hay nada que él no pueda hacer. Tampoco hay algún bien que no quiera hacer por sus hijos por medio de la fe en Jesús.

Dentro de nosotros hay una voz que de inmediato pone en duda si realmente Jesús quiere decir lo que menciona aquí: No debe ser posible que Jesús quiera decir todo, aunque dice “todo”. ¿En realidad va a darnos Dios todo que le pidamos? La respuesta es un rotundo “¡Sí!” Las palabras de Jesús son claras. Al llegar a este punto, algunos nos recordarán el pasaje de la primera carta de Juan que dice: “Ésta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le

hayamos hecho” (5:14,15). Este pasaje parece despertar una duda en las palabras “cualquier cosa”: lo que sea, si está de acuerdo con la voluntad de Dios. Sin embargo, estar de acuerdo con la voluntad de Dios no crea ninguna duda acerca de si vamos a recibir lo que pedimos; más bien, Juan dice que nos da una mayor seguridad. Porque cuando pedimos de acuerdo con la voluntad de Dios, entonces sabemos con absoluta certeza que él nos oye. Y ya que él nos oye, sabemos que recibiremos “las peticiones que le hayamos hecho ”.

¿Cómo y cuándo oramos “de acuerdo a su voluntad”? Tal vez el mejor ejemplo de esto se encuentra en el huerto de Getsemaní la noche antes de que Jesús fuera crucificado. Allí nuestro Salvador mismo abrió su corazón y su alma al Padre, que está en los cielos. “Yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que, si fuera posible, pasara de él aquella hora. Y decía: ¡Abba, Padre!, todas las cosas son posibles para ti. Aparta de mí esta copa; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Marcos 14:35,36). Note que Jesús no dudó de que su Padre celestial pudiera hacer lo que él le pedía. Le pidió “lo que”, es decir, cualquier cosa. Tenía plena confianza en que recibiría lo que había pedido. Sin embargo, lo que pedía no era sólo que el Padre apartara de él la copa de sufrimiento, sino que también hiciera lo que estuviera conforme a la voluntad de su Padre. Pocas horas después fue evidente que el Padre no iba a apartar la copa de sufrimiento de Jesús. No obstante, en cierto sentido el Padre todavía concedió a Jesús lo que le había pedido, porque el Padre hizo lo que estaba conforme a su voluntad. Su voluntad no fue apartar la copa, sino que Jesús sufriera por causa de nuestra salvación. Y esto fue lo que Jesús había pedido.

Jesús siempre pedía lo correcto porque él era perfecto. El apóstol Pablo nos recuerda en Romanos 8:26: “Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos” a veces. En otras palabras, no siempre sabemos cuál es la voluntad de Dios. Es

bueno recordar que los deseos personales que expresamos en la oración, no siempre son los que Dios desea para nosotros. Porque en nosotros siempre habrá una lucha constante entre nuestra vieja naturaleza pecadora y nuestro nuevo yo, que vive en nosotros por el poder del Espíritu Santo. Algunas veces nuestra naturaleza pecadora influye en nuestra manera de pensar y nos distrae de buscar primero el reino de Dios. Debido a nuestra naturaleza pecadora, no siempre podemos captar por completo la voluntad de Dios y no podemos ver con claridad cuál es la voluntad de nuestro Padre. Otra cosa que también sucede es que algunas veces el Padre celestial sencillamente no nos ha revelado su voluntad con respecto a ciertos detalles de nuestra vida, para que podamos saberlo y podamos orar de acuerdo a esto. Según su naturaleza humana durante su estado de humillación, Jesús no siempre sabía el método exacto de cumplir con la voluntad de Dios. Por esta razón, en la oración él deseaba saber la voluntad de su Padre, como sucedió en el huerto de Getsemaní.

Desde luego, sabemos que algunas peticiones son la voluntad de Dios. Con las bendiciones espirituales como el perdón de los pecados y fe más fuerte, sabemos con seguridad que están de acuerdo con la voluntad del Señor. Entonces no oramos: “Perdona mis pecados, si es tu voluntad”. Pedimos la vida eterna y las bendiciones espirituales, sin poner ninguna condición. Pero cuando oramos por bendiciones temporales específicas de las cuales no tenemos ninguna promesa directa de Dios, siempre oramos: “Que no se haga mi voluntad, sino la tuya” como lo hizo Jesús. Esto evita, que alguna vez pidamos algo que no esté de acuerdo con la voluntad de Dios. Podemos orar por cualquier cosa que pensemos que necesitamos o que pensemos que es mejor.

Sin embargo, finalmente debemos darnos cuenta de que no tenemos conocimiento de la sabiduría de Dios en cuanto a esto. Puede ser que lo que hacemos no sea lo mejor. Por esto

ofrecemos nuestra “sugerencia” y después dejamos que Dios haga lo que sea mejor. No siempre es fácil practicar esto. Tal vez ayude este ejemplo: “Algunas personas tienden a pensar que la oración es como una soga que ata un bote pequeño a un barco grande. Ellas son el bote pequeño y el barco grande es la voluntad de Dios. Piensan que la soga de la oración se debe usar para jalar el gran barco y ponerlo al lado del bote. Esto va en contra de todas las leyes naturales, así como va en contra de todas las leyes espirituales decir: ‘¡No se haga tu voluntad sino la mía!’”²⁹

El “todo lo que pidan” de Jesús, siempre debe entenderse en el contexto del nuevo ser en nosotros. El nuevo ser quiere solamente lo que Dios quiere. El nuevo ser no va a pedir algo que sea contrario a la voluntad de Dios. Básicamente, quiere que la voluntad de Dios se convierta en la nuestra. Por eso oramos: “No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú”. Esto no es decir a Dios: “Señor, esto es lo que yo quiero. Creo que así debería de hacerse, pero supongo que de todos modos harás como tú quieras así que sería mejor que lo acepte así.” En vez de esto, es mejor decir: “Señor, esto es lo mejor que puedo hacer con mis limitados conocimiento y fe. Tú eres mucho más sabio y más poderoso de lo que yo pueda imaginarme. Haz lo que tú creas que es mejor. Entonces lo convertiré en mi voluntad y ¡con gusto lo pediré!” Con este tipo de oración en nuestros labios, nunca dejaremos de recibir lo que pidamos, ya que es todo lo que Dios quiere.

Más de lo que podemos entender

Lo que aumenta nuestra sorpresa de este “todo lo que pidan” de Jesús, es que ni siquiera comenzamos a pedir lo que podríamos de nuestro Padre-Rey. El apóstol Pablo dijo a los cristianos de Éfeso que dieran gloria a Dios: “que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en

nosotros” (3:20). Algunas veces pensamos que tal vez somos demasiado francos y pedimos demasiado a Dios. Pablo nos dice que la mayor parte del tiempo insultamos su grandeza pidiéndole mucho menos de lo que él podría darnos. Ésta es una buena oportunidad para volver al comienzo de este libro y recordar a quién estamos orando. Él no es ningún rey terrenal, que aunque grande, tiene limitados recursos y poder. La audiencia que tenemos es ante el Rey del universo, que tiene todo en el cielo y en la tierra a su disposición y a su mando. Como la Biblia nos lo recuerda con frecuencia, nada es imposible para él (Mateo 19:26; Lucas 1:37).

John Newton contó la historia de un hombre que pidió a Alejandro Magno que le diera una gran cantidad de dinero a cambio de la mano de su hija. El gobernante consintió y dijo al hombre que pidiera al tesorero lo que él quisiera. Entonces pidió una inmensa suma de dinero. El guardián de los fondos se sorprendió y dijo que no podía darle tanto sin tener una orden directa. Al ir hasta donde estaba Alejandro, el tesorero discutió que hasta una pequeña fracción del dinero pedido sería más que suficiente. “No”, contestó Alejandro, “que lo tenga todo. Me gusta este tipo. Me honra. Me trata como un rey y por lo que pide prueba que él cree que soy tanto rico como generoso.”³⁰ Así que verdaderamente honramos a nuestro Padre-Rey cuando acudimos a él con oraciones francas, grandes, en vez de oraciones pequeñas y tímidas de poca confianza en su bondad y en su poder. Este mismo John Newton es autor de un himno bien conocido que contiene estas palabras: “Te acercas a un rey—grandes peticiones traes, porque su gracia y su poder son tales, que nadie puede pedir demasiado.”³¹

Con mucha frecuencia la verdad de lo que nos dice la palabra de Dios, la capta más pronto un niño, que nosotros que somos más maduros. Considere la confianza total que la niña de la historia de la doctora Helen Roseveare, una misionera en el Congo Belga (Zaire de hoy), pone en Jesús.

En nuestra misión, una madre murió después de dar a luz a un bebé prematuro. Tratamos de improvisar una incubadora para conservar con vida al pequeño, pero la única bolsa de agua caliente que teníamos estaba arruinada. De manera que durante las devociones de esa mañana, pedimos a los niños que oraran por el bebé y por su hermanita, que ahora era huérfana. Una de las niñas respondió: “Querido Dios, por favor envía hoy una bolsa de agua caliente. Mañana será demasiado tarde porque para entonces el bebé ya habrá muerto. Y amado Dios, manda una muñeca para su hermanita para que no se sienta tan sola.” Esa tarde llegó un gran paquete de Inglaterra. Los niños miraban ansiosamente mientras lo abrían. Para gran sorpresa de todos, debajo de algunas piezas de ropa ¡había una bolsa de agua caliente! De inmediato la niña que había orado de todo corazón comenzó a buscar entre todo el paquete diciendo: “Si Dios mandó esto, estoy segura de que también debe haber enviado una muñeca”. ¡Y tenía razón! El Padre celestial sabía de antemano cuál era el pedido sincero de la niña, y hacía 5 meses, había guiado a un grupo de señoras para que incluyeran especialmente estas dos cosas.³²

Sólo cuando dudamos del poder y del amor de nuestro Padre-Rey, no pedimos las bendiciones que él tiene tantas ganas de darnos.

“Todo lo que pidan” que sea siempre “en el nombre de Jesús”

Lo que hace que el Padre-Rey, tenga la buena voluntad de responder a nuestras oraciones, es la salvación que Jesucristo obtuvo para nosotros. Por eso, ofrecemos nuestras oraciones en el nombre de Jesús, como en muchos lugares las Escrituras nos

lo enseñan. Sin embargo, es necesario que comprendamos lo que significa orar “en el nombre de Jesús”.

Algunos creen que orar “en el nombre de Jesús” significa que cualquier oración que ofrecemos debe terminar con las palabras “te lo pido en el nombre de Jesús. Amén”. Si éste es el caso, entonces la mayor parte de las oraciones que se encuentran en el Antiguo Testamento no fueron ofrecidas apropiadamente, porque no terminan con esta frase. No es que esto sea algo malo. Es útil que recordemos dondequiera que oremos que lo hacemos “en el nombre de Jesús”. Sin embargo, sólo decir las palabras “en el nombre de Jesús” al final de nuestras oraciones, no es lo que Jesús quería decir.

Hacer algo en nombre de alguien, puede tener varios significados. Uno, tener el nombre de alguien puede indicar propiedad o pertenencia. Tenemos el apellido de nuestros padres porque pertenecemos a su familia. Tener el nombre o actuar bajo el nombre de alguien, puede significar que tenemos la autoridad de esa persona. Si alguno de nuestros diplomáticos hace algo en el nombre de México, significa que la autoridad de este país respalda al diplomático. Por último, el nombre de una persona también es su reputación. Con frecuencia un nombre nos recuerda lo que esa persona ha hecho o quién es esa persona. Por ejemplo, si alguien fuera a decir el nombre Joel Petermann, probablemente no quedaría impresionado. Si alguien menciona el nombre Abraham Lincoln, por otro lado, muchos pensamientos y Acontecimientos, inundarían nuestra mente.

Entonces cuando Jesús nos dice que oremos “en su nombre”, para nosotros significa varias cosas. Primero, significa que cuando vamos a la sala del trono del Rey, acudimos como los que pertenecen a su familia. No somos extraños ni siervos, sino hijos del Rey con los mismos derechos de hijos que Jesús. Segundo, avanzamos con la autoridad de Jesús. Él nos da el derecho de presentarnos y pedir cosas al Rey.

El Padre nunca rechazó a Jesús cuando oró a él, así tampoco seremos nosotros rechazados. Tercero, vamos a la sala del trono del Rey debido a lo que Jesús ha hecho por nosotros. Por medio de la fe, su obediencia perfecta se convierte en la nuestra. Su muerte inocente pagó por nuestros pecados y nos hace aceptables ante el Rey. Su resurrección de entre los muertos garantiza nuestro estado como hijos de Dios y como súbditos favorecidos del reino. Finalmente, cuando oramos “en el nombre de Jesús”, oramos basándonos en quién ahora es Jesús. Él mismo es el Rey de reyes y Señor de señores. El Rey le ha otorgado el trono para siempre y le ha dado toda la autoridad para otorgarnos lo que deseamos. Esto significa orar “en el nombre de Jesús”.

Tal vez el pasaje más notable donde Jesús nos enseña a orar en su nombre, se encuentra en el Evangelio de Juan. Allí Jesús dice: “De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo” (16:23,24). Sin lugar a dudas, algo estaba cambiando en la manera en que el pueblo de Dios se acercaría a él en oración. Los creyentes del Antiguo Testamento, oraron y Dios los escuchó cuando lo hicieron conforme a sus promesas. Ahora había llegado el cumplimiento de esas promesas. Ahora el Mesías ya estaba aquí. Pronto Jesús pagaría el precio por el pecado con su sangre, para que los cristianos tuvieran acceso por completo a las bendiciones de Dios. Era tiempo de que el pueblo de Dios orara “en el nombre de Jesús”. Orar en el nombre de Jesús es hacerlo confiando en él y teniendo fe en el mensaje de la cruz.

Tal vez una ilustración pueda ayudarnos a entender el significado de orar en el nombre de Jesús. Hasta en nuestros asuntos humanos, hay influencia en usar el nombre de alguien o ir en el nombre de alguien. Jill Briscoe relata la siguiente experiencia:

No hace mucho tiempo, fue necesario que me hiciera algunos análisis en el hospital. Mi doctor me dio una nota, que yo llevé cuidadosamente al acercarme a la puerta. En su nombre anuncié mi llegada. No hubiera habido ninguna posibilidad de que yo obtuviera esta entrevista con el cirujano, sin esa nota firmada por mi doctor. Se me dijo que siguiera la línea amarilla que estaba pintada en el suelo y que tarde o temprano me llevaría a la oficina del especialista, que escucharía mi problema, diagnosticaría mi enfermedad, y me recetaría un medicamento. Nunca hubiera intentado encontrar el camino por mí mismo, ni tomar un camino que no hubiera sido autorizado. Tampoco pensé en descartar el nombre de mi doctor que me había enviado al cirujano, con toda su autoridad respaldando la entrevista. Me encontraba en un mundo diferente. El mundo de los médicos era totalmente extraño y no estaba familiarizado con él, y ¿quién era yo para saber más que las autoridades que gobernaban esa esfera? Siguiendo las instrucciones con cuidado, llegué hasta donde estaba el gran hombre. Leyó la nota de mi doctor, sonrió y amablemente comenzó a hacerme muchas preguntas. Me sentía muy asustada y nerviosa. Si tan sólo mi doctor pudiera estar aquí conmigo para explicar mi caso. ¡De repente se abrió la puerta y allí estaba él! Conociendo mi temor justificado, había venido en persona para estar conmigo en este momento.³³

Así es también con nosotros. Jesús nos ha dado su nombre para que lo llevemos con nosotros a dondequiera que vayamos. Su nombre nos ha permitido la entrada a la sala del trono del Rey y nos ha permitido la audiencia. Su nombre también nos concede el derecho de presentar nuestras peticiones y ser

escuchados. Su nombre es como una llave electrónica que nos abre las puertas del cielo. Sin embargo, la mejor parte es que hasta cuando dependemos de su nombre con manos temblorosas, está con nosotros, a nuestro lado y viendo que por causa suya nuestras peticiones sean cumplidas. Entonces, como lo promete, nuestro gozo será completo.

“Todo lo que pidan” significa que Dios es omnipotente

Lutero captó claramente todas las implicaciones de orar en nombre de Jesús y de “todo lo que pidan” de la promesa de Jesús: “La oración verdadera es omnipotente, como lo dice nuestro Señor: ‘Porque todo el que pide recibe, etc.’”³⁴ En las clases de catecismo aprendemos que sólo Dios es omnipotente; sin embargo, Lutero dice que nuestras oraciones son omnipotentes. Al final lo son, porque a través de la fe en Jesús y en su nombre, tenemos la promesa del Padre-Rey de concedernos todo lo que le pidamos. Esto pone el poder del Padre-Rey en nuestras manos, por así decirlo. También nos pone en línea recta con su voluntad.

El uso libre del nombre de otro, siempre es una muestra de gran confianza, de una unión muy cercana. El que da su nombre a otro, se mantiene al lado, permitiendo que ese otro actúe por él; el que usa el nombre de otro, renuncia al suyo propio como si no tuviera ningún valor. Cuando voy en nombre de otro, me niego a mí mismo, no solamente uso su nombre, sino que asumo lo que él es, en vez de mí mismo y de lo que yo soy.³⁵

Esta última afirmación nos recuerda el propósito por el cual Jesús nos da promesas tan grandes, con respecto a la oración. Debemos pedir grandes cosas y cumplir grandes cosas a través de la oración, porque esto glorificará a nuestro Padre-Rey. “De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo

hago, él también las hará; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre. Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pedís en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:12-14). Jesús vivió para glorificar a su Padre, que está en el cielo. Sus oraciones también pedían cosas que darían gloria al Padre que está en los cielos. Entonces los que somos nuevos en Cristo, que morimos para nosotros mismos, y que vivimos para Cristo, viviremos para glorificar a nuestro Padre-Rey. Nuestras verdaderas oraciones dichas en el nombre de Jesús, igualmente darán gloria al Padre celestial, lo que tanto Jesús como nosotros deseamos.

Hay que ser cauteloso para decir las palabras “en el nombre de Jesús”. Cuando decimos estas palabras con frecuencia, tanto en nuestras oraciones privadas como también en nuestra adoración pública, existe el peligro de que comencemos a decirlas sin pensar. Entonces la frase se convierte en algo mecánico que hacemos sin implicar nuestro corazón ni nuestra mente. O se puede convertir en algo supersticioso, como si esas palabras tuvieran el poder mágico de cumplir algo. Estas palabras en ellas mismas y por ellas mismas, no hacen que la oración sea verdadera.

Orar con confianza

Sin embargo, cuando decimos oraciones verdaderas en el nombre de Jesús, entonces podemos orar con absoluta confianza de que el Padre-Rey las oirá. Hebreos 4:14-16 dice:

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente

al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

Tenemos confianza porque tenemos el Sumo Sacerdote en el cielo, Jesús, que comprende por lo que pasamos y se compadece de nosotros.

Ésta es la actitud que queremos adoptar en la oración. Santiago nos advierte de lo opuesto de las oraciones confiadas, es decir, oraciones llenas de dudas. “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” (Santiago 1:5-7). En el centro de estas oraciones confiadas está la fe en Jesús. Sólo las personas que saben que Dios está en paz con ellas y que le agrada darles el reino, pueden orar con esta confianza. Asimismo, deben ser creyentes en las palabras y promesas de Dios. Nuestros sentidos nos harán dudar, porque éstos con frecuencia contradicen las promesas de Dios. Un ejemplo sería cuando Pedro caminó sobre el agua en el mar de Galilea (Mateo 14:28-31). Si Pedro confiaba en las palabras de Jesús, podía caminar. Cuando miró las olas que se acercaban, comenzó a creer en sus sentidos más que en las palabras de Jesús y empezó a hundirse. Así es con nosotros en la oración. Cuando confiamos sólo en la palabra de Dios y en sus promesas, podemos estar absolutamente seguros de que tendremos lo que pedimos en el momento en que oramos. Se cuenta la anécdota de una persona que después de haber terminado la oración con una petición, inmediatamente siguió con una oración de agradecimiento por lo que acababa de pedir. Esto fue porque estaba segura de que lo recibiría.

En las Escrituras se encuentran numerosos ejemplos de la oración confiada. Abraham mostró tal confianza cuando

suplicó al Señor que salvara a Sodoma y Gomorra (Génesis 18:22-32). Sabía que el Señor que se había revelado como justo no actuaría injustamente contra esta ciudad y no la destruiría si hubiera allí unos pocos justos. Con audacia, Abraham redujo el número de 50 a 10. Otro ejemplo sería Jacob que luchó con el Señor hasta el amanecer en el río Jaboc (Génesis 32:24-30). Jacob se aferró al Señor y con audacia afirmó: “No te dejaré, si no me bendices ” (versículo 26). Un tercer ejemplo sería la mujer cananea que no se dio por vencida en lo que pidió, aunque Jesús llamó a los gentiles, incluyéndola a ella, “perros” (Mateo 15:26). A pesar de haber sido rechazada, siguió acercándose a Jesús una y otra vez, creyendo que le concedería lo que ella quería. Ninguno de estos creyentes tuvo ninguna duda. Puede ser que la duda los acechara, pero se mantuvieron aferrados a las promesas y a las palabras de Dios.

De modo característico, Lutero no escatima las palabras cuando nos da algunos pensamientos en los que podemos meditar con respecto a la oración, sin duda y sin temor.

Se debe aprender a pedir. No se siente solo o se acueste en el sofá, desganado y moviendo la cabeza. No se destruya usted mismo con sus propios pensamientos preocupándose. No luche por quedar libre, y no se sumerja en su propia desdicha y sufrimiento. Dígase a usted mismo: “¡Anda, perezoso; arrodíllate y levanta los ojos y las manos al cielo!” Lea un Salmo o el Padrenuestro, invoque a Dios, y con lágrimas ponga todas sus problemas ante él... Aquí usted aprende que orar, hablar de sus problemas y elevar las manos son sacrificios muy agradables al Señor. Quiere y desea que presente sus problemas ante él. No quiere que usted multiplique sus problemas torturándose y sintiendo más el peso de su carga. Él quiere que usted esté demasiado débil para poder aguantar y vencer estas

dificultades; él quiere que usted se fortalezca en él. Con la fuerza que le da, él se glorifica en usted.³⁶

Oren con insistencia

Junto con la oración confiada, hay otro aspecto importante de la oración, que es la perseverancia. Jesús nos ilustró esto cuando contó la parábola de la viuda insistente (Lucas 18:1-8). En esta parábola a cierta viuda la molestaba un adversario. Ella va a la corte de justicia y pide al juez que dé una orden, para que su enemigo deje de molestarla. El juez, a quien realmente no le importan ni Dios ni las personas, no quiere hacer nada para ayudarla. Sin embargo, la viuda es insistente. Vuelve una y otra vez, hasta que finalmente, el juez, admitiendo que ella no le importa realmente, a pesar de esto le concede lo que pide porque de otro modo ella no lo dejará en paz. Entonces Jesús aplica esto a nuestras oraciones que dirigimos al Padre celestial. El punto es ser insistente. Sin embargo, existe una gran diferencia entre el juez y nuestro Padre celestial. El juez escuchó solamente porque ya no quería que la viuda lo molestara más. Nuestro Padre celestial quiere ser molestado. Él nos ama y desea ayudarnos. Va a conceder justicia a su pueblo, que lo invoque con insistencia.

Jesús nos da otra ilustración con respecto a la persistencia audaz, en el capítulo 11 de Lucas. Sucede inmediatamente después de que los discípulos pidieron a Jesús que les enseñara cómo debían orar. Jesús primero les enseñó el Padrenuestro. Después les dijo:

¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: “Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje y no tengo qué ofrecerle”, y aquel, respondiendo desde adentro, le dice: “No me molestes; la puerta ya está cerrada y mis niños están conmigo en cama. No puedo

levantarme y dártelos”? Os digo que, si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. Por eso os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá, porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama se le abrirá. (versículos 5-10)

Note que el hombre que estaba en cama, no ayuda a su prójimo porque sea su amigo. Tome en cuenta que tampoco contesta la petición en un principio. Es la persistencia del otro hombre la que finalmente consigue resultados. Así también Jesús quiere que insistamos ante nuestro Padre-Rey, quien, a diferencia del hombre que está ya en cama, está deseoso de ayudarnos y de responder nuestras oraciones. Jesús nos explica el asunto en la penúltima oración de este texto. Jesús nos anima a que oremos constante y persistentemente. Asimismo, las palabras que siguen a estos mandatos indican una actividad característica: “los que se caracterizan por pedir recibirán”, etc. Jesús quiere que hagamos más que orar acerca de algo por una vez, y luego nos detengamos. Nuestra vida como cristianos se debe caracterizar por la oración constante.

Hay una implicación en lo que dice Jesús acerca de la persistencia que algunas veces desconcierta al que ora. El hecho mismo de que tenemos que ser insistentes, nos dice que el Padre-Rey, que ha prometido darnos todo lo que le pidamos en el nombre de Jesús, algunas veces aún no nos da lo que le pedimos de inmediato. Nos anima a orar con confianza y después retira de nosotros lo que le hemos pedido. Al reflexionar en esto, Andrew Murray dice:

Oh qué profundo misterio celestial es perseverar en la oración. El Dios que ha prometido, que anhela, cuyo propósito fijo es dar la bendición, la retiene. Para él

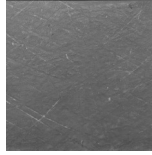
tiene mucha importancia que sus amigos en la tierra deban saber y confiar plenamente en su rico Amigo celestial, que él los capacita en la escuela de respuestas tardías, a fin de descubrir cuánto prevalece realmente su perseverancia, y cuán grande es el poder que pueden ejercer en el cielo, si se dedican a esto.³⁷

Cuando el Padre-Rey se tarda en responder, tenemos la tentación de dejar de orar. Tal vez pensamos que Dios no nos ha oído o que no quiere darnos lo que le pedimos. Puede haber veces en que esto sea verdad. Por ejemplo, después de que el apóstol Pablo oró tres veces para que se le quitara la espina que llevaba en la carne, finalmente el Señor le hizo comprender que era mejor que no se la quitara (2 Corintios 12:8,9). Entonces dejó de pedir esto en oración. Sin embargo, recordemos que Pablo recibió una respuesta definitiva del Señor antes de dejar de orar por esto. A menos que estemos seguros de la respuesta del Señor a nuestras oraciones, Jesús nos anima a seguir orando. Nuevamente, Andrew Murray dice:

De todos los misterios del mundo de la oración, la necesidad de la oración insistente es uno de los más grandes. Que al Señor, quien es tan amoroso y está tan ansioso de bendecirnos, se le tenga que suplicar una y otra vez, algunas veces un año tras otro, antes de que llegue la respuesta, no podemos entenderlo fácilmente. Es también una de las grandes dificultades prácticas en el ejercicio de la oración del creyente. Cuando, después de súplicas insistentes, nuestras oraciones no son contestadas, con frecuencia es más fácil para nuestra carne perezosa, y tiene toda la apariencia de una sumisión piadosa, pensar que ahora debemos dejar de orar, porque Dios puede tener su razón secreta para no dar respuesta a nuestra petición.³⁸

El “todo lo que pidan” de Jesús, es lo que nos mantiene perseverantes en la oración. La insistencia es sencillamente aferrarse a esta promesa. Las promesas de Dios son eternas y no fallan.

Entonces, ¿qué debemos pedir de nuestro Padre-Rey con audacia y persistencia? En el siguiente capítulo llevaremos nuestras peticiones al Padre-Rey.



10

Nuestras peticiones a nuestro Padre-Rey

En una corte antigua, ¿por qué querría alguien tener una audiencia con un rey? Tal vez un hombre ha quebrantado la ley del reino y quiere que se le permita suplicar la misericordia del rey antes de su ejecución. Tal vez los ciudadanos del reino quieren ir ante el rey para alabarlo por la manera maravillosa y justa como los ha gobernado. Tal vez el rey ha dado regalos a sus súbditos y ellos quieren mostrarle su agradecimiento. Podría haber un pobre campesino que desea llevar su petición ante el rey a fin de poder obtener caridad para él mismo y para su familia, para no morir de hambre. O quizá hay un funcionario rico que audazmente pide al rey que le dé un puesto importante en el reino. También podría haber el ciudadano ocasional, que pide ver al rey de parte de alguien más. Puede ser que suplique al rey que muestre indulgencia a un hombre acusado de un crimen. O tal vez pida que el rey muestre su

favor a una persona que ha demostrado fidelidad y justicia en sus tratos de negocios. Se podría hacer una lista de muchísimas situaciones que podrían ser la razón para que una persona pida una audiencia con el rey.

Las Escrituras indican que muchas situaciones similares pueden llevarnos ante nuestro Padre-Rey celestial. Cuando nuestro Padre-Rey, nos concedió una audiencia a través de Jesucristo, nuestro Salvador, abrió la puerta para que se realizaran todo tipo de conversaciones. Primero consideremos las conversaciones que el pueblo de la Biblia llevó a cabo con su Padre-Rey, y después consideremos las conversaciones que tenemos en nuestra vida.

El pueblo de Dios ofreció alabanza y adoración

Con frecuencia, el pueblo de Dios sencillamente habló a Dios acerca de cuán grande es él y de las grandes cosas que había hecho y seguía haciendo por ellos. A esta clase de oración la llamamos adoración o alabanza. Por ejemplo, Nehemías comenzó orando al Señor: “Te ruego, Jehová, Dios de los cielos, fuerte, grande, y temible, que guardas el pacto y tienes misericordia de los que te aman y observan tus mandamientos; esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti, día y noche, por los hijos de Israel, tus siervos” (Nehemías 1:5,6). Otro ejemplo sería la oración de los discípulos después de que Pedro y Juan, ya habían sido liberados de prisión: “Ellos, al oírlo, alzaron unánimes la voz a Dios y dijeron: ‘Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay’” (Hechos 4:24). Es una gran alabanza enumerar las buenas cualidades de una persona o sus grandes logros. Esto es especialmente cierto en el caso de Dios, que merece que reconozcamos su grandeza y bondad.

En el Salmo 103 el salmista aclama al Señor en voz alta: “Bendice alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo

nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios” (versículos 1,2). Después continúa describiendo todas las maravillosas bendiciones de Dios.

El pueblo de Dios suplicó misericordia

En las Escrituras también hay ejemplos de creyentes que suplican misericordia y perdón del divino Rey. Moisés hizo esto por el pueblo de Israel, cuando todos ellos pecaron contra el Señor en el monte de Sinaí, al fabricar la estatua del becerro de oro (Éxodo 32:11-13). Abraham suplicó misericordia repetidamente a favor de Lot y de su familia, cuando el Señor anunció la inminente destrucción de Sodoma y Gomorra (Génesis 18:22-32). David pidió la compasión del Señor después de sus pecados terribles que involucraron a Betsabé y a Urías, el esposo de ella (Salmo 51). Daniel confesó los pecados de Israel que habían ocasionado el exilio de Israel a Babilonia y suplicó al Señor que perdonara y mostrara misericordia a los que todavía quedaban vivos (Daniel 9:4-19). Esdras y Nehemías oraron pidiendo perdón y misericordia para los exilados que habían vuelto a Jerusalén, y que, sin embargo, habían quebrantado las leyes del pacto (Esdras 9:6-15; Nehemías 1:5-11). Muchos de los salmos son súplicas de misericordia de los angustiados creyentes, que esperan indulgencia y amor del Padre-Rey (Salmos 6 y 130, por ejemplo). Hasta las palabras del ladrón que estaba en la cruz: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino” (Lucas 23:42), son una petición de perdón y de misericordia.

El pueblo de Dios da las gracias

Otro tipo de oración que encontramos en las Escrituras es la de agradecimiento. Como se podría esperar, el libro de los Salmos, tiene muchas oraciones de agradecimiento. Una oración que se ha vuelto bastante familiar para nosotros es la que está en el Salmo 136:1: “Alabad a Jehová, porque él es

bueno, porque para siempre es su misericordia”. Jesús nos enseña a orar este tipo de oración en el relato de la curación de los diez leprosos. Los niños de la escuela dominical aprenden sobre estos diez leprosos que a gritos pidieron a Jesús que los sanara. Jesús sencillamente les dijo que se mostraran al sacerdote, y en el camino se sanaron. Sólo un hombre, un samaritano, regresó para dar gracias a Jesús por esta bendición. Jesús preguntó: “¿No son diez los que han quedado limpios? Y los nueve, ¿dónde están?” (Lucas 17:17). Dar gracias es una oración especial que debemos hacer. Demuestra que apreciamos verdaderamente lo que nuestro Padre-Rey ha hecho por nosotros en respuesta a nuestras oraciones. Jesús dio gracias antes de comer (Mateo 14:19; 15:36). Cada domingo oímos, en las palabras de la institución de la Santa Cena, que Jesús tomó pan y vino, y dio gracias. Asimismo, Pablo dio gracias por los alimentos que estaba a punto de comer, cuando estaba en el barco que se dirigía a Roma y que naufragó en Malta, poco tiempo después (Hechos 27:35).

El pueblo de Dios pidió ayuda

Muchos creyentes oraron al Señor, cuando necesitaban ayuda. Cuando el siervo de Abraham estaba tratando de encontrar una esposa para Isaac, se volvió al Señor y le pidió ayuda (Génesis 24). Gedeón pidió al Señor que el vellón de lana estuviera con rocío y después seco, para tener la seguridad de que el Señor realmente iba a estar con él en la batalla contra Madián (Jueces 6:36-40). Jonás pidió ayuda al Señor cuando se hundía en el mar (Jonás 2:2). En el Nuevo Testamento, todos los que querían que Jesús los sanara o los curara, presentaban este tipo de oración. La iglesia de Jerusalén pidió al Señor que ayudara a Pedro cuando Herodes dio la orden de encarcelarlo (Hechos 12:5).

El pueblo de Dios ora por bendiciones para ellos mismos y para otros

Las Escrituras mencionan que los creyentes oraron por cosas tanto para ellos como para otros. Manoa, el padre de Sansón, oró para que el Señor le enseñara cómo debía criar al niño especial que le había prometido (Jueces 13:8). Sansón oró para que el Señor le diera fuerza (16:28). El joven rey Salomón oró para que el Señor le diera buen discernimiento para poder gobernar con sabiduría (1 Reyes 3:9). Zacarías, el padre de Juan el Bautista, oró por un hijo para Elizabet y él (Lucas 1:13). El Señor Jesús nos enseña a orar por nosotros en el Padrenuestro cuando decimos: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy” (Mateo 6:11). Pablo pidió que se le quitara un aguijón de la carne (2 Corintios 12:7,8). O simplemente podemos citar el mandato de Jesús: “Pedid y se os dará” (Lucas 11:9). No es malo pedir cosas para nosotros mismos.

Según las Escrituras, también es apropiado hacer peticiones por otros. Isaac oró por su mujer Rebeca que era estéril (Génesis 25:21). Moisés oró, algunas veces a pedido del faraón, para que las plagas desaparecieran de Egipto (Éxodo 8–10). Jesús oró por sus discípulos y por todos los creyentes (Juan 17:6-26). Con frecuencia Pablo animó a sus compañeros cristianos a orar por él y por su ministerio (Romanos 15:30-32; Efesios 6:19,20). Pablo también aseguró a sus hermanos y hermanas en la fe, que él estaba orando constantemente a Dios por ellos (2 Tesalonicenses 1:11,12). Además, Santiago nos ordenó de forma explícita: “Orad unos por otros” (5:16).

Las Escrituras hasta documentan el mandato de Jesús de orar por nuestros enemigos. En el sermón del monte, Jesús enseña: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian, y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:44,45). Tal vez sea necesario hacer un comentario sobre este pasaje. Cuando Jesús dice que

oremos por los que nos persiguen, ¿qué tipo de oración debemos decir por ellos? ¿Debemos orar para que Dios los haga caer y los castigue? Por el pasaje paralelo del Evangelio de Lucas, está claro que debemos orar así: “Benedicid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian” (6:28). Aquí Jesús expresa un paralelismo entre bendecir a los que nos maldicen y orar por los que nos insultan o nos maltratan. La conexión entre “bendecir” y “orar”, indica claramente que nuestras oraciones por los que nos insultan deben ser de perdón y de misericordia. Así también en Mateo, ésta es la forma en que somos “hijos de nuestro Padre que está en los cielos” (5:45). Así como nuestro Padre celestial ama a sus enemigos y les muestra misericordia, así también nosotros debemos ser de tal palo tal astilla, cuando al igual que él perdonamos y pedimos misericordia, para nuestros enemigos. Jesús y Esteban, son dos ejemplos sobresalientes de esto. Jesús oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34), cuando los soldados llenos de odio le atravesaron las manos con clavos a este “vagabundo inútil” de Galilea. Esteban también perdonó a quienes lo apedreaban a muerte y oró: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (Hechos 7:60).

¿Qué tal oraciones por el juicio de Dios contra nuestros enemigos?

Considerando lo que se acaba de decir, ¿cómo debemos interpretar los Salmos y otros pasajes de las Escrituras que oran para que el juicio de Dios caiga sobre otros? Por ejemplo, David con frecuencia oró para que el Señor castigara a sus enemigos. Sólo un ejemplo sería lo que dice el Salmo 59:12,13: “Por el pecado de su boca, por la palabra de sus labios, sean ellos presos en su soberbia, y por la maldición y mentira que profieren. ¡Acábalos con furor, acábalos, para que no existan más! ¡Séparse que Dios gobierna en Jacob hasta los confines de la tierra!”

Primero, tome en cuenta que David no está pidiendo tales cosas para quienes le son antipáticos. Está hablando al Señor acerca de los que viven en pecado. El resto del salmo describe a estos hombres como “sanguinarios” y que “cometen maldad” (versículos 2,3). Cometan actos de violencia y difaman al pueblo de Dios. Lo hacen desafiando la habilidad del Señor de castigarlos o de proteger a su pueblo. Finalmente, no son enemigos de David, sino enemigos del Señor que había escogido a David y al pueblo de Israel como suyos. Años antes de esto, a Abraham el Señor le había dicho que bendeciría a los que lo bendecían, y maldeciría a los que lo maldecían a él y a sus descendientes (Génesis 12:3).

Segundo, note que la esperanza final de David al pedir al Señor que haga caer su juicio sobre esos malhechores, es que el Señor mismo sea glorificado (Salmo 59:13). Estas personas habían desafiado al Señor. Con sus acciones y actitudes lo habían blasfemado. El honor del Señor estaba en juego. David no quiere que el Señor se vaya a vengar de ellos, sino más bien, que el Señor sea reivindicado y glorificado entre las naciones.

Incluso cuando David dice, en la segunda mitad del Salmo 59:10: “El Dios de mi misericordia irá delante de mí; Dios hará que vea en mis enemigos mi deseo”, no está burlándose de sus enemigos sino está alabando a Dios, quien es su fuerza y su fortaleza, algo que acababa de confesar al comienzo de este versículo. Que Dios le permitiera regocijarse por lo que pasaba a sus enemigos no es un deseo de venganza de parte de David, sino evidencia maravillosa de la fidelidad de Dios a su promesa: el Señor hace justicia a favor de sus oprimidos.

Cuando consideramos estas oraciones de juicio contra los enemigos, también debemos tener presentes otros pasajes de las Escrituras. Nuestro Señor quiere que nuestros pensamientos estén en armonía con los suyos. Nuestro Señor ama a sus enemigos, pero también odia a todos los que hacen lo malo. El Salmo 5:5 deja esto bien claro: “Los insensatos no estarán

delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad”. Queremos ser como nuestro Padre celestial amando a nuestros enemigos. Pero así como nuestro Padre celestial odia a los que siguen actuando impíamente y odia sus acciones malvadas, también nosotros debemos odiar el mal con odio divino. “El temor de Jehová es aborrecer el mal” (Proverbios 8:13). En Romanos, Pablo nos recuerda: “El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo y seguid lo bueno” (12:9). Junto con el escritor de Eclesiastés entendemos que hay “tiempo de amar y tiempo de aborrecer” (3:8). Esto significa que así como nuestro Padre-Rey ama a todas las personas y quiere que sean salvadas, así también nosotros. Esto nos motivará a orar, aun por nuestros enemigos, con la esperanza de que por la misericordia y la gracia de Dios, sean guiados al arrepentimiento, sean llevados a la fe, y sean salvados. Al mismo tiempo, nuestro Padre-Rey odia y aborrece el mal. Él promete aplastar y juzgar a todos los que hacen mal y blasfemen su nombre. Nosotros también odiamos el mal y oraremos para que Dios muestre su santidad entre todos los que hacen el mal y no quieran arrepentirse. También debemos orar por Dios para que demuestre su justicia, haciendo caer su juicio sobre los que blasfeman su nombre o imprudente y deliberadamente quebrantan sus mandamientos. Tome en cuenta que el énfasis no está en que nosotros seamos vengados, ni en un deseo de ver que otros sufran, y que nos alegremos por su destrucción. En vez de esto, deseamos que Dios sea alabado con respecto a los que lo desafían y tratan de robarse su gloria para ellos mismos.

Finalmente, Jesús alabó a la iglesia de Éfeso, cuando dijo: “Aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco” (Apocalipsis 2:6). No todo el odio es malo, por ejemplo, cuando odiamos las cosas que Dios odia. David en realidad está justificando sus oraciones de juicio sobre los impíos, cuando pide al Señor: “¿No odio, Jehová, a los que te aborrecen, y me enardezco contra tus enemigos? Los aborrezco

por completo, los tengo por enemigos” (Salmo 139:21,22). Esto no solamente es una justificación, sino también una necesidad para quienes dicen ser hijos de Dios. No podemos hacer nada menos de lo que hace nuestro Padre celestial. Ya que él odia el mal y la falsedad, nosotros también debemos odiarlos. Lo glorificamos cuando pedimos que sea lo que él es, y que actúe como debe de acuerdo con su naturaleza justa. La única precaución que debemos tener es estar seguros de que primero nos veamos interiormente y nos arrepintamos, antes de decir esta oración para que no nos quedemos atrapados en la venganza, ni estemos llenos de odio que no brota de nuestro amor a la santidad y a la gloria, de Dios.

¿Por qué cosas debemos orar ?

Ahora que hemos visto los diferentes tipos de oración que hay en las Escrituras, consideremos qué tipo de oraciones oramos y comparemos las dos. La siguiente descripción de lo que oramos, es sólo una sugerencia que se basa en la encuesta de este autor, que solicitó una muestra de los cristianos indicando por qué cosas oraban. Según esta encuesta, entre las 1,287 personas que respondieron, el 92% indicó que sus oraciones incluían su agradecimiento a Dios. El 84% dijo que en la oración confesaba sus pecados. El 78% dijo que oraba para que Dios lo guiara en tomar decisiones. El 66% pidió librarse de alguna dificultad. El 75% dijo que pedía una gran fe o alguna otra bendición espiritual, para sí mismo o para otros. El 68% afirmó que había dado alabanza a Dios. El 64% pidió en oración cosas físicas para otros, mientras que el 58% pidió cosas físicas para sí mismo. Sólo el 37% oró por el Espíritu Santo, y el 19% se quejó a Dios en oración acerca de algo.

A los que respondieron a esta encuesta se les permitió marcar todas las cosas por las que habían orado. Después se les pidió que eligieran dos de las cosas que creían que habían orado con más frecuencia. En otras palabras, de todas las cosas por las

que podrían haber orado, ¿cuáles dominaban en sus oraciones? Aunque no todos respondieron a esta pregunta, el 37% indicó que la mayor parte daba gracias a Dios cuando oraba. En segundo lugar después de dar gracias estuvo la confesión de sus pecados y pedir perdón, un 32%. El 22% dijo que con mucha frecuencia oraba a fin de que Dios lo guiara en sus decisiones. En una pregunta separada, el 77% contestó afirmativamente cuando se le preguntó si alguna vez había orado por sus enemigos.

Conclusiones

¿Qué conclusiones podemos sacar de los resultados de esta encuesta? Parece que muchos del pueblo de Dios de hoy dicen muchas buenas oraciones. Es bueno ver que el agradecimiento encabeza la lista, tanto de las cosas por las que se ora, como de aquellas por las que se ora con más frecuencia. Si reconocemos quién es nuestro Padre-Rey y lo que ya ha hecho por nosotros, especialmente en la cruz mediante el sacrificio de su Hijo, Jesucristo, entonces parece que el agradecimiento debe ocupar el primer lugar en la lista. En realidad, tenemos mucho por lo que debemos estar agradecidos. También es bueno que recordemos quiénes somos ante el Padre-Rey. El hecho de que la confesión y el perdón, encabecen la lista, tanto las cosas por las que se ora como por las que se ora con más frecuencia, sugiere que recordamos que podemos acercarnos al Rey sólo a través de su gracia y de su misericordia. Él promete perdonar a los que acuden a él con humildad y con un corazón arrepentido, y tal parece que el pueblo de Dios le habla acerca de sus pecados y le pide misericordia. Esto es para su gloria y para nuestra bendición.

Otra cosa que es bueno ver, es que el pueblo de Dios no ora principalmente por cosas físicas. Las oraciones sobre bendiciones espirituales que pedimos para nosotros mismos y para otros, ocupaban un lugar más importante en la lista que las

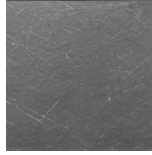
bendiciones físicas. Es bueno que sigamos la promesa de nuestro Salvador, cuando dijo que busquemos primero el reino del cielo, confiando en que todas estas cosas (alimento, ropa, y cosas por el estilo) se nos darán también (Mateo 6:33). A las peticiones de bendiciones espirituales, se les debe dar el lugar principal en nuestras oraciones. La relación entre las peticiones de cosas físicas y las de las cosas espirituales, que son evidentes en el Padre nuestro, también nos enseñan esa prioridad. Jesús nos da una petición para las bendiciones físicas (“El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”) y seis con respecto a nuestro bienestar espiritual y al de su reino. Si hemos aprendido a mantenernos fuera del camino de las oraciones que piden “dame”, está bien. Si todavía estamos luchando para salirnos de este camino, entonces debemos llenarnos de la palabra de Dios para que nuestra mente sea sacada desde las profundidades de nuestro yo hasta las alturas de la mente de Dios.

Mientras que la alabanza ocupaba un lugar más abajo en la lista de lo que nos gustaría ver, considerando todas las palabras de ánimo de las Escrituras para alabar al Señor, esto no podría ser una indicación clara de la cantidad de alabanza que expresa el pueblo de Dios. Puede ser que la encuesta no haya diferenciado claramente esta categoría. Muchos podrían haber incluido la alabanza en la respuesta a las preguntas acerca del agradecimiento. En ese caso, está en la categoría de uno de los tipos de oración que más se ofrecen.

El lugar donde puede haber espacio para mejorar sería en las peticiones por el Espíritu Santo. Jesús menciona específicamente orar por el Espíritu Santo (Lucas 11:13). Nos dice que nuestro Padre celestial está ansioso de darnos el Espíritu Santo. Entonces parecería que debemos orar por el Espíritu Santo con más regularidad. En la encuesta parece que casi las dos terceras partes de los que respondieron nunca habían orado por el Espíritu Santo. Esto parece que no coincide con lo que Jesús desea de nuestras oraciones. Aun si este

porcentaje se ha reducido bastante, parece que todos podríamos aprender a orar con más fervor por esta bendición especial, la cual nuestro Padre está ansioso por darnos.

Por supuesto, este estudio no ha agotado la lista de cosas por las que podríamos orar. Solamente nos ayuda a darnos cuenta de la variedad de conversaciones con nuestro Padre-Rey que se pueden enumerar bajo el encabezamiento general de la oración. Así como el súbdito de un reino puede acercarse a su soberano y hablar en diferentes formas, así nosotros podemos acercarnos a nuestro Padre-Rey de muchas maneras. Sin embargo, dondequiera que nos acerquemos a él y respondamos a su bondad y a su invitación para hablar con él, estamos orando. El asunto es: ¿Cuál será su respuesta después de que hayamos ofrecido nuestras oraciones? Hablaremos de esto en el capítulo siguiente.



11

Nuestro Padre-Rey contesta la oración

Los reyes antiguos contestan las peticiones

Una vez más, si conservamos la imagen de un rey terrenal ante nosotros, puede ser que comprendamos mejor la forma en que nuestro Padre-Rey contesta nuestras oraciones. En este capítulo se supone que hablamos principalmente de oraciones con peticiones al Padre-Rey, y no de oraciones de alabanza ni de agradecimiento, que en realidad no necesitan respuestas.

Podríamos considerar el relato bíblico de José y sus hermanos en Egipto (Génesis 42). José era el gobernador de Egipto a quien el faraón le había dado autoridad sobre todo excepto el faraón mismo. Esto se puede decir especialmente del

almacén de granos de Egipto. Entonces cuando los hermanos de José fueron a Egipto, se presentaron ante José y no ante el faraón. Habían ido para pedir alimentos a fin de que no murieran, durante la gran hambruna que también había afectado a Canaán. Sin embargo, José no les concedió inmediatamente lo que pedían. En realidad, por lo que sabía acerca de sus hermanos, se dio cuenta de que no era conveniente darles simplemente el grano. Era necesario que enfrentaran la situación de hacía años, para poder recibir a José nuevamente como hermano. El asunto es que el rey — José, en este caso — se demoró en contestar la petición de ellos, por el bien de los que la hacían.

Por otro lado, cuando leemos la historia de Nehemías, vemos que el rey le da una respuesta diferente (capítulo 2). Nehemías había hecho una petición a Artajerjes, rey de Persia, de poder regresar a Jerusalén para ayudar al pueblo de su raza a reconstruir su patria y especialmente la capital, Jerusalén. Artajerjes no dudó. De inmediato ordenó que Nehemías volviera a su patria y le proporcionó todo lo necesario para el viaje y proyecto. Aquí podemos ver a un rey de la antigüedad que no se demoró en responder, sino que concedió lo que le pedía inmediatamente.

El trato que los reyes de la antigüedad daban a sus súbditos es similar al que los padres de familia dan a sus hijos. Con frecuencia los hijos piden cosas a los padres. Sin embargo, los padres tienen la sensatez de saber qué cosas pueden darles de inmediato y cuáles deben esperar. Aunque hay otras cosas que sus hijos nunca podrán tener. Si un niño de cinco años pide ayuda para formar un rompecabezas, la mayoría de los padres lo ayudará de inmediato. Sin embargo, si una niña de 12 años pide un auto, los padres sensatos dirán a su hija que tendrá que esperar algunos años antes de que pueda tener un auto. Puede ser que le den una bicicleta o que simplemente le digan que espere. Otro hijo podría pedir permiso a sus padres para ver una

película que está llena de sexo, violencia, y palabras groseras, pero sus padres no le darán permiso y nunca pensarán dárselo, por su propio bien.

El Padre-Rey contesta las peticiones

Si los terrenales reyes y padres tratan con sus súbditos y con sus hijos de esta manera, no nos debe sorprender que nuestro Padre-Rey, en su gran sabiduría, trate con sus hijos de un modo similar. Nuestro Padre-Rey puede concedernos nuestras peticiones inmediatamente. Cuando Elías pidió al Señor en el monte Carmelo que enviara fuego para quemar el sacrificio del altar y así demostrar que él era el verdadero Dios, el Señor le respondió inmediatamente (1 Reyes 18:36-38). Se nos dice que el siervo de Abraham todavía no había terminado de orar cuando el Señor contestó su oración y envió a Rebeca (Génesis 24:15).

Sin embargo, el sabio Padre celestial no siempre contestó de inmediato las peticiones de sus hijos terrenales. Sin duda, Abraham con frecuencia había pedido al Señor el hijo que le había prometido. Durante 25 años el Señor respondió: “todavía no”. Ana había orado un año tras otro para que se le concediera tener un hijo (1 Samuel 1:3-11), pero el Señor se demoró en dar el hijo que ella tanto deseaba. Un ejemplo significativo de una respuesta tardía a una oración es la historia de María y de Marta y su hermano, Lázaro, que había estado enfermo y murió (Juan 11:1-44). Estas dos hermanas, creyendo en el poder de curación de Jesús, le habían enviado un mensaje cuando Lázaro sólo estaba enfermo, pidiendo a Jesús que fuera a sanarlo. El Evangelio de Juan nos muestra que Jesús deliberadamente no fue de inmediato con las hermanas y contestó esta oración. Desde el punto de vista humano, nos da la impresión de que a Jesús no le importaba. Sin embargo, el Evangelio nos enseña que Jesús tenía en mente un bien mayor para María y Marta, el cual era que se dieran cuenta de una manera más completa de

quién era Jesús. Creían que él tenía poder sobre la enfermedad, y no obstante no entendían por completo que Jesús era “la resurrección y la vida” (versículo 25). Jesús tenía poder sobre la muerte misma. Al no contestar lo que pedían de inmediato, Jesús tuvo la oportunidad de mostrarles su verdadera naturaleza. Ellos comprendieron que era el Señor, no sólo de la vida, sino también de la muerte. Él se demoró por el bien de ellos. Les enseñó a confiar en él, y a orar en cualquier dificultad, incluso si la dificultad se agudiza.

Por la experiencia de María y Marta, podemos aprender mucho acerca de la respuesta de Dios a nuestras oraciones. Con tanta frecuencia nuestras oraciones llegan al Señor con gran urgencia, porque vemos ante nosotros una situación de “vida o muerte”. Oramos con gran fervor porque tememos que se termine el tiempo del poder y la habilidad de Dios de ayudar. Cuando Dios se demora y la situación empeora, casi llegamos a sentir que nos vamos a dar por vencidos con el Señor. Tal vez dejemos de orar porque creemos que a Dios se le escapó esa situación y ya no nos podrá ayudar. ¡Si tan sólo nos hubiera respondido antes! ¡Cuán pequeña es nuestra fe a veces! Pero el poder del Padre-Rey no tiene límites. Hasta la muerte misma está bajo su control total. Por lo tanto, debemos orar con una confianza completa en sus promesas. Él oye todas las oraciones que se le ofrecen en el nombre de Jesús. Si Dios oye, entonces por causa de Jesús también contesta. Podemos estar absolutamente seguros de esto. Reflexione en estas palabras de sabiduría del Reformador:

Quando [un cristiano] asume la responsabilidad de orar, conforme al mandato de Dios y confía en su promesa, la ofrece a Dios en nombre de Cristo, y sabe que no se le negará lo que pide. Y realmente siente la ayuda de Dios en toda necesidad. Aun si no es librado inmediatamente de su aflicción, sin embargo, sabe que

su oración es agradable a Dios y es escuchada; sabe que Dios lo capacita para poder soportar y vencer su angustia. Esta capacidad equivale a quitarle la aflicción.³⁹

Hay ocasiones, cuando Dios no nos da lo que pedimos. Esto no significa que no haya oído ni contestado nuestras oraciones. Quiere decir que ha decidido responderlas de acuerdo con lo que sus hijos le piden siempre: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”. En otras palabras, ha decidido que su voluntad es lo mejor para nosotros, y sería mejor no darnos lo que hemos pedido. La oración de Jesús en el huerto de Getsemaní, es un ejemplo destacado de esto. El Señor podía haberle concedido lo que había pedido en su oración y podía haberle quitado la copa de sufrimiento a Jesús. No obstante, esto no habría sido lo mejor según la voluntad de Dios. El mundo habría perdido su salvación, y el Salvador no habría alcanzado su gloria por medio del sufrimiento. Para que Jesús cumpliera la voluntad de Dios, su Padre tuvo que negarle lo que había pedido en el huerto. Jesús lo aceptó, sabía que su Padre haría lo que era mejor y lo dejaría en sus manos.

El apóstol Pablo aprendió la misma lección. Pablo oró al Señor para que Dios le quitara “un aguijón en mi carne” (2 Corintios 12:7). No sabemos exactamente cuál era el aguijón de Pablo, pero está claro que Pablo sentía que era un obstáculo para su ministerio. Creía que podría ser mejor apóstol y llegaría a más personas, si el Señor le quitaba ese aguijón. Estaba tan convencido de ello que suplicó tres veces al Señor para que se lo quitara. Cuando el Señor evidentemente había dicho que no, entonces Pablo dejó de orar por esto. El Señor explicó a Pablo: “Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (versículo 9). La voluntad del Señor se cumplió al conservar Pablo su aguijón. Pablo aprendió a confiar en el Señor, y no en su propia sabiduría. Si era mejor para el reino de

Dios que Pablo se quedara con su aguijón, entonces lo haría gustosamente.

Cuando oramos, no siempre somos conscientes de cuál será la respuesta del Señor a nuestra oración. Pablo tuvo la ventaja de que el Señor le diera una respuesta directa. Por otro lado, nosotros no siempre sabemos cuál es la respuesta. Como lo notamos anteriormente, tenemos que ser persistentes en pedir hasta que veamos una respuesta. Si finalmente vemos que el Señor ha dicho que no a algo específico que pedimos, entonces podemos tener la seguridad de que ésta es la voluntad de Dios para nosotros, y de que es lo mejor para nosotros. Entonces por último, la respuesta no es realmente “no” después de todo, hemos pedido que se haga su voluntad y así se ha hecho.

También es importante que nos demos cuenta de que los propósitos de Dios no siempre son fáciles de comprender. Tal vez conceda a una persona lo que niega a otra. Puede decir sí a nuestra oración una vez, y no a la misma petición en otra ocasión. Cuando esto sucede, no tiene nada que ver con haber orado apropiadamente o no. Todo tiene que ver con los propósitos de Dios y con su sabiduría divina.

En el capítulo 12 del libro de Hechos se encuentra un ejemplo de esto. Cuando Lucas nos cuenta la historia de la iglesia antigua, nos describe la maldad de Herodes Agripa. Herodes persiguió a los miembros de la iglesia antigua. Hizo arrestar a algunos, los encarceló, e hizo que fueran ejecutados. Santiago, el hermano de Juan, discípulo y apóstol de Jesús, fue arrestado y luego ejecutado por orden de Herodes. Poco tiempo después de esto, Pedro también fue arrestado y encarcelado. Herodes también tenía la intención de matarlo, después de que hubiera terminado la Pascua. Se nos dice que “la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él” (versículo 5). El Señor contestó esta oración. Envío a su ángel para que liberara a Pedro, a fin de que continuara anunciando el nombre de Jesús.

¿Acaso no es correcto que supongamos que los creyentes también habían estado orando con fervor por Santiago? ¿Podemos imaginarnos que no se preocupaban por Santiago y que sólo oraban por Pedro? ¡Claro que no! Sin duda, habían orado por Santiago, en cualquier momento que tenían libre, antes de que Herodes lo ejecutara. El Señor no rescató a Santiago, a pesar de que también era uno de los apóstoles y también estaba anunciando el evangelio de Cristo. No obstante, en su sabiduría y de acuerdo con su propósito, el Señor permitió que Santiago muriera y Pedro siguiera predicando. La iglesia oró por ambos. Estos creyentes ofrecieron oraciones piadosas. Sin embargo, la respuesta del Señor fue diferente según su propósito. Así que también cuando oremos, debemos ser conscientes de que los caminos del Señor van más allá de lo que nosotros podemos comprender. No obstante, cualesquiera que sean esas formas, son para nuestro bien y para el bien de su iglesia, porque él siempre sabe lo que es mejor.

Sin embargo, hay veces cuando el Señor nos niega lo que le pedimos en nuestras oraciones sencillamente porque no son oraciones apropiadas. Ya vimos en la sección correspondiente a la oración confiada que la duda es un estorbo para nuestras oraciones. Santiago escribió que los que oran dudando en su corazón no debían esperar nada del Señor (1:6,7). Pedro dice a los esposos que sus oraciones se verán obstaculizadas si están maltratando a su esposa (1 Pedro 3:7). Esta actividad indicaría una falla de vivir con arrepentimiento. Sería una evidencia de incredulidad.

Las oraciones sin fe no llegarán ante el Señor y no las contestará. Por esta razón, nuestras oraciones siempre deben comenzar con lo que hablamos antes en este libro: un clamor (o por lo menos con una actitud de súplica) de misericordia para nosotros. “Invocar a Dios y decir: ‘Ten misericordia’, no es un gran esfuerzo. Pero hay que añadir la parte ‘de mí’, en realidad el evangelio inculca esto con todo fervor y, sin embargo, vemos

lo difícil que resulta para nosotros hacerlo. ‘De mí’ es un obstáculo para casi todas nuestras oraciones, cuando debe ser la única razón y la ocasión más importante para orar.”⁴⁰ Cuando olvidamos comenzar nuestras oraciones con “ten misericordia de mí”, probablemente olvidamos que no somos dignos de pedir nada ante el Rey debido a nuestra desobediencia. Si nos acercamos sin esta humildad, lo hacemos con un gran atrevimiento y farisaísmo. Sin embargo, el evangelio nos habla del Salvador que borró la culpa de nuestra desobediencia y obtuvo para nosotros el derecho a orar. Estas buenas noticias nos empujan a acercarnos atrevidamente, suplicando misericordia por causa de Jesús. Les da poder a nuestras oraciones y nos asegura una respuesta. Cuando nuestras oraciones están impregnadas del evangelio, entonces decimos las palabras “ten misericordia de mí”, maravillados y con alegría. Porque el evangelio nos asegura que el Rey ha sido misericordioso con nosotros, nos ha otorgado una audiencia, y ha prometido darnos cualquier cosa que le pidamos, en el nombre de su Hijo.

¿Cambia a Dios la oración?

Algunas veces se hace la pregunta: ¿cambia Dios el curso de lo que piensa hacer debido a la oración?

Hay historias bíblicas que parecen indicar que sí lo hace. Por ejemplo, el rey Ezequías una vez se enfermó y el Señor le dijo por medio de Isaías que iba a morir de esa enfermedad. Entonces Ezequías oró y el Señor declaró que le daría 15 años más de vida (2 Reyes 20:1-6). Dios anunció a Nínive que sería destruida dentro de 40 días. Cuando la ciudad se arrepintió, Dios “se arrepintió del mal que había anunciado hacerles, y no lo hizo” (Jonás 3:10).

Sin embargo, sabemos que Dios tiene todo planeado desde la eternidad (Salmo 139:16). Él no improvisa las cosas conforme gobierna el universo. Dios es inmutable; no cambia

de idea de un día para otro (Números 23:19; Santiago 1:17).

Lo mejor que podemos hacer para armonizar estos pasajes, es llegar a la conclusión de que Dios ha incluido nuestras oraciones en su gobierno total de las cosas. Entonces desde su punto de vista, todo está determinado. Pero desde nuestro punto de vista, las cosas pueden suceder de modo distinto cuando oramos.

Por supuesto, Dios quiere que oremos comprendiendo que la oración es eficaz y que cambia las cosas. En su sorprendente sabiduría y gracia, el Padre permite que nuestras oraciones ejerzan influencia sobre él. Santiago 5:16 dice: “La oración eficaz del justo puede mucho”. Jesús prometió: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Mateo 7:7). Santiago hasta dice: “No tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Santiago 4:2).

Sólo el Dios trino puede contestar las oraciones

Finalmente, es importante que nuestras oraciones vayan dirigidas sólo al Rey. Las oraciones que van dirigidas a cualquier otra cosa o persona no tendrán respuesta. Las oraciones de los profetas de Baal en el monte Carmelo no fueron contestadas porque las dirigieron a los ídolos y a las imágenes, que no tienen poder para contestar (1 Reyes 18:2629). Así también las oraciones dirigidas a la virgen María, o a los santos, o a los ángeles, no serán contestadas. Estos individuos no tienen el poder de conceder nuestras peticiones. El Rey tampoco nos ha ordenado llevar nuestras oraciones a ellos. Por esta razón, la iglesia luterana siempre ha enseñado, como lo enseñan las Escrituras, que nuestras oraciones debemos dirigirlas sólo a Dios.

Sin embargo, en un catálogo de una editorial afiliada a la iglesia católica, se puede encontrar un libro titulado Oraciones a María. Realmente, en el Catecismo de la Iglesia Católica se dice:

[La Santísima Virgen] es honrada con razón por la iglesia con un culto especial. Y, en efecto, desde los tiempos más antiguos, se venera a la Santísima Virgen con el título de ‘Madre de Dios’, bajo cuya protección se acogen los fieles suplicantes en todos sus peligros y necesidades ... Las fiestas litúrgicas dedicadas a la Madre de Dios ... y en la oración mariana como el Santo Rosario ... “síntesis de todo el evangelio”...⁴¹

Hasta en la concesión que se da de que “Este culto ... es esencialmente diferente del culto de adoración que se da al Verbo encarnado, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo”, la afirmación dice claramente que las oraciones se deben ofrecer y que se le deben ofrecer súplicas de ayuda a la virgen María. No existe ninguna referencia de las Escrituras que demuestre que éste es un mandato del Señor. El hecho es que en las Escrituras no hay ningún mandato que pida al pueblo de Dios orar a la virgen María o suplicar la ayuda de ella. Sin embargo, el Ave María, una oración común católica dice: “Ruega por nosotros pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”. El Catecismo de la Iglesia Católica explica esto diciendo: “Pidiendo a María que ruegue por nosotros, nos reconocemos pecadores y nos dirigimos a la ‘Madre de la Misericordia’.”⁴²

En una línea similar, el Catecismo de la Iglesia Católica también instruye que se hagan oraciones a los “santos”.

Los testigos que nos han precedido en el Reino ... especialmente los que la Iglesia reconoce como “santos”, participan en la tradición viva de la oración, por el ejemplo de su vida, la transmisión de sus escritos, y por la oración actual. Contemplan a Dios, lo alaban, y no dejan de cuidar de aquellos que han quedado en la tierra. Al entrar “en la alegría” de su

Señor, han sido “constituidos sobre lo mucho”... Su intercesión es su más alto servicio al plan de Dios. Podemos y debemos, rogarles que intercedan por nosotros y por el mundo entero.⁴³

En contraste con esto, la afirmación del fundamento doctrinal de la iglesia luterana, la Confesión de Augsburgo dice:

No se puede demostrar con la Escritura que se deba invocar a los santos e implorar su ayuda. ‘Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre’ (1 Ti. 2:5). Él es el único Salvador y el único sumo sacerdote, propiciador e intercesor ante Dios (Ro.8:34). Y sólo él ha prometido oír nuestra oración. De acuerdo con la Escritura, el culto divino más excelso es buscar e invocar de corazón a este mismo Jesucristo en toda necesidad y angustia: “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Jn. 2:1).⁴⁴

En ninguna parte de las Escrituras se ordena decir oraciones a María o a los santos, y debido a que no se ordena y ni siquiera se menciona, no puede haber seguridad de las oraciones que se rezan a ellos, ni de la intercesión que supuestamente nos ofrecen. La Apología de la Confesión de Augsburgo dice: “Nuestra confesión no enseña más que esto: Que la Escritura no enseña que haya que invocar a los santos, ni que les debamos pedir ayuda. Y como no puede aducirse mandamiento, ni promesa, ni ejemplo, en las Escrituras, sobre la invocación a los santos, se sigue que la conciencia no puede tener ninguna certeza referente a esta invocación.”⁴⁵

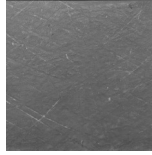
Además, ya que sí tenemos el mandato del Señor de orar a Jesucristo, y puesto que a él se le llama específicamente nuestro

mediador e intercesor, para Cristo es un ofensa dar a los santos el mérito de la obra y el oficio que verdaderamente y con justicia le pertenece solamente a Jesús. Él solo es nuestro propiciador, es decir, el que está entre nosotros y Dios y hace la paz.

Es necesario que exista la palabra de Dios por la que sepamos con certeza que a los que le invocan por medio de este propiciador, Dios quiere mostrarles su misericordia y quiere escucharlos. Una promesa en este sentido existe respecto de Cristo (Jn. 16:23): “Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará.” Pero acerca de los santos no existe tal promesa. De modo que las conciencias no pueden estar seguras de que somos escuchados por medio de la invocación a los santos.⁴⁶

Los mismos pensamientos también se aplican a la práctica popular de orar a los ángeles. Los apreciamos mucho como ayudantes poderosos enviados por Dios, pero la Biblia no nos anima a orar a los ángeles. Son seres creados, y es idolatría darles el honor y la adoración, que pertenecen al Señor. Cuando el apóstol Juan estuvo tentado a adorar a un ángel, el ángel lo detuvo (Apocalipsis 19:10; 22:8,9).

Por lo tanto, orar a María, o a los santos, o a los ángeles, para pedirles las cosas que se nos asegura que recibiremos a través de Cristo, es poner la duda en nuestras oraciones. Además, niega el mandato mismo de nuestro Rey que nos enseña a orar “en el nombre de Jesús”. El mérito de Jesucristo y el favor que él ha obtenido para nosotros con el Padre-Rey, nos da la garantía de que él contesta nuestras oraciones.



12

Manual sobre la oración

El propósito del manual

Hemos buscado en las Escrituras para aprender lo que es la oración y el privilegio que tenemos de acercarnos al Señor en oración. Hemos considerado lo que nos enseñan las Escrituras, acerca de dónde y cuándo debemos orar, así como también para qué y por quién, debemos orar. Hemos aprendido sobre la actitud importante de nuestro corazón que es necesaria para orar y las formas en que nuestro Rey podría responder a nuestras oraciones. Sobre todo, hemos aprendido acerca de la importancia de nuestro Salvador Jesucristo y su palabra santa, en todas nuestras oraciones. Sin embargo, tal vez todavía dudemos un poco al orar. ¿Qué pasaría si yo dijera algo equivocado? ¿A quién debo dirigir mis oraciones? ¿Cómo puedo evitar orar por las cosas inapropiadas? ¿Cuáles son las palabras apropiadas?

Un manual de la oración debería ser la respuesta a nuestros temores. Cuando alguien consigue un nuevo empleo en una compañía, con frecuencia el nuevo empleado recibe un manual que lo guía. Si los empleados siguen el manual, están seguros de realizar el trabajo que se supone deben hacer, y evitar lo que no es bueno para la política de la empresa. Entonces, también un manual de la oración podría guiarnos en la dirección correcta en nuestra vida de oración. No nos dará todas las oraciones que diremos en nuestra vida, pero nos daría una guía, un ejemplo, si se quiere, que nos haga ver cuán agradable es la oración para Dios. Nos ayudaría a mantenernos de acuerdo con lo que nuestro Padre quiere que oremos y nos ayudaría a esquivar algunos de los obstáculos en la oración que debemos evitar.

Un manual así se nos ha dado en la oración que Jesús enseñó a sus discípulos cuando le dijeron: “Enséñanos a orar” (Lucas 11:1). A esto llamamos el “Padrenuestro”. Aunque está más allá del alcance de este libro hacer un estudio profundo de esta oración perfecta, que nos dio nuestro Salvador, por lo menos podemos mirar brevemente esta oración y comprender mejor cómo debemos mejorar nuestra vida de oración, imitando esta oración en otras que digamos desde lo profundo de nuestro corazón. Antes de ver esta oración, consideremos un asunto pequeño que también nos guiará a la oración que enseñó Jesús.

Padre, Hijo, o Espíritu Santo: ¿a quién debo orar?

En más de una ocasión, los cristianos han preguntado a este autor: “A quién debo orar?” Con esto no preguntaban si debían orar a algún ídolo o dios diferente del Dios trino. Más bien preguntaban: ¿A qué persona del Dios trino debo dirigir mis oraciones: Al Padre, al Hijo, o al Espíritu Santo? Por esta razón, cuando envié la encuesta acerca de la oración, pregunté a quién dirigían sus oraciones, los que respondían a la encuesta. Esta pregunta se hizo de tal manera que los que respondían podían

marcar cualquiera de las respuestas que correspondían. Las respuestas indicaban que el 83% de los 1,287 que completaron la encuesta dirigió sus oraciones a “Dios”. El 57% las dirigió al Padre, el 39% oró al Hijo y el 37% al Espíritu Santo. Además, el 69% indicó que había orado a Jesús. ¿Qué es lo apropiado? ¿A qué persona de la Trinidad debemos orar? ¿Con qué título debemos dirigirnos a nuestro Dios?

Acudimos a las Escrituras en busca de entendimiento. No hay duda de que debemos dirigir nuestras oraciones al Padre. Jesús dijo: “Pero tú, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en secreto” (Mateo 6:6). Aunque el Dios trino es el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, Jesús nombra específicamente al Padre como el objeto de nuestras oraciones. Sin embargo, hacer una regla y decir que nosotros sólo debemos dirigir nuestras oraciones al Padre, no estaría de acuerdo con el resto de las Escrituras.

Jesús también dijo a sus discípulos: “Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; ... Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pedís en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:11,13,14). Jesús pide a sus discípulos que presenten peticiones para poder responderles y así dar gloria al Padre. Cuando Esteban oró mientras era apedreado, dirigió su oración al “Señor Jesús” (Hechos 7:59). Hay que notar en especial que en el pasaje de Juan hay una referencia de Jesús al misterio de la Trinidad: “Yo soy en el Padre, y el Padre en mí”. No podemos comprender la verdad sorprendente de que Jesús y el Padre son uno. Sin embargo, en base a esta verdad divina, Jesús puede decir “oren al Padre” y al mismo tiempo dice “oren a mí”, y este mandato no es contradictorio en lo más mínimo. Éste es el misterio incomprensible de la Trinidad, que nos revelan las Escrituras.

Siguiendo este ejemplo, también podemos comentar en cuanto a dirigir oraciones al Espíritu Santo. No cabe duda que debemos orar al Espíritu Santo (Lucas 11:13). Pero ningún

pasaje de las Escrituras nos enseña a orar al Espíritu Santo por nombre. Sin embargo, considerando el misterio de la Trinidad, esta oración sería desde luego apropiada. Precisamente como Isaías fue testigo de los ángeles del cielo, diciendo uno al otro: “¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos!” (6:3), entonces también dondequiera que los creyentes alcen su voz en alabanza al Dios todopoderoso, ésta es una oración al Espíritu Santo, así como también al Padre y al Hijo. Por eso, la iglesia cristiana histórica, no tuvo miedo de dirigir sus oraciones al Espíritu Santo. Durante la estación de Pentecostés puede ser que oigamos las palabras “Ven, Espíritu Santo, renueva nuestro corazón y enciende en nosotros el fuego de tu amor” dichas o cantadas en nuestra iglesia.⁴⁷ Estas palabras vienen de la liturgia cristiana. Es evidente que estas palabras se dirigen al Espíritu Santo con una oración para aumentar nuestra fe y vida de amor, que, según las Escrituras, es principalmente obra del Espíritu Santo. Abra un himnario luterano y en la sección de Pentecostés encontrará muchísimos himnos-oraciones que se dirigen al Espíritu Santo.

Entonces, ¿a quién debemos dirigir nuestras oraciones? Las Escrituras no nos prohibirían dirigir nuestras oraciones a Dios, al Padre, al Hijo, o al Espíritu Santo. Sin embargo, tal vez un pasaje de la pluma del apóstol Pablo puede arrojar luz sobre la relación íntima de las personas del Dios trino. Pablo escribió: “Por medio de él [Jesús] los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:18). Note que este pasaje es una referencia clara al Dios trino. También nos revela algo acerca de nuestras oraciones. “Entrada ... al Padre” nos dice que el objeto de nuestras oraciones es el Padre. “Por medio de él [Jesús]” nos dice que Jesús ha ganado para nosotros el derecho a ir ante el Padre y llevarle una petición. “Por un mismo Espíritu” nos recuerda que la oración es un fruto de la fe, que es la obra directa del Espíritu Santo en nuestro corazón.

Cuando dirijamos nuestras oraciones a Dios, tal vez es mejor tener presente esta relación.

El Padrenuestro

Esto ahora nos lleva a la oración perfecta que Jesús dio a sus discípulos. Aunque no es la única forma de orar, debe ser un ejemplo que debemos seguir. Entonces, notamos con cuidado que Jesús nos enseña a dirigir nuestras oraciones al “Padre”.

La oración en sí misma se nos da en dos formas en los evangelios. La versión de Lucas, que se dio en respuesta al pedido de los discípulos de Jesús de enseñarles cómo debían orar, es como sigue:

Padre, santificado sea tu nombre.
Venga tu reino.
Danos hoy el pan nuestro de cada día.
Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben.
Y no nos metas en tentación. (11:2-4 LBLA)

La versión de Mateo, que es más larga, Jesús la dijo como ejemplo de no orar como los paganos, que balbucean muchas palabras. En vez de esto, Jesús nos ofrece esta oración como una forma apropiada de orar:

Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre.
Venga tu Reino.
Hágase tu voluntad, como en el cielo,
así también en la tierra.
El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.
Perdónanos nuestras deudas,
como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.
No nos metas en tentación, sino líbranos del mal. (6:9-13)

Un ejemplo de oración

Como lo mencionamos antes, éste es un ejemplo de oración. Esto significa que es para que nosotros lo sigamos, pero no es la única forma de orar. Tal vez una ilustración puede ayudarnos a entender la importancia de un ejemplo. Muchas personas que cosen ropa usan un ejemplo o patrón. Cuando siguen el patrón, la compañía que lo produce realmente está garantizándoles que terminarán con un artículo de vestir como el que aparece en la cubierta. Sin embargo, muchas personas que comienzan a usar estos patrones, gradualmente desarrollan la habilidad de coser sin un patrón comprado. Habiendo aprendido los conceptos básicos de coser ropa con un patrón, pueden aplicar sus habilidades libremente a otra ropa que cosan. Pero al final, todo es solamente ropa.

Lo mismo sucede con nuestras oraciones. Jesús nos da un patrón o ejemplo en el Padrenuestro. Especialmente cuando apenas estamos aprendiendo a orar, es sensato usar este patrón. Al usarlo, tenemos la garantía de nuestro Salvador de que escuchará nuestra oración y la contestará, porque él mismo nos ha dado las palabras apropiadas que debemos decir. Ya que el Hijo que conoce perfectamente la voluntad del Padre la ha dado, no hay duda de que todo lo que se pida estará perfectamente de acuerdo con la voluntad del Padre y por lo tanto la concederá. Por esta razón, no hay mejor oración que podamos hacer. Además, aun cuando ya estamos familiarizados con la manera de orar, no queremos hacer a un lado esta oración para no usarla más. Todavía es la mejor de todas las oraciones.

Así como las personas que cosen, deciden diseñar nueva ropa basándose en un patrón, también los cristianos cuando adquieren confianza en su habilidad de orar, podrán expresar otras oraciones que no sean necesariamente las palabras del Padrenuestro, pero sin embargo son modeladas conforme a él. Por esto, también es útil y necesario, que estudiemos

diligentemente el Padrenuestro. Por último, cuando no podamos pensar en nada más que orar, siempre podemos volver al ejemplo. En tiempos de angustia o de gran alegría, cuando parece que ya no se nos ocurren otras palabras, tenemos la oración que seguro agradará y traerá buenos resultados: nuestro Padrenuestro.

Lutero una vez dijo: “El Padrenuestro es el mártir más grande sobre la tierra (como lo son el nombre y la palabra de Dios). Todo el mundo lo tortura y maltrata; son pocos los que tienen consuelo y alegría en su uso apropiado.”⁴⁸ Con esto Lutero quiso decir que sería bueno que todos estudiáramos el Padrenuestro y lo guardáramos como un tesoro para que cuando lo digamos, no nada más recitemos las palabras mecánicamente. El uso frecuente, como cuando lo decimos en cada servicio religioso y para terminar toda reunión, puede fácilmente convertirse en una repetición inútil. Para evitar esto, es necesario que meditemos con cuidado en las palabras que Jesús nos enseñó a decir, para que nuestro espíritu pueda elevarse con ellas en súplicas que brotan de lo profundo del corazón al trono mismo del cielo al Padre-Rey .

La oración de un niño

Jesús nos enseña primero a quién oramos y cuál es nuestra relación. Es algo sencillo y al mismo tiempo profundo. Oramos al “Padre nuestro que estás en los cielos”. No es “Padre mío”, sino “Padre nuestro”, para recordarnos que somos parte de la iglesia, la comunión de los santos. Como un conjunto, oramos a nuestro Padre que está en los cielos. Él es nuestro Padre, porque nosotros somos sus hijos por medio de la fe en Jesucristo. Esto nos enseña inmediatamente la relación afectuosa que mantenemos con él, quien es Rey y Padre. Así como el Padre que se deleita escuchando a su niño y le concede lo que le pide, así debemos acercarnos al Señor de los cielos y de la tierra. Entre nosotros hay amor, gracias a Jesús.

Conservar el nombre de la familia

La primera petición, o pedido, es que honremos el nombre de nuestro Padre. Lo hacemos cuando mantenemos su nombre santo, sagrado, aparte. Esto no significa solamente, como lo afirma el segundo mandamiento, que nos abstengamos de usar el nombre del Padre en forma ordinaria y sin sentido. El nombre del Padre es su reputación; es decir, es todo lo que sabemos acerca de él. En Juan 17:6, Jesús dice: “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste.” En las Escrituras el nombre de una persona significa todo acerca de ella. Jesús no reveló solamente un nombre para llamar al Padre, manifestó la voluntad del Padre, y lo que él había hecho, y todavía sigue haciendo, para salvarnos.

Entonces santificar el nombre del Padre significa que protejamos y honremos, su voluntad y su plan de salvación. En especial, esto quiere decir proteger y honrar, la palabra de Dios y vivir conforme a ella. En otras palabras, el nombre de Dios se santifica, cuando se predica su palabra y se enseña con verdad y sin error. Si los niños mienten y dicen cosas que sus padres no han dicho, los niños deshonoran el nombre de la familia. Asimismo, mentir o representar mal la palabra de Dios, es deshonorar a Dios. De modo parecido, si los niños son desobedientes y se portan mal constantemente, también reflejan la familia a la que pertenecen. Así también si desobedecemos al Señor y vivimos en contra de su voluntad, él es deshonrado ante el mundo. Lo opuesto también es verdad: la vida que se conforma a su santa voluntad, ocasionará que se le dé gran gloria al Padre que está en los cielos.

Gobiérnanos, Rey de justicia

La segunda petición, o pedido, es que venga el reino del Padre. No oramos por un reino terrenal ni político. Las Escrituras nos dicen que el reino de Cristo está dentro de nosotros (Lucas 17:21). Es el gobierno de Cristo en nuestro

corazón por la fe. También es el reino del Padre, el cual es el Rey de justicia. Por medio de la fe en Jesucristo como nuestro Salvador, el Rey nos otorga el mérito de su Hijo. Ésta es la obra del Espíritu Santo, que nos lleva a la fe en Jesús para que tengamos su justicia por fe. Esta obra del Espíritu Santo se cumple a través de la prédica de la palabra, porque la fe viene de oír el mensaje (Romanos 10:17).

Entonces está claro que oramos por la prédica y la enseñanza de la palabra, cuando decimos esta petición. Cuando la palabra, especialmente el mensaje del evangelio, se anuncia, entonces las personas son llevadas a la fe. A través de la fe, se establece el gobierno de Dios y viene su reino. Oramos tanto por nosotros, como por la obra misionera a los que están en todo el mundo y que necesitan oír el evangelio. De esta forma, el reino va decididamente a los confines de la tierra.

Es mejor el programa del Padre

La tercera petición, o pedido, es que se haga la voluntad del Padre, así en la tierra como en el cielo. En otras palabras, como hijos de nuestro Padre celestial, queremos seguir su plan. Ya se ha establecido su plan, es decir, que su nombre se santifique y que venga su reino. Este plan divino se lleva a cabo en la iglesia y a través de ella. Puede ser que exija sufrimientos y cruces, de parte de sus hijos. Sin embargo, el plan de nuestro Padre siempre es el mejor, es también absoluto y no hay alternativa.

Cuando oramos esta petición, pedimos dos cosas. Primero, oramos que a través de su palabra, el Espíritu Santo siga guiándonos para aceptar el plan del Padre en nuestro corazón. Nuestra naturaleza pecadora constantemente quiere establecer su propio plan, con sus propias prioridades. Esta petición es una oración para vencer la influencia de nuestra naturaleza pecadora y para establecer el gobierno del Espíritu en nuestro corazón. Entonces sabremos el plan de nuestro Padre y consideraremos que es el mejor.

Segundo, oramos para que el Señor detenga aquello, que fuera de nosotros pueda obstaculizar el cumplimiento del plan. Esto incluiría las fuerzas de Satanás, así como la influencia de los que siguen a Satanás en su vida. Incluiría las tentaciones de las cosas de este mundo. Nosotros mismos no tenemos el poder de vencer estas cosas. En esta petición oramos para tener fuerza de resistir el mal, así como también pedimos la intervención del Padre, para aplastar las fuerzas del mal, que se oponen a la proclamación de la palabra y al establecimiento de su reino.

“Las cosas” son secundarias, no pecadoras

La cuarta petición, o pedido, es por “el pan nuestro de cada día”. Intercalada entre las tres primeras y las tres últimas peticiones, es la única petición que específicamente pide por las necesidades terrenales para nuestro cuerpo físico. En esta petición corta se hace nuestro pedido por todas las cosas materiales que necesitamos. Por el hecho mismo de que hay una sola petición, Jesús nos da un ejemplo importante para nuestras oraciones. Aunque no es equivocado ni impropio orar por las cosas materiales que necesitamos en esta vida, éstas deben ser secundarias. Debemos ocuparnos primero con las oraciones por el reino de Dios y solamente en forma secundaria pedir por las necesidades físicas. Realmente, Jesús nos dice: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33). Él dice: “Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas ellas” (versículo 32). Orar por estas cosas nos mantiene conscientes de Aquel que nos da estas cosas, para que siempre recordemos recibirlas con agradecimiento.

Tranquiliza mi conciencia, contén mi presunción

La quinta petición, o pedido, es que nuestro Padre perdone nuestros pecados como nosotros perdonamos a los que pecan contra nosotros. Al enseñarnos a orar esta petición, Jesús nos

enseña que somos pecadores que tenemos necesidad del perdón. En realidad, nuestros pecados son tantos y tan grandes que tenemos necesidad de orar esta petición todos los días. Es una súplica de que el Padre celestial nos ayude a reconocer su perdón y a confiar en él para que nuestra conciencia se tranquilice y ya no nos angustie. ¡Nuestro Salvador nos guía maravillosamente a su cruz en esta oración! Él nos enseña que todas nuestras oraciones deben comenzar en la cruz. Sólo allí encontramos perdón y sólo allí se quita la barrera entre nosotros y Dios.

En las tres primeras peticiones, oramos por el reino del Señor y por su gloria; en la cuarta, por nuestro bienestar físico. Al comenzar Jesús las tres últimas peticiones, que tienen que ver con nuestro bienestar espiritual, empieza con lo más importante de todo, el perdón de nuestros pecados. Esto está en el centro de nuestra fe. Es la cúspide de nuestros pedidos, porque, sin el perdón de los pecados, todo está perdido. Por lo tanto, oramos: “Perdona nuestras deudas”, y lo que pedimos en el Padrenuestro, en verdad lo recibimos. Ésta es la gran bendición de esta oración y de sus peticiones, que nos enseñó el Salvador. Nuestros pecados realmente son perdonados.

Sin embargo, esta petición contiene una advertencia de nuestro Salvador, debido a nuestra naturaleza pecadora, que tan fácilmente pervierte la gracia de Dios. No hay perdón para el impenitente que tiene corazón orgulloso. Nuestro Padre no despreciará al corazón contrito y humillado (Salmo 51:17). Al humilde lo eleva con amor perdonador, mientras que al orgulloso lo humilla y lo destruye. Así que, si nuestro corazón se vuelve engreído y no quiere perdonar a otros después de que el Señor ha perdonado gratuitamente nuestros pecados, entonces como el siervo despiadado, seremos echados a la oscuridad (Mateo 18:23-35). Entonces ya no habrá perdón, porque no hay verdadero arrepentimiento. Jesús amplía esta petición en su comentario que sigue al Padrenuestro en el

Evangelio de Mateo: “Si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis sus ofensas a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (6:14,15). No perdonar a otros es señal de un corazón duro. Hace peligrar nuestro propio perdón porque es una señal de incredulidad. En esta petición pedimos que el Señor nos guarde de esta incredulidad y de este engreimiento. Además, cuando perdonamos a otros, esta petición es una seguridad de que nuestro Señor nos ha perdonado. Un corazón que perdona es la respuesta de la fe al perdón que el Padre primero nos ha otorgado a nosotros en Cristo. “Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19).

Refuerzo, no reubicación

La sexta petición, o pedido, es que nuestro Padre no nos lleve a la tentación. En las Escrituras está claro que en esta petición no debemos entender que nuestro Padre nos tentaría a pecar (Santiago 1:13). En vez de esto, las tentaciones nos rodean todos los días por todas partes. Estas tentaciones vienen de afuera por medio del diablo y la mala sociedad en la que vivimos, a lo que con frecuencia nos referimos sencillamente como “el mundo”. También provienen de dentro de nosotros, es decir, de nuestra naturaleza pecadora. Mientras estemos en la tierra, nos asaltarán las tentaciones, porque no podemos escapar de nuestro propio cuerpo, ni evitar el mundo, ni escondernos de Satanás. En esta petición no oramos para que nos reubiquen, ni para que nos quiten todas las tentaciones.

En la oración sumo sacerdotal, que está escrita en el capítulo 17 de Juan, Jesús ora algo similar a lo que nos enseña en esta petición. Allí, mientras oraba por sus discípulos, sabiendo que ellos iban a enfrentar pruebas fuertes en los días venideros, no oró para que el Padre los quitara del mundo ni que les evitara estas pruebas. Más bien, oró para que el Padre

los sostuviera y estuviera con ellos para que no sucumbieran a estas tentaciones, sino se mantuvieran firmes en la fe. De modo que Jesús no nos enseña a orar para que no nos enfrentemos a las pruebas ni a las tentaciones, sino para que el Padre envíe a su Espíritu Santo a fin de que mantengamos nuestra fe fuerte a través de su palabra para que podamos resistir las tentaciones y luchemos por mantener nuestra fe contra cualquier ataque. Es una oración pidiendo refuerzo, no reubicación.

Destruye las obras del diablo

La petición o pedido final es que el Señor nos libre del mal. Esto nos recuerda sobre todo que como hijos de Dios, no estamos solamente en una lucha contra el mal. Estamos en un combate mortal contra el diablo mismo, el malvado.

Igual como no podemos vencer a Satanás para librarnos nosotros mismos del castigo eterno del infierno, tampoco podemos obtener la victoria sobre él, en nuestra lucha diaria para hacer la voluntad de nuestro Padre celestial. Jesús vino para destruir la obra del diablo (1 Juan 3:8). En este contexto este pasaje se refiere principalmente al hecho de que Jesús nos ha liberado de la costumbre de pecar. Éste también es el resultado de su victoria en la cruz. Jesús nos ha librado de la condenación, pero también nos ha librado del dominio del pecado en nuestra vida diaria. Ya no somos adictos a las obras del diablo, sino como cristianos que se recuperan de esa adicción, llevamos a cabo la voluntad de nuestro Padre celestial. Sin embargo, debido a que todavía tenemos la carne corrupta, nuestra vida diaria será una lucha constante para llevar a cabo su voluntad. Por lo tanto, oramos para pedir ayuda. Oramos para que el Señor destruya diariamente las obras del diablo en nosotros, para que no caigamos en el pecado. Oramos para que el Señor nos ayude a vencer, a participar en la carrera y terminarla, a pelear la buena batalla de la fe y a aferrarnos a la vida eterna.

Ésta es la bendición espiritual final que pedimos. Es la última meta de lo que hemos orado en el Padrenuestro. Por último, oramos el Padrenuestro para que algún día pasemos de luchar en el reino de Dios a descansar en el reino celestial de Dios.

Palabras finales de alabanza

El lector puede haber notado que cuando citamos las dos versiones del Padrenuestro que se encuentran en los Evangelios de Mateo y de Lucas, ninguna termina con las palabras familiares: “Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.” Esto se debe a que estas palabras no forman parte del Padrenuestro como Jesús lo dio. Los antiguos cristianos añadieron estas palabras cuando oraron el Padrenuestro en la iglesia. Por supuesto, están de acuerdo con otras doxologías (palabras de alabanza) que encontramos en las Escrituras (1 Crónicas 29:11) y por lo tanto son una manera apropiada de concluir nuestro Padrenuestro. Sirven como un recordatorio de que nuestro Padre celestial, que amorosamente nos invita a orar, también puede hacer lo que le pedimos. Él es el Rey todopoderoso para quien nada es imposible. ¡Él solo merece y recibe toda la gloria!

Notas finales

- 1 Andrew Murray, *With Christ in the School of Prayer* (Old Tappan, NJ: Fleming H. Revell Co., 1981), pp. 147,148.
- 2 Murray, pp. 9,10.
- 3 Ve a el breve estudio exegético “Is Abba ‘Daddy’?” por John F. Brug en *Wisconsin Lutheran Quarterly*, Vol. 93, No. 4 (Fall 1996), p. 287.
- 4 Martín Lutero, *Luther’s Works*, editado por Jaroslav Pelikan and Helmut T. Lehmann, American Edition (St. Louis: Concordia Publishing House; Philadelphia: Fortress Press, 1955–1986), Vol. 42, p. 87.
- 5 Murray, pp. 122,123.
- 6 Martin E. Lehmann, *Luther and Prayer* (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1985), pp. 11,12. (Cita de Lutero de *Luther’s Works*, Vol. 12, p. 312.).
- 7 Oscar E. Feucht, *The Practice of Prayer* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1956), pp. 22,23.
- 8 Murray, pp. 123,124.
- 9 Lehmann, p. 146. (Cita de Lutero de *Luther’s Works*, Vol. 51, p. 333.).
- 10 Citada en Feucht, p. 7.
- 11 *Lutheran Hymnal* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1941) 454:2.
- 12 Saint Augustine, *Commentary on the Lord’s Sermon on the Mount with Seventeen Related Sermons*, The Fathers of the Church (New York: Fathers of the Church, Inc., 1951), Vol. 11, p. 240.
- 13 *Luther’s Works*, Vol. 24, p. 89.

- 14 Lehmann, pp. 107,108. (Cita de Lutero de *Luther's Works*, Vol. 42, p. 73.).
- 15 Lehmann, pp. 69,70.
- 16 *Luther's Works*, Vol. 42, p. 60.
- 17 Lehmann, p. 129. (Cita de Lutero de *Luther's Works*, Vol. 24, p. 87.).
- 18 Lehmann, p. 111.
- 19 *Together Forever* (Appleton, WI: Aid Association for Lutherans, 1997), p. 34.
- 20 Gerhard Kittel, editor, *Theological Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), Vol. II, p.790, nota #181.
- 21 Augustine, *Commentary on the Lord's Sermon on the Mount*, The Fathers of the Church, Vol. 11, p. 125.
- 22 Tertullian, *Disciplinary, Moral and Ascetical Works*, The Fathers of the Church, Vol. 40, p. 182.
- 23 Kittel, p. 790.
- 24 Tertullian, *Disciplinary, Moral and Ascetical Works*, The Fathers of the Church, Vol. 40, p. 170.
- 25 Clement of Rome, *The Apostolic Fathers*, The Fathers of the Church, Vol. 1, p. 32.
- 26 Clement of Rome, *The Apostolic Fathers*, The Fathers of the Church, Vol. 1, p. 46.
- 27 Lehmann, pp. 92,93.
- 28 Feucht, pp. 25,26.
- 29 Jill Briscoe, *Hush! Hush! It's time to pray—but how?* (Grand Rapids: Zondervan Publishing Corporation, 1978), p. 72.
- 30 Parsons Technology, *Bible Illustrator*, "Prayer/Answer Promised/Rich and Generous," #2819, 6/1986.7.
- 31 *Christian Worship: A Lutheran Hymnal* (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1993) 409:2.
- 32 Parsons Technology, *Bible Illustrator*, "Prayer/Answer Promised/Hot Water Bottle and Doll," #2819, 6/1986.5.

- 33 Briscoe, pp. 53,54.
- 34 *Luther's Works*, Vol. 25, p. 460.
- 35 Murray, p. 134.
- 36 *Luther's Works*, Vol. 14, pp. 60,61.
- 37 Murray, p. 49.
- 38 Murray, p. 87.
- 39 *Luther's Works*, Vol. 24, p. 241.
- 40 *Luther's Works*, Vol. 12, p. 317.
- 41 *Catecismo de la Iglesia Católica*, par. 971.
http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p123a9p6_sp.html
- 42 *Catecismo de la Iglesia Católica*, par. 2677.
http://www.vatican.va/archive/ESL0022/_P9G.HTM
- 43 *Catecismo de la Iglesia Católica*, par. 2683.
http://www.vatican.va/archive/ESL0022/_P9I.HTM
- 42 Confesión de Augsburgo, XXI, 2-4. *Libro de Concordia*, ed. por Dr. Andrés A. Meléndez. St. Louis: Concordia Publishing House. 1989. p. 37.
- 45 Apología de la Confesión de Augsburgo, XXI, 10. *Libro de Concordia*, p. 225.
- 46 Apología de la Confesión de Augsburgo, XXI, 17. *Libro de Concordia*, p. 226.
- 47 *Christian Worship*, p.87.
- 48 *Luther's Works*, Vol. 43, p. 200.

Para lectura adicional

Acker, J. W. *Teach Us to Pray*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1961.

Brokering, Herbert F. *Luther's Prayers*. Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1967.

Clement, Arthur J. *Pray, Christian, Pray!* Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1993.

Feucht, Oscar E. *The Practice of Prayer*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1956.

Lehmann, Martin E. *Luther and Prayer*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1985.

Lutero, Martín. Catecismo Mayor, Parte III: El Padrenuestro, *Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Luterana Evangélica*, editado por Andrés Meléndez. St. Louis, Concordia, 1989.

Índice de textos bíblicos

Génesis

- 3:15—15
6,7—14
12:3—131
18:22-32—119,127
19—14
20:17,18—61
24—128
24:15—139
25:21—129
32:24-30—119
32:26—119
42—137

32:31,32—58

34:6,7—15

Números

23:19—145

Deuteronomio

9:26—61

Josué

3:15-17—13

6:20—13

Éxodo

- 7-12—15
8-10—129
9:29,33—89
14:21,22—13
16—15
32:11-13—127

Jueces

6:36,37—58

6:36-40—128

13:8—129

16:28—129

21:2—87

1 Samuel

1:3-11—139

1:9-16—98

1:10—61

1:11—57

1:26—85

12:19—58

12:23—58

2 Samuel

7:18—87

1 Reyes

1:15,16,22,23—18

1:16—42

3:9—129

8—62

8:54—83,89

18:26-29—145

18:36-38—139

19:4—87

2 Reyes

4:33—62

20:1-6—144

20:2,3—62

25—15

1 Crónicas

29:11—163

2 Crónicas

7:13-16—33

20:6—12

33:12,13—62

Esdras

9:6,7—57

9:6-15—127

Nehemías

1:4-11—62

1:5,6—126

1:5-7—57

1:5-11—127

1:11—18

2—138

9:2—85

Ester

4:11,16—18

5:2,3—42

Salmos

5:5—132

6—127

6:6—88

6:9—59

14—19

14:1,3—19

32:3-6—56

32:6—65

47:6,7—12

50:15—43

51—45,127

51:1-4,7—57

51:17—160

59:2,3—131

59:9—131
 59:12,13—131
 59:13—131
 63:6—88
 66:17,18—21
 95:3—12
 96:2—55
 98:1,4—55
 103:1,2—55,127
 130—127
 136:1—55,128
 139:2,4—99
 139:16—144
 139:21,22—133
 141:2—89
 145:18—65

Proverbios

1:20-33—22
 8:13—132
 15:29—16
 20:2—20
 28:9—23

Eclesiastés

3:8—132

Isaías

1:15-18—24
 6:3—152
 53:5—31
 59:2—21

Jeremías

10:10—14

Daniel

2:23—55
 6:10—83,99
 7:13,14—28
 9:4-19—127

Jonás

1:17—14
 2:2—128
 2:2-9—62
 2:10—14
 3:10—15,144

Miqueas

3:1-4—25

Zacarías

7:13—25

Mateo

3:17—29
 5:44—75
 5:44,45—130
 5:45—130
 6:6—102,151
 6:7—96
 6:9—97
 6:9-13—154
 6:11—129
 6:14,15—160
 6:32—159

6:33—135,159	1:37—112
7:7—145	5:16—99,102
8:26—14	6:12—99
9:24,25—14	6:28—75,130
12:25—99	9:28—99
14:19—56,99,103,128	11:1—150
14:19-21—14	11:2-4—153
14:23—99	11:5-10—121
14:28-31—119	11:9—129
15:26—119	11:13—69,136,152
15:36—128	12:32—9
17:5—29	17:17—128
18:23-35—160	17:21—8,157
19:13—76	18:1-8—120
19:26—112	18:9-14—89
21:22—108	22:32—73
24:20—70	22:41—83
26:39—83	22:42—50
26:39-44—99	22:46—70
27:46—103	23:34—58,75,99,103,
27:50,51—35	130
	23:42—127

Marcos

1:35—99
6:22-25—108
11:24—108
11:25—85
14:35—83
14:35,36—109
14:38—49

Lucas

1:13—129
1:33—8

Juan

1:1—44
1:14—44
3:5—8
3:36—31
4:24—78
8:29—29
11:1-44—139
11:25—140
11:41—90
11:41,42—30,99,103

14:6—65
 14:11,13,14—151
 14:12-14—117
 14:24—44
 14:25,26—44
 16:23—148
 16:23,24—115
 17—73,161
 17:1—90,91
 17:6—156
 17:6-26—129
 17:17—65
 18:33,36—8

Hechos

4:24—126
 7:59—151
 7:60—130
 8:22—71
 12:5—62,129,142
 16:25—103
 21:5—84,103
 26:29—72
 27:35—128

Romanos

1:18—19
 3—19
 3:23—20,21
 3:23-26—31
 5:1,2—34
 5:9,10—32
 6:23—20
 8:15—38

8:26—77,78,110
 10:17—157
 12:1—54
 12:9—132
 12:12—100
 15:30,31—72
 15:30-32—129
 16:17—101

2 Corintios

5:18,19—32
 12:7—141
 12:7,8—129
 12:8,9—123
 12:9—141

Gálatas

4:6—78

Efesios

2:3—20,30
 2:18—34,153
 3:12—34
 3:14-20—84
 3:20—112
 6:18—79
 6:19,20—129

Filipenses

4:6—63,71

Colosenses

1:3—56
 4:12—63

1 Tesalonicenses

5:16-18—65

5:17—100

2 Tesalonicenses

1:11,12—129

1 Timoteo

2:1,2—72

2:8—89

6:15,16—13

Tito

2:11,12—49

3:10—101

Hebreos

1:1,2—43

4:14-16—118

5:7—29

9:27—76

10:19-22—66

10:19-23—36

11:6—67

Santiago

1:5-7—118

1:6,7—143

1:13—161

1:17—145

4:2—145

4:3—25

5:13—71

5:14—73

5:16—73,129,145

5:17,18—60

1 Pedro

3:7—143

3:12—29,36

1 Juan

2:1—147

3:1—38

3:8—162

4:19—160

5:14,15—109

Judas

20—79

Apocalipsis

2:6—133

19:10—148

22:8,9—148

Índice temático

- Abba, definición de 38
acercarnos a Dios 37-40
adiáfora, postura de oración
 como 93
adoración y alabanza en la
 oración 126,127
adoración y oración 54
adoración pública, 101
agradecimiento en la oración
 127,128
Agustín 67,86
alabanza y adoración en la
 oración 126,127
arrepentimiento 33,34
arrodillarse en oración 83-85
audiencia con Dios 18-20,23-
 31
ayuda, orar por 71,128,129,
 161,162
balbuceos en la oración
 96,153
cabeza, en la oración 90, 91
camino al trono de Dios, 36
Clemente de Roma 92
compasión de Dios 15,16
comunicación especial, la
 oración como 58-60
comunicación sin palabras 54
comunión de los santos
 155,156
confianza y oración 118-120
conversación con Dios 41-51

- cosas materiales, oraciones por 158,159
- creación 13,16
- debilidades en la oración 77,78
- derecho de orar 36
Jesús solo tiene 29, 30
- Dios como Padre 38
- Dios trino, dirigirse en oración al 150-153
- dioses falsos, orar a 145-148
- doxología 162,163
- duda y oración 118,119,143
- eficacia de la oración 144,145
- enemigos, orar por 75,130133
- enfermedad, oración en tiempo de 73
- errores comunes acerca de la oración 51
- Espíritu Santo, pedir el 70,136
- Espíritu Santo, ayuda a los creyentes a orar, 76-79
- etiqueta de la oración 81-93
- etiqueta y respeto 81,82
- ex corde, oraciones 96-98
- expiación, 31,32
- favor divino y oración 61-64
- fe y oración, 64-68
- frecuencia de la oración 99,101
- gracia, definición 64
- hijos favorecidos, condición de ser 33
- hora de acostarse, oraciones a la 91,92
- inmortalidad de Dios 13
- incrédulos y la oración 6468, 143,144
- ira de Dios 14-16,19,20,25, 27,30-32
- juicio, oraciones por 130133
- justicia de Dios 14-16
- justificación 32,66-68
- lectura bíblica antes de la oración 44-47
- lenguaje de la oración 9598,113, 114,117,118
- libros de oración 96-98
- Lockyer, Herbert 53
- lugar para orar 101-105
- Lutero y la oración 74,77,78, 96, 116, 117, 120,140,141, 155

- manos, en oración 88-90
manual de oración 149-163
mediador, Jesús como 34,35
misericordia, orar por
 6064,127, 143,144
modelo de oración 154,155
Montgomery, James 54
motivo para orar 102,103
muertos, oraciones por los 76
- Newton, John 112
niños pequeños, oraciones
 para 75,76
nombre de Jesús y oración
 113-118
- omnipotencia de Dios
 116120
oración-adoración 55-58
oración con otros 101
oración, constante 99-101
oración, en voz alta o en el
 corazón 98,99
oración, estudio de las
 palabras en la 59
oración, indebida 143
oración, ejemplo 154,155
oración, personal 101-105
oración, que Dios no escucha
 23-27, 31
Oración, sumo sacerdotal
 73,161
oraciones por la noche 91,92
orar a otros dioses 145-148
orar acostado 87,88
orar de pie 85,86
orar sentado 87
otros, orar por 71-76,129,
 130
- Padrenuestro, 97,
 100,121,135, 149-163
 Quinta Petición 64
 Sexta Petición 50
padre, terrenal, descripción
 39
Padre-Dios descripción 38
paganos y oración 96
palabra de Dios 43-51,65,79
 y oración 45
palabra, estudio de la 60
pecado como barrera 21-25
perdón, oraciones por 71,
 159, 160
perseverancia en la oración
 120-123
persiguen, orar por los que
 nos 75,130
persona de la Trinidad,
 dirigirse en oración a la
 150-153
persona non grata 20, 21, 25,
 26, 33
peticiones 50,64,125-136
peticiones negadas 141,142
poder de Dios 13-16
posición en el reino de Dios
 17-26

- posición más favorecida 33
 postura en la oración 82-88
 privilegio de orar 42
 propósito de Dios y la oración 142,143
 respuesta a la oración 108111,137-148
 discernir 142
 tardía 122,123,138-140
 rebeldes 19-32
 reconciliación 27-32
 relaciones entre las personas y Dios 8
 entre súbditos y reyes 18
 no existe la relación de compadre con Dios 38
 reinado de Dios 11-16
 reino del cielo 8,9
 reino de Dios 8,9
 reino de Dios, oraciones para que venga 157
 respeto que se le debe a Dios 42
 respuesta a Dios 53,54
 resultados de la encuesta 133-136,151
 Roseveare, Dr. Helen 113
 sacrificio de Jesús 35
 santificación 100,101
 santos, orar a los 145-148
 señorío de Dios 12,17
 templo, plan como figura de la oración 66
 tentación, oración por ayuda contra 49,70,71,160,161
 Tertuliano 86,92
 uno mismo, oraciones por 69-71,129,130
 virgen María, oraciones a la 145-148
 vocabulario para orar 95-98, 113,114,117,118
 voluntad de Dios y oración 109-111,157,158

Enseñanzas de la
BIBLIA
Popular

† ÁNGELES Y DEMONIOS

† EL BAUTISMO

† LA BIBLIA

† CRISTO

† LA LIBERTAD CRISTIANA

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO
ECLESIAÍSTICO

† IGLESIA—MISIÓN—MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† LA CONVERSIÓN

† LA CREACIÓN

† TIEMPOS FINALES

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† EL ESPÍRITU SANTO

† LA JUSTIFICACIÓN

† LEY Y EVANGELIO

† LA SANTA CENA

† EL HOMBRE

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† **LA ORACIÓN**

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† LA MAYORDOMÍA

† LA TRINIDAD